

MAPorrúa/UAMI (México D. F.).

Acciones y movimientos sociales; aportes para una discusión colectiva.

Saltalamacchia, Homero y Saldivar Garduño, Alicia.

Cita:

Saltalamacchia, Homero y Saldivar Garduño, Alicia (2014). *Acciones y movimientos sociales; aportes para una discusión colectiva*. México D. F.: MAPorrúa/UAMI.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/homero.r.saltalamacchia/9>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pwdr/rDU>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Introducción

Homero Rodolfo Saltalamacchia

La suerte de los denominados regímenes democráticos de la actualidad ha dado lugar a una literatura tan extensa que sería imposible citarla sin prolongarse demasiado o cometer graves olvidos. El institucionalismo es la corriente predominante en este campo de estudio y, si bien se encuentran variaciones de enfoque, todos sus exponentes reducen sus elucubraciones a una crítica de las instituciones. Contra esa limitación, creo que la ausencia de una teoría sobre los actores y sus relaciones les quita a esos enfoques su capacidad crítica. Al mismo tiempo, incapaces de superar su tradicional separación entre “lo económico” y “lo político”, insisten en una auto-limitación invalidante, pues son incapaces de comprender que dichas categorías encubren el accionar político de actores de peso decisivo en la marcha de los Estados nacionales, desde dentro y desde fuera de ellos.

Sin duda, el institucionalismo es un modo de construir un campo de conocimientos. Pero lo que aquí he de sostener es que son aquellas limitaciones las que han conducido a la parálisis de la ciencia política hegemónica. Muestra de ello es la famosa noción “poderes fácticos”, sorprendente confesión de incapacidad teórica. Ya que es evidente que es misión de una teoría incluir lo fáctico en alguna categoría del pensamiento. No lograrlo es un testimonio de la incapacidad de sus pensadores para asumir teóricamente dichas fuerzas, e incorporarlas en un sistema cognitivo que vaya más allá de las limitaciones de las hoy insuficientes o mistificantes teorizaciones liberales.

En ese contexto, cuando alguna de esas teorizaciones refiere a las influencias sociales y políticas que se erigen por sobre las garantías institucionales, las sitúan en el insondable continente de las desviaciones a las

normas o simplemente las ignoran, como ocurre con versiones sobre la democracia como la utilizada por Robert Dahl, al proponer el concepto de poliarquía.

En efecto, retomando viejas y prolíficas teorizaciones elitistas, Dahl entiende que el ejercicio del poder corresponde a los ciudadanos en tanto electores de una u otra dirigencia, mientras que para certificar la existencia de tal régimen, requiere de una porción relativamente reducida de mecanismos institucionales que no aluden a condiciones ni económicas ni sociales. Nada dice entonces sobre las elites económicas ni sobre la capacidad de influencia diferencial de los distintos sectores de la sociedad sobre los tres poderes constitucionales, ni sus efectos sobre el juego electoral, ni sobre los inmensos aparatos burocráticos o sobre el modo usualmente no democrático en que son elegidos los jueces. Renuncias y/o rechazos teóricos cuya consecuencia es ocultar las principales formas de dominación y resistencia.

Es así que los movimientos sociales y otras formas de acción colectiva, objeto de las reflexiones de este libro, quedan fuera de la disciplina que debería estudiarlos; motivo por el cual son relegados al baúl de las desviaciones. Es en ese marco que éste y otros estudios sobre diferentes formas de acción social cobran su verdadera importancia.

No porque digan que han de “hablar de política”. Serán pocas las veces en que dicha palabra aparezca, siquiera nombrada, en los artículos de referencia. Pero, siendo la problemática social un sistema de múltiples y complejísimas interrelaciones, las búsquedas aquí esbozadas tienen necesariamente ese horizonte. Orientación de gran valor, sobre todo teniendo en cuenta que, actualmente, ese horizonte está embargado por oscuridades y brumas que nuestras teorizaciones no logran desvanecer.

En ese contexto es que debe ser destacado el interés de cada uno de los capítulos, incluido su carácter multidisciplinario. Pues para superar aquellas deficiencias, es necesario salir de las esclerosantes fronteras de los especialistas. Desde esa perspectiva, si bien las atenciones son adrede diversas, sus preguntas pueden ser resumidas en un ramillete único: ¿A partir de qué momento podemos decir que la acción de dos o más seres humanos constituye una acción colectiva? ¿Cuáles son los indicadores que habremos de utilizar para determinar que algo es una acción colectiva? ¿Cómo es que ella se conforma y ocurre? De eso se habla efectivamente en

los textos y sobre eso hemos discutido en el área. Porque, lejos de Bizancio, esas preguntas tienen anclajes importantes: ayudan a definir el objeto de investigación a todo aquel que sobre este tipo de acciones quiera investigar. Y uno de los resultados de esa discusión son los capítulos que reseño a continuación.

En el primer capítulo del libro, Clara Inés Charry, mediante una cuidadosa y bien pensada indagación, ayuda al lector revisando las principales respuestas ensayadas en el occidente del siglo xx. Con ese propósito, la autora ha de detenerse en las producciones hechas por ensayistas pertenecientes a la tradición marxista, a la sociología clásica, a la sociología estadounidense —incluida la sociología funcionalista— y algunas otras reflexiones ocurridas hasta finales de los años noventa. Exploración que termina con reflexiones de cuño propio que enriquecen el escrutinio.

Sin duda, tener ese texto como primera lectura ayudará al lector a crear un plano general imaginario sobre las principales posiciones desde las que partimos en este siglo. Momento de gran interés porque, como dice la autora:

Esta etapa bien podría designarse como de ciudadanía activa de la sociedad, aquella en la cual los intereses de la sociedad se representan a través de identidades afines en donde las formas participativas y de representación, se dan desde la base misma de la sociedad.

En ese marco, la autoría del segundo trabajo corresponde a Angélica Bautista López y Gustavo Martínez Tejeda. En su trabajo, los autores comienzan con una toma de posición bien definida: hablar de acción colectiva, dicen, no es referirse a la acción ejecutada, al mismo tiempo, por varias personas. Ese es un primer requisito, pero dicho rasgo es compartido por otras acciones que no pueden denominarse como tales; como, por ejemplo, es el caso de las muchedumbres que toman el transporte público siguiendo propósitos en muchos aspectos muy diferentes y, eventualmente, hasta divergentes. Por ello, únicamente podrá hablarse de acción colectiva si, a ese primer rasgo, se les agrega la existencia de un propósito común y el reconocimiento intersubjetivo de pertenecer a un “nosotros”. Categoría que los autores han de reunificar en el concepto “públicos”, incluyendo en él tanto a las faenas que llevan a constituirlo o expresarlo —conformando sus identidades mediante el cruce de múltiples acciones comunicativas,

muchas veces cotidianas— como a las acciones que desde ella se hacen posibles. La peculiaridad de su enfoque radica en que la acción colectiva posee para los autores una identidad que excede a la suma de las acciones individuales. Pues implica, dicen, “[el] reconocimiento de un sentido de comunalidad, de un nosotros, que se expresa en la vida cotidiana y que puede verse en acciones que reúnen a miles de personas o a unas cuantas. Incluso acciones que se reiteran en el tiempo, a veces en periodos de larga duración”. Postura desde la que sus autores rechazan todo enfoque individualista o racionalista ilustrado sobre la acción colectiva. Dada esa crítica, para esta propuesta, el público es siempre la concreción de un colectivo, inserto en el proceso de transformación cultural. En este caso, se plantea que un “público”. Debe ser considerado tanto desde la perspectiva de su liderazgo como desde su condición de seguidor; pues lo que lo convoca, es interior a sí mismo en la disputa por lograr un sentido.

El siguiente capítulo, de Homero R. Saltalamacchia, no se aleja totalmente de los supuestos del capítulo anterior: los seres vivos constituyen sistemas abiertos y, por ello, siempre requieren de cotidianas interacciones con los otros miembros de sus ecosistemas. En dicha apertura lo que impide pensar en mónadas y también es por ello que sus relaciones son siempre constitutivas de sus identidades y constituyentes del entramado complejo en el que sobreviven. Trama cuya comprensión requiere abordar dos cuestiones: 1) cuáles son los conceptos que permiten comprender la complejidad de dichos sistemas y 2) cuál es el modo en que es necesario pensar al “poder” y a los “recursos de poder” como parte de las fluencias por las que transcurren las relaciones de fuerzas de las que los movimientos participan. Propuesta que lo conduce a pensar que, en el análisis de los movimientos sociales, lo interesante no es encontrar “relaciones de poder” (pues todas las relaciones lo son), sino averiguar, en cada caso, cuáles son los recursos utilizados o utilizables y en qué forma éstos fluyen entre las identidades constituyentes del campo de sus interrelaciones.

Por su parte, en el capítulo de Carlos Contreras se analizan las características formales de la acción colectiva, entendida como proceso de cooperación entre actores sociales que deben remontar dificultades para coordinarse cognitivamente, afectivamente y conductualmente. Para ello, muy cuidadosa y prolijamente, el autor revisa parte de la literatura reciente sobre dilemas sociales y teoría evolucionaria de juegos, describiendo los mecanis-

mos que sostienen la cooperación generalizada en seres humanos. En este marco detalla los principios centrales de la cooperación intergrupala, destacando el papel de la competencia intergrupala para aumentar la cooperación intragrupal. Y todo ello Carlos Contreras lo hace recurriendo a principios heurísticos que le permiten establecer algunas conclusiones sobre los límites y posibilidades de dicha cooperación. Al mismo tiempo que concluye señalando los alcances y limitaciones de la aproximación formal al estudio de la acción colectiva, y las tareas a realizar para aumentar su potencia explicativa.

Como puede apreciarse, las anteriores son cuatro propuestas que encaran aspectos de la acción colectiva que el lector podrá complementar. Pero todos ellos lo hacen teóricamente, sin referir a ningún caso en especial. Qué mejor entonces que terminar el libro con un informe de investigación empírica en el que se muestra el modo en que, desde las organizaciones dedicadas a la prevención del cáncer de mama, se ha intentado producir una acción colectiva de singular importancia para la vida social y, en especial, para el bienestar de las mujeres mexicanas.

Con ese propósito Alicia Saldivar y Fredi Correa presentan los resultados de una investigación empírica sobre normas sociales, la acción colectiva y los cuidados de la salud implicados en la atención temprana del cáncer de mama. La importancia del objeto que abordan puede evaluarse adecuadamente si se sabe que en los últimos años, la demanda de servicios relacionados con este padecimiento ha saturado a los diferentes niveles del sistema de salud pública. Lo que ha provocado una reacción de algunos grupos de la sociedad civil, que se han organizado para proveer la atención que requieren los grupos de mujeres que no cuentan con el acceso a las instituciones para un tratamiento eficaz. Dichas acciones tienden a evitar aquellos estilos de vida —así como factores reproductivos, ambientales y genéticos— que favorecen su aparición.

En este contexto, los autores entienden a la acción colectiva como acciones voluntarias realizadas por conjuntos de personas que buscan alcanzar metas comunes. Entendiendo también que tales acciones pueden ser coordinadas por organizaciones formales o informales, o bien surgir de una acción espontánea. Lo que lleva a los autores a reflexionar sobre la labor de organizaciones de la sociedad civil, sobre las tipologías de la acción colectiva con los fines antes citados y sobre el afianzamiento del capital social que se

sugiere necesario cuando se habla de la atención y el tratamiento del cáncer de mama, especialmente cuando se enfrenta un contexto de recursos limitados destinados a tal fin. Informe en el que sus autores terminan con un alegato en pro de generar normas sociales que deriven en nuevos patrones culturales para el cuidado de la salud, con la idea de “propiciar el inicio de un proceso colectivo que haga frente al avance sistemático del padecimiento...”. Alegato mediante el cual sus autores pretenden, a su vez, constituirse en parte de la acción colectiva sobre la cual informaron.

¿Qué nos deja en fin este ensayo en el que los autores se esforzaron por presentar sea sus síntesis teóricas sea reflexiones sobre un caso en específico? ¿Cómo pensar los entrelazamientos que incentiven, en los participantes y en sus lectores, nuevos modos de cruzar viejas fronteras disciplinarias?

La primera imagen es la de la recursividad creadora. *Manos dibujando manos*, como Diego Velázquez incorporando su acto de pintar en un cuadro que es su obra: lo recursivo no deja de aparecer en muchos de nuestros mejores actos. Y la imagen no es para nada sorprendente.

El nombre del área de investigación cuyos miembros escriben es “acción colectiva e identidades emergentes”. Así, quienes le dieron ese nombre, desde el inicio nombraron un propósito interdisciplinario. Primera de muchas volutas que, después de otras, largas de contar, reemergen en este libro.

No sólo porque el texto de estos textos sea el efecto de esa muchedumbre que nos define, a cada uno de los autores, en nuestras respectivas historias, haciéndonos seres sociales, sino porque cada una de esas muchedumbres se dieron cita para una nueva obra colectiva: un acto conversado, proyectado, escrito, editado y presentado como empresa común. Acto que por su sola presencia no puede menos que concitar nuevas historias. Pues su divulgación se abre a posibles lecturas críticas que pueden iniciar nuevas ruedas espiraladas. Ruedas que podrán disiparse, como las creadas por un fumador, pero que también podrán crear nuevos vínculos, nuevas actividades colectivas y nuevas obras. Razón por la cual a este libro sobre acciones colectivas deba quizá seguirle otro, sobre identidades. Porque quizá sea con ese tema que esta voluta complete su giro, dando muestras de que todas las obras colectivas comienzan en algunas identidades que las producen y otras que las reciben y relanzan, de una u otra manera.

Ubicado pues en la postura de receptor —y liberado de las rituales reseñas propias de toda introducción— muy bien puedo confesar cuál fue,

al menos, una de las muchas preguntas que emergieron durante mi lectura. Y la primera fue: quienes escriben y sus lectores ¿producen una acción digna de denominarse “colectiva”?

Conociendo su texto, el autor puede imaginarse que Angélica Bautista López podría afirmar, sobresaltada, que en la circulación de un texto no hay un nosotros. No hay un “público”. No hay, traduzco yo: “comunidad simbólica ni autorreconocimiento de esa comunidad”. Y el lujo de sus argumentos sobre el tema —que ustedes podrán gozar al leerlos— dará sobradas razones para su argumento. Pero es justamente en ese punto que su reacción me inspira imaginariamente a contradecirle, matizando sus comentarios. Pues, si en la mera faena de producir un libro no hay obligatoriamente un nosotros, no puede negarse que en éste hubo charlas previas y que en su propia diversidad hay un propósito de convocatoria a una conversación renovada. Y algo más. Porque esas vibraciones dieron lugar a un nuevo artefacto. Un artefacto más sólido que nos enfrenta a un hecho nuevo. No sólo porque lo impreso tiene su carisma. También porque lo escrito permite ir y venir por una superficie cultivable, produciendo tiempos en los que la reflexión cobra nuevas posibilidades y, por esa misma razón, hace posible nuevos textos. Así pues, con independencia de que esta acción pueda o no denominarse “colectiva”, en sentido pleno, lo que no se puede es desconocer que a ésta, como a tantas otras acciones humanas, no se las puede sólo pensar desde las relaciones que entablan sus autores sino, también, desde la repercusión de sus productos, que siempre son puntos de inflexión y de relanzamiento.

Dicho lo cual, no puedo menos que reconocer que el sobresalto de Angélica Bautista López tendría sus buenas razones. En verdad tiene razón, pues si en la escritura de este libro pueden encontrarse ecos de una acción colectiva, su giro total, que incluye a sus lectores, no ha sido completado. Y en ese sentido no hay efectivamente un público conformado por los escritores y sus lectores. Aunque, sí, un intento de acción colectiva en el sentido en que Angélica Bautista López, Gustavo Martínez Tejeda, Carlos Contreras, Clara Inés Charry y Homero Saltalamacchia lo han definido.

Un ejercicio, por otra parte, que se arriesgó a romper fronteras disciplinarias, sabiendo que la creatividad se logra justo en ese instante ígneo en que las disciplinas se cruzan entre sí, produciendo chispas de inteligencia.

Acción colectiva y movimientos sociales: una revisión teórica

Clara Inés Charry*

INTRODUCCIÓN

En este libro nos propusimos abordar en conjunto y desde varias perspectivas teóricas y disciplinarias el tema de la acción colectiva y los movimientos sociales. Yo he decidido analizar el tema recuperando las opciones que la teoría sociológica ofrece y ha ofrecido para abordar el tema. Asimismo, es necesario señalar que considero que un sustento fundamental de los movimientos sociales es la acción colectiva, si bien ésta es sólo un aspecto inicial necesario para el desarrollo de los movimientos organizados. Todo cambio parte con un detonador y luego viene la explosión, el resultado siempre será incierto, la incertidumbre es compañera fiel de la vida y también de la acción social, incipiente u organizada.

Al revisar la literatura de los movimientos sociales, encontramos que la reflexión teórica sobre ellos tiene, inexplicablemente, muchísima menos elaboración y aportes que los que tienen muchos otros temas en la sociología, a pesar de que la acción colectiva en sus distintas fases o momentos organizativos, generalmente, tiene repercusiones que van desde pequeñas hasta muy grandes.

La razón de ello no es fácil encontrarla, pues como considera Giddens (2010: 1067) durante la mayor parte del siglo XX, los sociólogos y la sociología no tomaban en consideración los movimientos sociales y los veían como fenómenos poco habituales, como efectivamente algunos de ellos, los más radicales como las revoluciones, lo son, pero no así las movilizaciones,

*Profesora-investigadora, titular, tiempo completo. Departamento, de Sociología. División de Ciencias Sociales y Humanidades. UAM-Iztapalapa, México.

los disturbios, las revueltas, las protestas, las acciones organizadas de resistencia y muchas otras formas de organización y expresión social con resultados, niveles de organización y temporalidad diversas, pero siempre necesarias de analizar y evaluar por la sociología y las ciencias sociales.

En la sociedad contemporánea la multiplicación y el surgimiento de nuevas formas de acción colectiva y de movimientos sociales, ha mostrado esta carencia de la teoría, haciendo necesario un balance que nos ayude a encontrar los mejores caminos y a crear nuevas rutas para explicar y explicarnos la realidad social.

El vacío teórico puede ser ejemplificado refiriéndonos, a las tradiciones teóricas más relevantes en el campo de la teoría y que se han ocupado de manera diversa de la acción colectiva. Ellas son: el marxismo, la sociología clásica, la sociología estadounidense de inspiración estructural-funcionalista, así como las producciones más recientes surgidas a lo largo del siglo XX hasta la teoría de los nuevos movimientos sociales.

El análisis marxista, mediante la formulación de las contradicciones del sistema capitalista, buscó y ha buscado definir las condiciones para una transformación revolucionaria. Sin embargo, lo ha hecho ignorando los procesos de formación de las acciones colectivas, la articulación al interior de los movimientos y la multiplicidad de las posibles transformaciones que van desde una simple protesta hasta un gran movimiento de clase. El partido, como organización férrea de profesionales de la revolución, ha sido el instrumento privilegiado, y la conquista del aparato de Estado ha sido su objetivo prioritario. De ello ha resultado que se excluyan del análisis todas las formas de acción que no se someten al modelo del partido, y cuando el partido pasa a ser Estado, éste se convierte en el intérprete directo y transparente de todas las demandas colectivas.

En este sentido, la ambigüedad del marxismo clásico, deja de manifiesto la necesidad de una reflexión propiamente sociológica sobre la acción colectiva. Esta ambigüedad la plantea Melucci de la siguiente manera:

Cuando el marxismo se presenta como análisis científico del modo de producción capitalista y adelanta previsiones sobre su desarrollo, exhibe una teoría de la crisis y del tendencial agotamiento de la economía capitalista, pero no propone una teoría política de la revolución. Cuando, por el contrario, el marxismo quiere ser una teoría de la revolución proletaria, se

encuentra sin instrumentos analíticos para señalar al sujeto y los instrumentos políticos de la acción revolucionaria (Melucci, 1999: 25).

En este tenor, el marxismo clásico se concentra fundamentalmente en un análisis económico-político (no sociológico) de una clase explotada, productora de “plusvalía” como potencial agente colectivo de la revolución. Y en términos de la teoría política propone la “dictadura del proletariado” como forma política de poder revolucionario destinado además a desaparecer a partir de la prevista “extinción” del Estado (Zolo, 1974; Colletti, 1974; Melucci, 1999: 26).

Al respecto Sidney Tarrow (1997) a contrapelo de Melucci, señala algunos de los aportes del marxismo, a partir de Marx, Lenin y Gramsci. Señala que la pregunta que el marxismo se haría en relación con los movimientos sociales sería plantear a la acción colectiva como un problema del desarrollo estructural de la sociedad antes que como un problema de elección individual.

Pero aunque le prestaran poca atención al vínculo entre la estructura social y el individuo, Marx y Engels fueron sorprendentemente modernos en su percepción de que el problema de la acción colectiva está enraizado en la estructura social. Lenin y Gramsci percibieron nítidamente el papel que desempeñan las oportunidades políticas, la organización y la cultura en la generación de la acción colectiva (Tarrow, 1997: 37).

Para Marx la explicación de cómo se incorporan los individuos a la acción colectiva es que ésta se da en términos de clase, desde la teoría de las clases, pues consideraba que las personas se suman a acciones colectivas, cuando considera que los intereses de la clase social a la que pertenece están en contradicción con la clase antagonista. En el caso del proletariado occidental, esto significaba que el capitalismo lo había agrupado en enormes fábricas donde no tenían el control y la propiedad de los medios de producción, pero había logrado desarrollar recursos para actuar colectivamente. La conciencia de clase y los sindicatos eran parte de esos recursos.

Autores como Tarde y Le Bon, cuya obra fue fruto de la psicología de las multitudes, resultan polémicos para algunos teóricos que no aceptan sus ideas sobre la irracionalidad de la acción colectiva. Para ellos los conflictos y

enfrentamientos entre disidentes y autoridades son normales y frecuentes en la sociedad. Pero para que el proletariado se convirtiera en una fuerza unificada para la acción colectiva era necesario que pasara por la producción socializada de la fábrica lo que convertiría al proletariado en una clase para sí, y lo que daría forma a este fenómeno social y político eran los sindicatos.

En relación con las razones por las cuales una población se rebela o inicia una acción colectiva son muy diversas, y posiblemente todos tengan una parte de razón dada la complejidad de la mente humana y más aún si ésta se observa desde lo social. Con relación a cómo el marxismo enfoca este aspecto de las razones por las cuales los miembros de un grupo que “deberían” rebelarse no lo hacen y otros sí, fue planteado por Marx a partir del señalamiento de la falsa conciencia. Marx “creía que los enfrentamientos sociales y la solidaridad que habría de surgir después de años de trabajar junto a otros obreros acabarían por resolver este dilema” (Tarrow, 1997: 37). Sin embargo, durante los largos años en los cuales se fue desarrollando el capitalismo se ha podido observar que hace falta algo más que la lucha de clases para generar una acción colectiva en su beneficio. Era necesario crear una conciencia que lograra trascender la conciencia sindical de los trabajadores para que ésta se transformara en una acción colectiva revolucionaria. Bien sabemos que esta función quedó integrada en la teoría marxista a la acción política, organizativa, cultural y propagandística del partido la cual fue más atendida y desarrollada por Lenin que por Marx.

Este tema generó diferencias, mismas que llegaron hasta Gramsci ante la falta de claridad y mayor desarrollo por parte de Marx del problema organizativo, el cual fue la principal preocupación de Lenin quien a partir de las experiencias extraídas de Europa observó que, por sí mismos, los trabajadores sólo actúan en nombre de sus organizaciones sindicales, ante lo cual propuso la solución de una elite de revolucionarios profesionales miembros del partido (Lenin, 1929: 52 y ss.), los cuales actuarían como defensores de los “verdaderos” intereses de los trabajadores.

La teoría de la vanguardia era una respuesta organizativa a una situación histórica de debilidad de la clase obrera rusa que aún no estaba preparada para hacer por sí misma la revolución.

Cuando Lenin llegó al poder no se mantuvo como prioritario el interés de los trabajadores, sino del partido, y el gobierno de la clase obrera no se alcanzó nunca y se gobernó a través de sus representantes agrupados en el partido.

Al derrumbarse la experiencia socialista quedó al descubierto la debilidad organizativa de las masas, del movimiento social y de la sociedad civil.

Cuando la extensión de la Revolución soviética a los países occidentales no prosperaba, hubo marxistas como Antonio Gramsci quien planteó que la organización, el partido, no era suficiente para realizar y lograr una revolución y que era necesario desarrollar la conciencia de los propios trabajadores. Gramsci aceptaba el postulado de Lenin de que el partido revolucionario tenía que ser una vanguardia pero agregó otros aspectos muy relevantes que muchos años después revolucionaron la teoría marxista. Algunos de ellos fueron: la necesidad de crear un bloque histórico de fuerzas en torno a la clase obrera (Gramsci, 1971: 168); la necesidad de desarrollar un grupo de intelectuales orgánicos (1971: 6-23), otros aspectos fueron el papel de la cultura como parte del proceso de construcción del Estado y de la conciencia revolucionaria. También redimensionó el papel de la propaganda, de la educación, de los intelectuales cuya existencia se daba al interior de cada clase, reformuló la superestructura donde redefinió el concepto del Estado para “redescubrir” la sociedad civil y darle un estatus nuevo a las organizaciones privadas o de la sociedad civil, también formuló el concepto de consenso y su construcción como proceso político-pedagógico, consciente de que las condiciones económicas y políticas de Europa y particularmente de Italia lo requerían (Portantiero, 1981: 221-227).

Tanto Marx como Lenin y Gramsci, hacen hincapié en un elemento diferente del fundamento estructural de la acción colectiva. Marx escribió sobre las contradicciones o divisiones fundamentales de la sociedad capitalista, que generaban capacidad de movilización; Lenin sobre la organización necesaria para estructurar el movimiento e impedir su dispersión en pequeñas demandas corporativas; y Gramsci sobre el fundamento cultural necesario para obtener un amplio consenso en torno a los objetivos del partido (Tarrow, 1997: 39-40).

Así, pues es Gramsci quien recoge el reto de Marx y emprende una teoría de la organización y quien la amplía con una visión más extensa del Estado, de los intelectuales y de otros actores necesarios para la acción colectiva dirigida al logro de la revolución.

Hasta aquí he recuperado algunos temas analizados desde el marxismo clásico, pues desde esta perspectiva de análisis y desde las últimas

décadas del siglo pasado hasta la actualidad se han hecho aportes relevantes generalmente cercanos a lo que se ha dado en llamar los nuevos movimientos sociales que, en estricto sentido, considero que son nuevas propuestas para el análisis de los movimientos sociales en donde se incluyen las redefiniciones y nuevas actuaciones de tradicionales movimientos sociales; como también el actuar de grupos, intereses y actores más nuevos, como las mujeres, la ecología, los grupos en defensa de los derechos de las identidades sexuales y étnicas pasando también por las nuevas formas de expresión de los jóvenes y la ciudadanía en contextos de globalización, internet y redes sociales, de los que intentaré ocuparme en el apartado final de esta primera parte como aportaciones más recientes.

LA SOCIOLOGÍA CLÁSICA

Es necesario partir señalando que ni Durkheim (1858-1917), ni Weber (1864-1920) desarrollaron propiamente una teoría de los movimientos sociales. Las referencias de Weber y de Durkheim a los movimientos sociales son indirectas, a pesar de que los dos autores plantean problemas teóricos de gran importancia para la comprensión y análisis de la sociedad que les tocó vivir, muchos de los cuales siguen teniendo vigencia.

Con relación al tema de las clases sociales y la estratificación, Weber parte del análisis dual de Marx (1818-1883) y va más allá, pues lo modifica y elabora una idea de la sociedad más compleja y multidimensional. Para Weber, la estratificación no tiene que ver únicamente con la clase sino que se configura con dos aspectos más: el estatus y el partido. De tal forma que los tres elementos —clase, estatus y partido— se conjugan y producen una gran variedad de posiciones dentro de la sociedad. Con este modelo de estratificación tridimensional, Weber autonomiza las esferas económica, social y política, y rechaza la posibilidad de adjudicar a una de ellas en exclusiva la determinación de clase social o pertenencia a una de ellas, relativizando así la importancia otorgada por la teoría marxista a la división dual de clases. Esta concepción de Weber, influye directamente en muchos de los más destacados representantes de la sociología del siglo xx.

Si bien Weber reconoce que la clase parte de condiciones económicas objetivas, plantea que las divisiones de clase se derivan no sólo del control

o no de los medios de producción, sino de diferencias económicas que no tienen que ver con la propiedad, tales como los conocimientos, las credenciales y las cualificaciones, las cuales influyen en el tipo de trabajo que se puede obtener.

“En la teoría weberiana el estatus alude a las diferencias que existen entre dos grupos en relación con la reputación o el prestigio que les conceden los demás” (Giddens, 2010: 472-473). El estatus, según Weber, pasó a expresarse mediante los estilos de vida a partir de que la sociedad se fue haciendo más compleja y también considera que el estatus puede variar con independencia de las divisiones de clase.

Otro aspecto importante a señalar lo constituye la distinción que Weber establece entre carisma y estructura burocrática al contraponer las relaciones sociales con un sistema racional de normas, y las relaciones donde el impulso emocional, la ruptura de las reglas cotidianas y la identificación afectiva con la acción son prioritarias. Durkheim (1963) analiza también los Estados de gran densidad moral, los momentos de participación, movilización y entusiasmo colectivo en los cuales el individuo se identifica con las aspiraciones de la sociedad y se eleva a un nivel superior de vida adhiriéndose a ideales generales aceptados y reconocidos como ideales sociales. Es en estos momentos cuando se dan las grandes transformaciones sociales (Melucci, 1999: 12).

Una revisión de los diversos e importantes temas introducidos y analizados por Durkheim nos permite ver que el tema que aquí analizamos: la acción colectiva y los movimientos sociales no son propiamente planteados ni analizados por este autor. Sólo me referiré brevemente a un tema que en el contexto general de su obra es fundamental. Tal es el planteamiento del análisis de los “hechos sociales”, que para este autor era la principal preocupación de la sociología.

Uno de los empeños de Durkheim fue dejar claramente establecidas las diferencias entre la filosofía y la psicología, para consolidar la sociología como ciencia nueva, con identidad clara y particular. Para lograr esto afirmó que el objeto distintivo de la sociología debía ser el estudio de los hechos sociales tratados como cosas, pues como cosas los hechos sociales debían ser estudiados empíricamente, con datos del exterior, no de la mente, no filosóficamente. Lo que, dicho sea de paso, apartó a la sociología durkheimiana del esfuerzo teórico fundamentalmente introspectivo de

Comte y Spencer. Y para marcar diferencias con la psicología, afirmó que el objeto de la sociología era el estudio de los hechos sociales, mientras que el objeto de la psicología apuntaba al estudio de los hechos psicológicos (Ritzer, 1993: 205-243).

Durkheim distinguía entre dos grandes tipos de hechos sociales: los materiales y los inmateriales; los materiales son los más claros porque eran entidades reales y materiales, como la arquitectura y las leyes, pero tienen menor importancia en la obra de Durkheim. Entre los hechos sociales inmateriales están la cultura, la moralidad, la conciencia colectiva, las representaciones sociales, las corrientes sociales, la mente grupal y lo que para la sociología actual son las normas y los valores.

He traído a colación los hechos sociales porque es frecuente que se considere desde este planteamiento muchos aspectos de la vida social en la obra de Durkheim, y además porque al hablar de los hechos sociales y enfrentarlos al reformismo social —también analizado por nuestro autor— podríamos encontrar lo que buscamos, los indicios desde los cuales el autor observó la acción colectiva, la acción de las masas, de los movimientos sociales, de la transformación social o el análisis de la revolución. Pero no es así, como lo señala Ritzer (1993: 229): “Durkheim era un reformista, no un radical ni un revolucionario. Y si dedicó todo un libro al socialismo (1928, 1982), no fue porque le interesara analizar una doctrina revolucionaria, sino porque pretendía estudiar un hecho social”.

Cuando Durkheim hizo una propuesta sobre organización social dirigida a aliviar “patologías sociales”, sugirió el desarrollo de asociaciones profesionales con formas diferentes de organización con intereses comunes, que fueran superiores a otras organizaciones como las sindicales y empresariales que, según él, sólo ahondaban las diferencias sociales entre propietarios, administradores y trabajadores.

Otra perspectiva de larga data y que entra en el análisis del tema que nos ocupa en esta ocasión, lo constituye la Escuela de Chicago fundada en 1892 por Albion Small, quien fundó el Departamento de Sociología surgiendo en los años y décadas posteriores una obra colectiva que jugó un papel relevante en la institucionalización de la sociología de Estados Unidos, y que durante un tiempo fue el centro de la disciplina en ese país. Su apogeo se dio en la década de los veinte y en la siguiente década empezó su declinación con la muerte de Mead y la partida de Park a California.

Para el tema que nos ocupa es importante señalar que la Escuela de Sociología de Chicago fue pionera en la clasificación sistemática de las formas de comportamiento colectivo sobre las cuales se investigó ampliamente a partir de los años veinte (Della Porta y Diani, 2006). Algunos de los analistas de esta escuela como Robert E. Park, Ernest W. Burgess y Herbert Blumer, consideraban los movimientos sociales como los agentes del cambio social. Blumer (1969) desde el interaccionismo simbólico, planteó la teoría del “malestar social” para explicar las acciones de protesta no convencional fuera de los partidos políticos y de las representaciones formales intereses específicos. En lo fundamental consideraba que los movimientos sociales de todo tipo, tenían como causa la insatisfacción con algunos aspectos de la sociedad ante los cuales los movimientos buscaban cambios.

Los movimientos sociales, según Blumer (1954, 1957), vivían un ciclo de vida que cubría cuatro etapas: La “agitación social”, poco focalizada y aún desorganizada; después el “entusiasmo popular”, con mayor definición y concreción de las causas del movimiento; en la tercera etapa en la cual se da “la creación de organizaciones formales” que agrupan el movimiento y conducen la acción colectiva; la última etapa es la “institucionalización” cuando el movimiento es aceptado en las instancias convencionales y llega al circuito donde encuentra la solución de demandas.

Blumer también plantea que algunos movimientos triunfan, otros fracasan y otros resisten hasta por largos periodos. La propuesta del ciclo vida fue muy bien acogida y ha formado parte fundamental de muchos estudios recientes particularmente en Estados Unidos (Giddens, 2010).

Durante los años veinte, la Escuela de Chicago puso las bases de una serie de estudios e investigaciones que delineaban, progresivamente, un campo específico del análisis sociológico. Tal es el caso de Robert Park quien puso las bases para una reflexión sobre el comportamiento colectivo, la cual tiene una continuidad en la sociología estadounidense que llega hasta los autores contemporáneos.

Para Park el comportamiento colectivo no es una realidad patológica, sino un componente fundamental del normal funcionamiento de la sociedad, además de un factor decisivo para el cambio. De aquí que exista una continuidad entre el comportamiento colectivo y las formas “normales”, institucionalizadas, de la acción colectiva. El comportamiento social representa una situación “no estructurada”, esto es, no plenamente controlada,

de las normas que rigen el orden social. Pero precisamente por esto es importante, porque es un factor de transformación y está en grado de crear nuevas normas.

La tradición sociológica individualiza así, un área de conductas caracterizadas por connotaciones específicas que no pueden ser llevadas al funcionamiento institucionalizado de la sociedad. La identificación de estas conductas con la irracionalidad de la sugestión, cede progresivamente el puesto a un reconocimiento de la continuidad entre integración y conflicto, entre orden e innovación (Melucci, 1999).

El comportamiento colectivo en el sentido que lo retomó posteriormente la sociología en Estados Unidos fueron los autores que formaban parte del pensamiento conservador europeo que, a finales del siglo XIX, analizó el tema de las multitudes, a partir de la realidad que los envolvía en la cual la acción más novedosa y el empuje del movimiento obrero, así como de las primeras organizaciones de masas, las cuales se vuelven más amenazantes para el orden burgués imperante. Es el caso de los aportes de Gustave Le Bon y de Gabriel Tarde, los cuales proponen una imagen alejada de la realidad, una mirada externa a los actores y a las propias multitudes. Estos autores nos ofrecen una visión de irracionalidad caótica de la multitud, en donde la capacidad y la racionalidad de los individuos son juzgadas por la sugestión colectiva y señalan que las características de la "psicología de la multitud" son la credulidad, la exasperación de las emociones y la tendencia a la imitación (Melucci, 1999).

La expresión de las multitudes según Le Bon y Tarde, son manipulaciones de minorías de agitadores y se manifiestan en forma irracional y violenta bajo la influencia de la sugestión (Le Bon, 1895 y 1912; Tarde, 1890/1989). Esta visión negativa de las masas, insertada en el pensamiento burgués, se ve replanteada unos años después en la obra de Freud, quien le da una interpretación en clave de psicología del profundo. Planteando que las expresiones de acción colectiva de las masas responden a las necesidades primarias inconscientes de los individuos quienes se identifican con el líder, lo cual le permite existir a un grupo y allí el líder se convierte en súper yo y atomiza la dinámica colectiva (Freud, 1921).

Melucci plantea que en este mismo sentido se encuentra también la obra de Ortega y Gasset quien, en el momento en el que se afirmaban los grandes aparatos totalitarios, plantea la irrupción histórica de las masas

privadas de identidad, incapaces de responsabilidad colectiva y disponibles a la manipulación por parte de los jefes (Ortega y Gasset, 1979; Melucci, 1999).

La sociología estadounidense del comportamiento colectivo contiene elementos de continuidad y conformidad, pero también de ruptura con escuelas y autores del pensamiento anterior.

Por otra parte, en la sociología estadounidense, el análisis de los movimientos pasó de los estudios del comportamiento colectivo, esto es, de fenómenos que van del pánico y las modas, hasta el comportamiento de las multitudes y los movimientos revolucionarios. En el contenido de esta tradición el análisis se enriqueció con numerosas investigaciones sobre movimientos sociales concretos del comportamiento colectivo, y sobre generalidades empíricas de varias formas de acción. Este abundante material, junto con el trabajo de los historiadores, constituye la única base empírica consistente a la cual nos podemos referir hasta los años sesenta para un análisis de los movimientos. Los estudios sobre el comportamiento colectivo son, pues, por una parte, un punto de referencia obligado pero por otra son también una desilusión, pues a pesar de los avances aún faltan muchos elementos para que se consolide una teoría completa de los movimientos sociales.

Hoy en día el problema fundamental de una sociología de la acción colectiva es ligar las conductas conflictivas a la estructura de la sociedad sin renunciar, al mismo tiempo, a explicar cómo se forman y cómo se manifiestan en concreto nuevas creencias, nuevas formas de acción colectiva y nuevas identidades colectivas.

LA APROXIMACIÓN ESTRUCTURAL-FUNCIONALISTA

El análisis del comportamiento colectivo desarrollado en Estados Unidos fue relevante en los decenios siguientes a la Segunda Guerra Mundial, como parte de las reflexiones que intentaban explicar los movimientos disruptivos del orden social a partir de los movimientos y gobiernos fascistas y el auge del comunismo en la URSS y en Europa. Desde la óptica del comportamiento colectivo surgieron dos análisis relevantes, por una parte el estructural-funcionalismo desde una interpretación macro social que

relacionaba los movimientos sociales con los cambios estructurales; y por otra parte el interaccionismo simbólico desde el análisis microsociales desde las interacciones entre individuos, las cuales se convierten en el motor de las movilizaciones.

Talcott Parsons

Es sabido que el teórico más importante de esta vertiente es Talcott Parsons (1902-1979), quien a lo largo de su vida produjo una gran cantidad de obra teórica, con diferencias importantes entre su obra temprana y su obra madura; en esta última dejó estructurada los imperativos funcionales del sistema de acción, el cual resumió en el famoso esquema A.G.I.L. (A: adaptación, G: capacidad para alcanzar metas,⁴ I: integración y L: latencia o mantenimiento de patrones), que condensaba las funciones necesarias a cumplir para que un sistema pudiera sobrevivir (Ritzer, 1993b: 116). El esquema o paradigma A.G.I.L. fue diseñado por Parsons y presentado en un texto junto con Smelser en 1956, de manera que pudiera usarse en todos los niveles de su sistema general de acción que en sí mismo es el sistema de los niveles del análisis social.

Los cuatro niveles o componentes del sistema general de acción de Parsons son: el organismo conductual, el sistema de personalidad, el sistema social y el sistema cultural.

El organismo conductual u organismo biológico cumple la función adaptación, al ajustarse o transformar el mundo externo. El sistema de la personalidad permite el logro de metas de acuerdo con los objetivos del sistema y la movilización necesaria de recursos. El sistema social atiende la integración de las partes constituyentes del mismo; y el sistema cultural proporciona las normas y los valores que motivan a los actores para la acción.

En la obra de Parsons no existe un tratamiento específico y sistemático del cambio social, de la acción de los actores como acción colectiva, pero sí podemos obtener algunas implicaciones importantes de su teoría. Por ejemplo, si bien su obra no distingue entre comportamientos desviados (como la criminalidad), acciones conflictivas y protesta política de un movimiento (de corta o larga duración) que busque cambios sociales, sí analiza lo que él llamó "las conductas desviadas", las cuales son todas aquellas

⁴Goal attainment.

conductas que infringen las normas institucionalizadas y presentan un desequilibrio en los procesos de integración.

La desviación o conductas desviadas son el síntoma de una patología en la institucionalización de las normas, la señal de que éstas no han sido interiorizadas adecuadamente, lo cual cae en el terreno de lo cultural, es éste el sistema que falla, es el terreno de la socialización, el encargado de la interiorización de normas y valores para la acción.

Si bien es posible que los modelos normativos de una sociedad no estén plena o totalmente integrados, o que un sistema social contenga también valores incoherentes y contradictorios en sí mismos o por tiempo y lugar, o que una situación pueda, incluso, estar en la base de una desviación legitimada e institucionalizada. Sin embargo para Parsons, lo que importa es que las conductas desviadas derivan siempre de una situación de desequilibrio y de una escasa funcionalidad en los procesos de integración del sistema social (Parsons: 1954, cap. 7).

Pero Parsons siempre supuso la tendencia hacia un orden o equilibrio y el cambio lo supuso como un proceso paulatino y ordenado sin abundar en los agentes o actores del cambio, que para nuestro análisis son los variados actores sociales colectivos que a la vez generan los movimientos sociales de diverso tipo.

Según Ritzer (1993b: 121) se centra “en el sistema en su conjunto más que en el actor dentro del sistema: se ocupa de cómo controla el sistema al actor, no de cómo el actor crea y mantiene el sistema”. No da ninguna posibilidad de creatividad, aporte o cambio que proceda del actor, ni individual, ni colectivo.

Estos supuestos llevaron a Parsons a hacer del análisis de la estructura ordenada de la sociedad una preocupación central que le impedía dar cabida en su análisis al cambio y a los actores, éstos, según él, estaban supeditados y socializados para la integración del sistema social.

Con relación al cambio en un texto que comparte con Shils señalan: Creemos que no es rentable describir los cambios que se producen en los sistemas de variables sin aislar y describir antes las variables; por tanto hemos preferido comenzar estudiando combinaciones determinadas de variables para movernos hacia la descripción de los cambios que experimentan estas combinaciones una vez que ha sido sentada una sólida base para hacerlo (Parsons y Shils, 1954b: 6).

Al final de su obra, Parsons, atendiendo a la crítica de que ofrecía una teoría estructural y que no incluía el cambio social, se ocupó del cambio, como lo había hecho en sus inicios. Planteó el estudio de la evolución social y orientó la investigación en los años sesenta (Parsons, 1974) en lo que denominó “un paradigma del cambio evolucionista”, el cual estaba moldeado por la biología a través de un proceso de diferenciación de nuevos subsistemas, en el que a medida que la sociedad evolucionaba, aumentaba su capacidad para solucionar problemas.

Para concluir con esta breve recuperación del pensamiento de Parsons incluiré una reflexión que hace Giddens a partir de Alexander (1997). “¿Qué fue del funcionalismo estructural? Tras la muerte de Parsons en 1979, Jeffrey Alexander (1985) intentó retomar y reactivar el enfoque, con el objetivo de encarar sus fallos teóricos y que fuera más útil para la sociología moderna. Pero en 1977, incluso Alexander se vio forzado a admitir que las contradicciones internas del neofuncionalismo suponían su defunción. En su lugar, defendió una nueva reconstrucción de la teoría sociológica que fuera más allá del funcionalismo (Alexander, 1997). El funcionalismo estructural de Parsons, a todos los efectos y al menos por el momento, ha desaparecido por completo de la corriente principal de la sociología” (Giddens, 2010: 102). Esto señala Giddens, a partir de Alexander.

Considero que la complejidad del mundo actual se explica hoy por una multiplicidad de opciones teóricas que desde la riqueza de la sociología, incluyendo, por qué no, al estructural-funcionalismo de Parsons se explicará a la sociedad en su gran diversidad.

Neil Smelser

Un autor muy destacado del estructural-funcionalismo es Neil Smelser (1930), con su obra *La teoría del comportamiento colectivo* (1963). Los fundamentos de la teoría funcionalista encuentran una aplicación sistemática al tema del comportamiento colectivo, el cual define como “una movilización sobre la base de una creencia que no define la acción social” (Smelser, 1963: 72).

Algunos de los aspectos relevantes de la teoría de Smelser son:

- El comportamiento colectivo: esto es, la respuesta a algunos factores de disturbio, por efecto de la tensión, y es uno de los componentes de la acción social, los cuales son los valores y las normas, es decir, las reglas que traducen los valores en comportamientos.
- La movilización de las motivaciones: las cuales son la capacidad de motivar a los individuos a asumir conductas reguladas normativamente.
- Los recursos son: el sistema de medios que permiten u obstaculizan el logro de los objetivos de la acción.

Cada uno de estos componentes se estructura al interior de varios sectores, los cuales indican el modo como los componentes de la acción social pasan de los contenidos más generales a la organización concreta de la vida de los individuos (Melucci, 1999: 29).

De esta forma, se pasa de los valores globales de una sociedad hasta los que legitiman los roles dentro de una organización; de los criterios generales de conformidad y de deformidad respecto a los valores, se llega hasta las normas que regulan la coordinación en una organización y hasta los programas concretos de actividad singular; de las motivaciones más amplias de la acción social se llega hasta la capacidad de asumir papeles y tareas específicas dentro de una organización; en fin, de los presupuestos del conocimiento científico se llega hasta las técnicas y los recursos utilizados por una organización concreta (Melucci, 1999: 30).

Para Smelser el comportamiento colectivo tiende a reestructurar el componente perturbado por la tensión, eliminando la incertidumbre que la caracteriza. Esto se produce mediante una creencia generalizada que moviliza la acción hacia componentes más generales, que aquella sometida a la tensión, y en tal modo tiende a restablecer el equilibrio. Las creencias generalizadas son de cinco tipos y se refieren a los diversos componentes de la acción, éstos son: la creencia histórica, base del pánico; la creencia de satisfacción; la creencia hostil; la creencia orientada a la norma; y la creencia orientada a los valores (Melucci, 1999: 30-34).

Según Smelser (1963) existe una gama de cinco determinantes del comportamiento colectivo que operan según el esquema del "valor agregado". Cada determinante opera en un campo delimitado agregando su propio "valor" específico. Cada determinante es, por lo tanto, una condición necesaria, aunque no suficiente, para que se verifique un episodio de comporta-

miento colectivo. Las condiciones para determinar el comportamiento o acción colectiva son: la propensión estructural, la tensión, una creencia generalizada, la movilización y el control social (Melucci, 1999: 31).

El comportamiento colectivo es así la suma de estas determinantes, donde cada una suma sus propias condiciones además de las precedentes.

Podemos entonces decir que la propuesta de Smelser individualiza las siguientes características del comportamiento colectivo: *a)* la capacidad de reestructuración de la acción social; *b)* la presencia de una creencia generalizada con características afines a las creencias mágicas, que se refiere a la existencia de fuerzas extraordinarias que operan en la situación y a la posibilidad de resultados extraordinarios de la acción colectiva; *c)* el carácter no institucionalizado de las conductas, y *d)* la necesidad de una serie articulada de determinantes para su activación. Por ello Melucci considera que con Smelser tenemos un concepto de comportamiento colectivo que se convierte en categoría analítica de la acción social.

La investigación de Smelser hace por primera vez explícita la intención de establecer un rango analítico común para las diversas formas de comportamiento colectivo. La exigencia confusa e implícita en la cual se movían los autores de la “psicología de multitudes”, buscando en la irracionalidad y en las pulsiones profundas la categoría común a muchas conductas, encuentra en Smelser una respuesta sistemática. La creencia generalizada es la categoría analítica, a la luz de la cual es necesario leer los diferentes comportamientos colectivos (Melucci, 1999: 32).

Sin embargo, el comportamiento colectivo queda, a partir de Smelser, y a pesar de su construcción sistemática, como una categoría única que mezcla y confunde criterios analíticos y generalizaciones empíricas. Queda como un instrumento descriptivo que sirve para clasificar diferentes conductas empíricas que sólo tienen en común la genérica de “colectivas”.

A pesar de admitir que el concepto de creencia generalizada identifica un nivel analítico significativo, resulta difícil, más allá de una perspectiva fuertemente ideológica, justificar teóricamente la decisión de tratar, con los mismos instrumentos, fenómenos que van de las modas a las revoluciones.

El hecho de que haya dimensiones “colectivas” en ciertas conductas, sólo pone de relieve una homogeneidad empírica que cae rápidamente

cuando apenas se comienza a indagar sobre el significado “colectivo” de diferentes fenómenos.

Analíticamente un movimiento revolucionario tiene poco en común con un tumulto. Todo ello sin contar que, el modelo de Smelser atribuye todos los fenómenos de comportamiento colectivo a una disfunción en los procesos institucionalizados de la vida social. De esta forma, la respuesta adecuada a un desequilibrio del sistema adquiere el mismo significado que un conflicto que ataca, por ejemplo, el modo de producción y de apropiación de los recursos.

No hay continuidad cualitativa entre estos fenómenos, pero sí diferente amplitud de la disfunción que los provoca. La disfunción o tensión, a su vez, no puede originarse dentro del sistema y por ello los envía, en última instancia, a una causa externa. Son los estímulos externos los que producen los desequilibrios en un sistema social. La necesidad de restablecer el equilibrio provoca, a su vez, además de las conductas institucionalizadas, comportamientos anómalos que tienden a acelerar los procesos de reestructuración. De estos presupuestos teóricos deriva también la imposibilidad de introducir distinciones significativas entre las varias formas de acción colectiva.

Smelser concibió la “teoría de la tensión estructural” para explicar el surgimiento de los movimientos sociales, los cuales desarrollaba a partir de un modelo de valor añadido o valor agregado por cada uno de los elementos determinantes del conjunto social que se analizara. La idea del valor añadido o agregado procede de la teoría económica y considera que los movimientos emergen de un proceso con etapas claramente identificables, cada una de las cuales agrega valor y escala al movimiento social que está emergiendo, aumentando las probabilidades de existencia, continuidad e impacto del comportamiento colectivo y del movimiento social. La teoría de Smelser es multicausal, considera que puede haber un desencadenante pero siempre varias causales (Giddens, 2010).

Los elementos que según Smelser agregan valor añadido para que se desarrolle un movimiento son:

- a) Los factores estructurales favorecedores o conductividad estructural, esto es las disposiciones estructurales que determinan los posibles tipos de protesta, así como el hecho de que la movilización o acción de protesta se pueda desarrollar.

- b) La tensión estructural, la cual se da por las expectativas de la población y la realidad social, pues cuando las personas tienen expectativas o esperanzas de conseguir o lograr determinadas cosas y éstas no se alcanzan o no se cumplen, surgen las frustraciones y los grupos o las poblaciones afectados buscan otras maneras de conseguirlo. Robert Merton utilizó esta teoría de la tensión para explicar la mayor incidencia de la delincuencia entre la clase trabajadora, las cuales, concluyó, se debían al desequilibrio entre las metas y esperanzas de progreso económico y los medios limitados para conseguirlos de manera legítima.
- c) Las creencias generalizadas, las cuales, según Smelser, generalmente son bastante irracionales y primitivas, se basan en deseos más que en una reflexión racional. El surgimiento y difusión de las creencias vuelven significativa la tensión estructural para los actores y les permite considerarla en forma más relevante.
- d) Los factores desencadenantes, generalmente son acontecimientos que actúan como chispas que encienden las acciones de protesta, las cuales hacen más evidente la tensión social a los ojos de potenciales seguidores, lo que desencadena nuevas acciones y también acelera y escala el movimiento.
- e) La movilización para la acción, la cual se da siempre después de, los o, el acontecimiento que desencadena y consiste en nuevos elementos que dan valor añadido al movimiento como son: la comunicación efectiva a través de una red social que permita realizar acciones para construir la organización que agrupa a los descontentos e impulsa las demandas.
- f) El fracaso del control social. Un factor final aunque también causal en el modelo de Smelser, es la respuesta y capacidad coactiva y persuasiva de las agencias de control social, el tipo de respuesta que se dé por parte de la autoridad desempeña un papel fundamental en el fin de un movimiento social emergente o en la creación de oportunidades y razones para su fortalecimiento y desarrollo. Una respuesta excesiva puede generar nuevas causas y animar a otros a apoyar el movimiento (Giddens, 2010: 1069-1074; Giner, 2003: 496-498).

Cuando un movimiento social aparece en escena, la cuestión radica en saber sobre qué base opera esta acción colectiva. Si como generalmente

acontece, los movimientos buscan modificar valores y normas, esto quiere decir que redefinen el conjunto o determinados aspectos y niveles de los "componentes de la acción social", los cuales, según Smelser, son cuatro: valores supremos, normas, la movilización de la motivación individual y facilidades de la situación. Estos componentes se ven implicados en la acción, la redefinición de uno de ellos implicará siempre el ajuste de los que están por debajo del componente objetado pero nunca los que están por arriba.

Por ejemplo, un movimiento social que demanda un aumento salarial puede lograr una modificación del salario pero dejará siempre en los mismos términos las relaciones sociales empresariales o relaciones de producción, si por el contrario se demanda una distribución de la renta o ganancia en el sentido de una mayor y/o mejor distribución, necesariamente modificaría leyes referentes a las relaciones de producción sustentadas en principios consagrados como valores supremos del modelo económico. Éstos serían dos casos totalmente diferentes de acción colectiva y, por tanto, de análisis.

Este enfoque del análisis social sostiene que "los movimientos sociales constituyen una forma de acción colectiva no institucional, producto de la incapacidad de las instituciones para reproducir la cohesión social" (Giner, 2003: 496). Cuando una situación de este tipo acontece es necesario restituir el orden social sobre normas y valores nuevos ya sea que sólo sean modificadas o totalmente renovadas. Los movimientos sociales obedecen y reaccionan frente a problemas que presenta el orden social establecido, ante ello los movimientos desarrollan creencias o percepciones de lo que debe transformarse o sustituirse.

La obra de Smelser de 1963 se convirtió en una de las primeras teorías sociológicas genuinas del comportamiento colectivo. No recurrió a la psicología del individuo o del grupo, como muchos lo hicieron antes de él, por el contrario argumentó que deben reunirse el conjunto de condiciones contextuales que envuelven previamente al movimiento colectivo.

El modelo de Smelser fue sometido a muchas críticas fundamentalmente por ser heredera del funcionalismo parsoniano que, recuperando viejos planteamientos, consideraba a los movimientos como fenómenos ocasionales y marginales. Al centrar Smelser la atención en las "creencias" donde se daba por hecho que los sujetos se movilizan por razones irracionales y primitivas, basadas en ideas o creencias falsas sobre la situación,

se le criticó duramente aunque en sus análisis posteriores reconoce a los activistas, la calidad de actores racionales que sopesan costes y beneficios de su actuar, también señala que los movimientos sociales no son algo marginal sino que forman parte de la vida social.

Sin embargo, según Melucci, el análisis de Smelser no parece estar ausente de contradicciones. El comportamiento colectivo queda, a pesar de su construcción sistemática, como una categoría única que mezcla y confunde criterios analíticos y generalizaciones empíricas. Queda como un instrumento descriptivo que sirve para clasificar diferentes conductas empíricas que sólo tienen en común la genérica de "colectivas". A pesar de admitir que el concepto de creencia generalizada identifica un nivel analítico significativo, me parece difícil, más allá de una perspectiva fuertemente ideológica, justificar teóricamente la elección de tratar con los mismos instrumentos, fenómenos que van de las modas a las revoluciones (Melucci, 1999: 32).

Según Giddens,

el análisis de Smelser sobre los movimientos sociales ha merecido mayor reconocimiento en los últimos tiempos particularmente desde los señalamientos de la multicausalidad, lo que da cabida al análisis de los movimientos más recientes en los que abunda, precisamente, la diversidad de motivos o causas, así mismo la conexión entre el activismo de los movimientos con las estructuras sociales que plantea Smelser (2009: 1071).

Es así como el aporte de Smelser se suma a las nuevas corrientes de análisis de la acción colectiva en el campo de los movimientos sociales, los cuales se han multiplicado y renovado desde las últimas décadas del siglo XXI para dar cuenta de los cambios en este terreno.

Robert Merton (1910-2003)

Herederó del estructural funcionalismo de Parsons, Merton como alumno suyo, desarrolló algunos de los planteamientos más relevantes de esta escuela de pensamiento en sociología. Fue tarea de Merton cuestionar algunos de los planteamientos difíciles de defender el funcionalismo estructural, desarrollando nuevas propuestas para sustentarlo y prolongar su vigencia.

Para ello Merton atendió sistemática y cuidadosamente las propuestas del funcionalismo estructural, distanciándose de la base teórica de Parsons, proponiendo limitarse a la construcción de “teorías de alcance medio” y dando gran relevancia a la sociología de la ciencia, de la que se ocupó ampliamente.

Merton estableció de manera más sistemática, incluso que Parsons (Giner, 2003: 82 y 84) los supuestos del estructural-funcionalismo, evitando los planteamientos maximalistas, de gran alcance, en los que cae el organicismo, la teoría de sistemas o el funcionalismo universal.

Desde el funcionalismo observó los procesos sociales que no llegan a la plena integración, por ello al analizar la anomia, toma el caso de un proceso en el que ha faltado la interiorización de normas. Desarrolla las diferencias entre comportamiento desviado y el inconforme, uno actúa contra la norma por razones de desventaja social, sin discutir su legitimidad, el inconforme busca cambiar las normas y los valores del grupo y sustituirlas por otras sustentadas en una legitimidad alternativa.

En relación con el tema de la conducta desviada, Merton planteó un modelo de adaptación social con cinco posibles respuestas al desfase que se da entre las metas culturales prescritas y aceptadas socialmente frente a las oportunidades y medios aprobados y aceptados culturalmente. Los cinco modelos de conducta son el conformista, el innovador, el ritualista, el retraído y el rebelde para ver, según el estereotipo social o modelo aceptado de cada uno de ellos, si sus metas sociales son aceptadas o no por la sociedad, y finalmente los medios aprobados y aceptados culturalmente con que cuenta cada uno para lograrlos. En el esquema resulta interesante ver que el conformista acepta las metas y los medios, el innovador acepta las metas pero no los medios, el ritualista no acepta las metas (aunque sí las normas sociales) pero sí los medios, el retraído no acepta las metas, ni los medios pero no propone nada, y el rebelde crea nuevas metas y nuevos medios (Gelles, 2000: 255).

Tenemos así un salto en el enfoque de la adaptación social en la que se abre una puerta desde el estructural-funcionalismo para analizar conductas, sujetos y grupos que no aceptan el sistema, no se ajustan a él y son la vía para iniciar una comprensión de conductas que no encajan a las normas y valores del sistema y que son de nuestro interés para analizar la acción colectiva. Melucci considera que el comportamiento inconforme

que analiza Merton ataca la estructura misma de los fines, pero no rechaza los medios institucionales para alcanzarlos (Melucci, 1999: 29).

Para Merton, la acción colectiva no puede ser reducida a pura disfunción frente al sistema social. Por tanto resulta necesario distinguir entre los procesos colectivos que son el resultado de la disgregación del sistema, y por otra parte los procesos que tienden a una transformación de las bases estructurales del sistema mismo, esto es aquellos procesos que tienen una dirección organizada y consciente del movimiento de las masas (Melucci, 1999: 29).

PRODUCCIONES MÁS RECIENTES

Durante la mayor parte del siglo xx la sociología consideró a los movimientos sociales fenómenos poco frecuentes y sólo en contadas excepciones se ocupó de ellos, no se les dio la importancia que tenían como factor interviniente en la vida de la sociedad, como hechos sociales que representaban los cambios y desfases de la sociedad y los desacuerdos de los ciudadanos y las organizaciones que los agrupaban. Las diferentes formas de acción colectiva quedaron al margen de la sociología, hasta que en la década de los sesenta empezó a surgir una oleada de movimientos sociales que llamó la atención de los estudiosos para entenderlos y explicarlos. Cuando estos analistas descubrieron que la producción teórica existente sobre los movimientos sociales era insuficiente para explicar los nuevos fenómenos de la acción colectiva empezaron a construirse nuevos análisis.

Algunas de esas primeras teorías que explicaban el origen y la causa de los movimientos sociales fueron los relativos al malestar social y el comportamiento colectivo, desarrollados fundamentalmente en la Escuela de Chicago y particularmente por Herbert Blumer (1969).

Una segunda vertiente teórica sobre los movimientos fue el llamado "paradigma estratégico" en el cual se encuentran tres aportes: la movilización de recursos, el proceso político y el análisis de marcos; y por último una tercera vertiente, la de los llamados Nuevos Movimientos Sociales, con dos orientaciones, la estructural y la constructivista.

Recuperemos, aunque sea brevemente, los planteamientos de estas tres vertientes.

La Escuela de Chicago

Según Della Porta y Diani (2006) la Escuela de Chicago fue la primera en clasificar de manera sistemática las formas del comportamiento colectivo, a partir de lo cual éste se convirtió en un campo de investigación específico en la década de los veinte. Los investigadores de esta escuela entre los que se encontraban Robert Park, Ernest Burgess y Herbert Blumer tenían una concepción muy novedosa, frente al estructuralismo, en donde los movimientos sociales eran considerados como agentes del cambio social y no solamente como los productos de éste.

Blumer se convirtió en el teórico más relevante de los movimientos sociales dentro del interaccionismo simbólico de Chicago. Las palabras del propio Blumer condensan con precisión sus puntos de vista:

Puede verse a los movimientos sociales como empresas colectivas que pretenden instaurar un nuevo orden vital. Surgen a partir de una condición de malestar y extraen su poder de motivación, por un lado de las insatisfacciones que produce la forma de vida actual y, por otro, del deseo y las esperanzas de un nuevo proyecto de vida. La evolución de un nuevo movimiento social representa el advenimiento de un nuevo orden vital. En sus comienzos es amorfo, mal organizado y carece de estructura; el comportamiento colectivo está en un nivel primitivo [...] A medida que se desarrolla, asume el carácter de una sociedad; adquiere organización y forma, un conjunto de costumbres y tradiciones, establece una dirección, una división del trabajo perdurable, normas sociales y valores sociales: en pocas palabras, una cultura, una organización social y un nuevo proyecto de vida (1969: 8).

Consideraba que los movimientos pueden dirigirse hacia afuera o hacia adentro de la organización, llamándolos “activos” o “expresivos”, aunque también hay movimientos que se dirigen hacia afuera y hacia dentro. Muchos movimientos sociales realizan acciones hacia afuera, son activos y expresivos, pero hacia adentro, las actividades que realizan y las causas por las que se organizan generan cambios en su forma de pensar y de actuar.

Blumer también planteaba que los movimientos tienen un “ciclo vital” que van desde la agitación social inicial, el entusiasmo popular, la consolidación de la organización y finalmente llega a la institucionalización. Algunos movimientos logran sus objetivos, otros fracasan, algunos tienen un

ciclo de vida corto, otros medianamente largos y algunos otros resisten largos periodos.

Estos planteamientos se han difundido ampliamente y han sido muy utilizados en la investigación sobre movimientos sociales. Sin embargo, uno de los problemas del enfoque interaccionista es que no se analizan las decisiones y estrategias racionales de los activistas y que los análisis muy detallados que realizan pecan de ser fundamentalmente descriptivos y no explicativos (Della Porta y Diani, 2006).

El interaccionismo simbólico analiza el comportamiento de grupos sociales en general, desde el pánico colectivo hasta la moda, en donde el movimiento social es una variante más del comportamiento colectivo (Giner, 2003: 493 y ss.). Actualmente ya está claro que existe una diferencia sustancial entre los dos fenómenos y que el peso social que han logrado algunos movimientos, muestra claramente no son una sencilla o efímera acción colectiva o comportamiento colectivo, aunque ésta también tenga una causa, una razón y algún nivel de organización o preparación de la acción.

La movilización de recursos

Es una propuesta muy sugerente dentro de los análisis del movimiento social, desarrollada en los años sesenta y setenta (Coleman, 1966; Gamson, 1968; Stinchcombe, 1968; Oberschall, 1973) como reacción a las teorías del malestar social que consideraban a los movimientos sociales como irracionales. Los partidarios de la movilización de recursos consideran que la sociedad capitalista genera insatisfacción entre sectores de la sociedad, los cuales deciden organizarse y movilizarse aprovechando los recursos a su alcance para organizar campañas que se opongan al orden establecido.

“Esta teoría se centra en los procesos a partir de los cuales los recursos necesarios para la acción colectiva son efectivamente movilizados” (Giner, 2003: 501). Se requiere, entonces, la capacidad para que personas con intereses comunes se organicen de modo que los conflictos en estado latente se puedan expresar y generar así la organización y la movilización.

La movilización de recursos genera cambios en la propia organización y en el entorno, pues como señala Melucci: “Los procesos de cambio internos

y las relaciones con el ambiente hacen del movimiento una realidad articulada y compuesta, tejida de múltiples redes de pertenencia" (1999: 35).

Los recursos necesarios a los que se refiere esta teoría son muy diversos, son todos aquellos al alcance de las organizaciones y que permitan el tránsito desde un colectivo desorganizado a otro que sea capaz de generar un cambio social. La necesidad de movilizar recursos puede ser el factor fundamental para el logro de las metas, "...un movimiento social debe atraer dinero, mano de obra, votos, quizás armas, y otros recursos para su causa. Requieren recursos tangibles (fondos, espacio de oficinas) e intangibles (apoyo de figuras públicas, conocimiento de política). La organización preexistente es un recurso importante" (Gelles, 2000: 664).

Así pues la movilización de recursos, según esta teoría, "es el factor más importante para lograr el éxito o el fracaso... pero no es suficiente" (Gelles, 2000: 665).

La teoría de la movilización de recursos ha sido utilizada desde instituciones del Estado en la aplicación de políticas públicas dirigidas a poblaciones marginadas con objeto de reconstruir el tejido social y aprovechar recursos tangibles e intangibles de la región, y la sociedad que circunda la población objetiva.

El proceso político

Este planteamiento atiende a las diferentes perspectivas en la estructura de oportunidades políticas que constituyen el marco de acción de los movimientos sociales. Da cuenta del surgimiento, la forma organizativa, las formas de acción que utilizan y los resultados como consecuencia de la movilización y el contexto político en el que actúa cada movimiento.

Esta propuesta de análisis está siempre referida a los márgenes de acción que establece cada Estado, pues de ello depende sustantivamente el accionar y el logro. Para ello proponen tres dimensiones básicas de la oportunidad política: a) el grado de apertura o cierre del sistema político; b) el grado de estabilidad o inestabilidad de los alineamientos políticos entre las elites y la presencia o ausencia de éstas entre los movimientos sociales, y c) la capacidad del Estado para bloquear el desarrollo de los movimientos sociales (Giner, 2003).

Es ésta una propuesta referida más a la consideración del ámbito político, el cual si bien es un factor importante en el accionar de los movimientos sociales, sólo es un factor relevante a tomarse en cuenta por parte de las organizaciones, pero es insuficiente si de lo que se trata es de analizar y explicar académicamente el movimiento social, su capacidad de acción, las formas de organización y sus posibilidades de lograr las metas buscadas y en un análisis posterior interpretar todos los elementos que llevaron al triunfo o al fracaso. Este análisis es más una herramienta para las organizaciones, para la acción y para que puedan formular una estrategia de acción en función del proceso político que depende en gran medida del Estado.

El análisis de los marcos

La tercera propuesta en el contexto del “paradigma estratégico”, es el llamado “análisis de los marcos”, el planteamiento más reciente de los tres, el cual se propone trabajar la vertiente cultural de las movilizaciones sociales. Originalmente el concepto de “marco” (*frame*) fue acuñado por Erving Goffman (Snow y Benford, 1988: 464-481) y retomado después por otros analistas para reorientarlos específicamente a lo que dieron en llamar “marco de la acción colectiva”.

En la sociología de los movimientos sociales el concepto se utiliza para dar cuenta de las interpretaciones que los activistas hacen sobre las demandas, los problemas, las necesidades que aquejan a los miembros de un movimiento y la forma como éstos los interpretan y cómo los activistas los reformulan para convertirlos en objetos de lucha del movimiento. Más en particular el análisis se centra en cómo los miembros del movimiento actúan para buscar y conectar la interpretación que las personas hacen de su problema o problemas con los objetivos del movimiento.

Snow y Benford (1988) y Snow *et al.* (1986) desarrollan conceptos y líneas metodológicas para el estudio de los marcos y proponen tareas básicas para la elaboración de los marcos de la acción colectiva, tales son: *a*) el diagnóstico, para identificar el problema y los responsables; *b*) el pronóstico, el cual ofrece soluciones, y *c*) la motivación, la cual da los argumentos para la acción como condición para lograr el pronóstico.

El desarrollo de un marco de interpretación de la situación, por parte de los movimientos, depende de que los miembros del movimiento logren considerar o encontrar los elementos propios de la cultura de referencia. Este elemento resulta importante en el análisis de los movimientos pues ofrece una base cultural diferenciada por región, país, etnia, clase, momento histórico, etcétera. No es igual la demanda que hace un sector trabajador en un país desarrollado que uno que no lo es, hay luchas particulares en países de mayor desarrollo que las que se dan en países con grandes carencias, hay grandes diferencias culturales en cada movimiento social, lo cual los hace singulares aunque cumplan etapas que todos cumplen.

Este análisis de los marcos, utilizados recientemente por las ciencias sociales, en nuestro país tiene aplicaciones útiles y concretas en el campo de los movimientos sociales desde la sociología, pero también están siendo utilizados en la ciencia política para conocer estos marcos e interpretar políticamente los movimientos sociales desde la óptica de su intervención en la coyuntura política, los cuales sirven tanto a los movimientos como al Estado para enfrentar y atender las demandas sociales y a los partidos para la formulación de sus estrategias políticas y electorales.

Estas tres vertientes del paradigma estratégico que hemos desarrollado, más que una teoría en sí mismas, son complementarias entre sí con aportes específicos para enmarcar un análisis en el cual cada una de ellas aporta elementos para una visión y un análisis más amplio de los movimientos sociales. Aisladamente cada una tiene un marco de análisis que se dirige a aspectos parciales que resultan muy útiles en circunstancias concretas para un análisis e interpretación.

Los Nuevos Movimientos Sociales (NMS)

Esta última vertiente que recuperamos en este trabajo se ha desarrollado bajo dos orientaciones, la estructural y la constructivista. Se inicia a partir de la década de los sesenta cuando surge una cascada de movimientos por todo el mundo con características novedosas en muchos casos, pero particularmente por la emergencia de conglomerados, propuestas y demandas novedosas y en otros casos con la redefinición de movimientos anteriores, incluso añejos, en procesos de redefinición o de nuevos posicionamientos y propuestas.

Estos movimientos abarcan la defensa de los derechos civiles, el movimiento feminista, el antinuclear, el pacifista, la no violencia, el ecologismo y el ambientalismo, los derechos de minorías diversas, los derechos de los homosexuales, de los discapacitados, las reivindicaciones de los pueblos originarios, la multiplicación de organizaciones civiles actuando en el espacio público entre muchas otras también dignas de mención. Un autor que ha desarrollado amplia y detalladamente muchos de estos nuevos movimientos en forma temprana y adelantada recuperando experiencias de diversos países, así como obra de autores de aquellos países, poco difundidos pero con importantes aportes, es Manuel Castells, particularmente en su obra de tres tomos, *La era de la información* (1999).

Es en Europa Occidental donde aparece la perspectiva de los NMS para explicar este fenómeno social que se presenta en Europa, Estados Unidos y en alguna medida también en otras regiones o países.

Según Giddens los “nuevos” movimientos se diferencian de los “antiguos” en cuatro aspectos: nuevos temas, nuevas formas organizativas, nuevos repertorios para la acción y nuevas bases sociales (2010: 1074-1078). Pero será necesario agregar que no sólo son diferentes las expresiones sino también las causas o razones que dan pie al cambio en las formas del movimiento social por no hablar del cambio en otros y variados temas.

La forma de abordar el análisis se ha dado desde dos vertientes o perspectivas analíticas, la estructural y la constructivista o centrada en la subjetividad.

La vertiente estructural considera que los NMS son el resultado de cambios estructurales de fondo que afectan las posiciones de clase en las democracias liberales (Giner, 2003: 506).

El cambio estructural está referido al paso de la sociedad industrial a la postindustrial o informacional, con organización flexible de la producción. Este señalamiento busca centrar como eje de la explicación el papel que cumple el conocimiento en torno al cual se organiza la nueva tecnología, el crecimiento económico, la globalización, el desarrollo de las comunicaciones y la estratificación social. Las dos tendencias coinciden en señalar el desarrollo de las capacidades tecnológicas, la competencia en la gestión económica empresarial y la relevancia de las nuevas formas de comunicación e información, como puntal fundamental del cambio en los movimientos sociales, aunque podríamos decir que no es sólo el cambio

en el movimiento social, sino un cambio radical en las formas de vida, trabajo, ocio, diversión, comunicación, etcétera, que han transformado el mundo moderno de forma por demás acelerada.

Sin ninguna certeza de cuál será el tope o el futuro al cual nos llevarán tales cambios.

Uno de los teóricos más relevantes de la vertiente estructuralista es Alan Touraine quien plantea los conflictos de clase, como el enfrentamiento entre la clase dominante, mayoritaria y la clase dominada, minoritaria. La acción de cada clase se da con base en una conciencia de clase y los movimientos sociales son los actores y protagonistas de las transformaciones de las relaciones de clase. Touraine (1985) plantea que todo movimiento social requiere tres principios: uno de identidad, que lo define a sí mismo, por sus demandas y aspiraciones; un segundo de oposición, mediante el cual el movimiento define quiénes son sus adversarios y el tercero de totalidad, por el cual ambos actores, el movimiento y sus adversarios, comparten recursos sociales comunes cuyo control se disputan.

Esta vertiente de análisis tiene en Clauss Offe (1988) a un importante teórico que, entre otras cosas, desarrolla ampliamente las condiciones estructurales y la relación con las condiciones políticas, desde el paradigma de lo viejo y lo nuevo.

Por su parte el análisis constructivista tiene entre sus más destacados exponentes a Alberto Melucci (1999), quien define al movimiento social de forma similar a Touraine pero “desontologizando” el concepto de movimiento social. “Melucci parte de la base de que un movimiento no es una realidad ontológica a partir de la cual se pueda deducir su emergencia ni la delimitación de sus objetivos” (Giner, 2003: 508). Melucci también introduce en el tema de las identidades colectivas como factor interviniente característico de los NMS (1999).

En general encontramos que entre las dos vertientes analíticas de los NMS, hay una gran variedad de elementos afines que apuntan a una cercana síntesis interpretativa, que permita un enriquecimiento de la teoría en aras de una mayor y mejor comprensión de los movimientos sociales, independientemente de si son nuevos o no, pues lo relevante en ellos son las repercusiones que los mismos tienen para el logro de una sociedad que conquista cada vez un mejor ejercicio de sus derechos.

No obstante los aportes y su novedad, la teoría de los NMS ha sido objeto de críticas (Giddens, 2010: 1079) fundamentalmente por la poca claridad en la definición de lo nuevo de los NMS, pues se señala que todos los rasgos sustantivos de lo nuevo ya estaba presente en lo viejo, que muchos de elementos resaltados ya estaban presentes en siglos anteriores como los valores culturales aunque en menor medida se presentaron en el siglo XIX, el tema de la identidad que estaba en todos los movimientos nacionalistas y de las primeras feministas, la política medio ambiental puede remontarse al siglo XIX con las organizaciones de defensa de la naturaleza, europeas y norteamericanas. También se les acusa de ir demasiado rápido en extraer conclusiones radicales con escasos datos empíricos.

PRÁCTICAS QUE EMERGEN:

EL DESAFÍO, LA INCERTIDUMBRE Y LA SOLIDARIDAD

Los desafíos colectivos suelen caracterizarse por la interrupción, la obstrucción o la introducción de incertidumbre en las actividades de otros. A veces, especialmente en el seno de los sistemas represivos, se introducen como cambios de patrones y comportamientos que tienen que ver con cambios culturales que se traducen en consignas, formas de vestir, tipos de música o en el cambio de nombre de objetos familiares, asignándoles símbolos nuevos o diferentes. Incluso en los estados liberales, la gente puede identificarse con los movimientos por medio de palabras, formas de dirigirse a los demás y pautas privadas de conducta que representan su objetivo colectivo y se ven reforzadas por el mismo. Tales movimientos han sido caracterizados como comunidades de discurso, en los cuales se crea un lenguaje o discurso identitario que manifiesta su desacuerdo con la sociedad y el *statu quo*.

Existen importantes diferencias entre los discursos y el simbolismo de los movimientos sociales. Por ejemplo, los estudiantes durante el movimiento estudiantil del 68 en París, empleaban un discurso simbólico que les aislaba del lenguaje de los ciudadanos franceses de a pie, aquellos que por las protestas debían hacer cola para comprar gasolina o no podían recoger sus salarios porque la fábrica estaba cerrada o que complicaban el tránsito vehicular de las ciudades. Cuando la policía desalojó la universidad,

los franceses exhalaban colectivamente un suspiro de alivio porque el espectáculo de la Sorbona molestaba a muchos, aunque los miembros del movimiento tenían otra percepción.

Por contraste, un aspecto importante del movimiento de las mujeres estadounidenses durante los años sesenta, y uno de sus mayores éxitos, fue la atención que prestaban al significado: mujeres en vez de chicas, género en vez de sexo, compañera en vez de amiga. Tales cambios en el lenguaje común se han convertido en moneda corriente en la cultura popular norteamericana, pues las mujeres se dieron cuenta de que poner nombre a las cosas representa un importante paso adelante con miras a cambiarlas. El movimiento de las mujeres en Estados Unidos es el mejor ejemplo del que disponemos para ilustrar cómo el discurso público puede tener un profundo impacto sobre las identidades colectivas, y que éstas se convierten posteriormente en un recurso para la acción colectiva (Klanderman, 1992: 87-89).

Algunos movimientos, como el ecologista, el de los derechos civiles y el feminista, han combinado el desafío, la solidaridad y la incertidumbre en sus protestas. Han conservado su apoyo y han crecido a lo largo de las últimas tres décadas en parte porque tenían a su disposición un repertorio conocido y bien asimilado de formas sobre las que basarse. Se adaptaron al cambio porque sus líderes introdujeron innovaciones en estos modelos básicos con habilidad y creatividad.² No obstante, su éxito también se basó en su capacidad de asumir marcos de significado políticamente ventajoso y culturalmente apropiado.

Un elemento inicial y básico de la acción lo constituye el desafío como acto de valor a veces inocente, pero la mayoría de ellas consciente como producto de una acción necesaria frente a un reto de injusticia, hartazgo o desaliento.

En mi cabeza rondaba una vieja idea que reapareció y descubrí leyendo a Sidney Tarrow (1997) para documentarme con miras a este trabajo cuando encontré una narración que desentraña el desafío, la incertidumbre y la solidaridad. Estos tres elementos recuperados por Tarrow, en un texto sobre movimientos sociales son la narración de la forma como resurgen

²Como ha sido el caso de Green Peace, con sus novedosas formas de protesta que atraen la atención de los medios de comunicación y del público, independientemente de las críticas que se hacen a esta organización y que no es el caso mencionar aquí.

dentro de lo nuevo, viejas formas de acción que permiten la recuperación de valores colectivos como la solidaridad, entre otros.

El primer y más básico aspecto de la acción colectiva organizada en vías de convertirse en movimiento social, es la capacidad para enfrentar y desafiar a los oponentes.

Esta narración señala que

en la novela de Italo Calvino *El barón rampante* aparece un ejemplo ficticio pero arquetípico del desafío, en el que un joven noble reacciona ante el autoritarismo de su padre subiéndose a vivir a los árboles. El poder del héroe de Calvino radica en la ruptura con la convención y el desafío a la autoridad. No se limita a desafiar retóricamente la autoridad de su padre, sino que emprende una acción que encarna ese desafío y amenaza con un coste potencial (Tarrow, 1997: 179 y 181).

Ejemplos de desafíos manifiestos o soterrados hay muchos en la historia de la humanidad, los abolicionistas norteamericanos tenían una red clandestina para ayudar a los esclavos fugados a llegar a Canadá desafiando a propietarios de esclavos como a la soberanía de los estados. De igual manera en México, Yanga, un esclavo que huyó para liberarse de su condición, protegía y conducía a otros esclavos que lograban llegar hasta donde él estaba escondido en el hoy estado de Veracruz. De igual forma, “las secretarías japonesas que se negaban discretamente a servir el té a sus jefes en la década de los ochenta estaban poniendo en cuestión una estructura profundamente arraigada en las normas empresariales de su país. Las colegialas musulmanas que insistían en llevar velo a clase en 1989 en Francia amenazaban las normas laicas de la educación pública francesa” (Tarrow, 1997: 179 y 181). Los desafíos, pueden ser siempre discretos en cualquier espacio donde se desarrollen o ante cualquier circunstancia de la vida.

Analistas del campesinado en países del mundo no desarrollada, nos han develado (Scott, 1986) las acciones de “resistencia” consistentes en retrasos deliberados, pequeños sabotajes, rebeldías y otros trucos, para minar la autoridad de los capataces y terratenientes, crear incertidumbre y despertar la solidaridad. Volver a la narración de Calvino nos ayuda a comprender el papel de la incertidumbre. La protesta del joven barón le da poder no sólo por su dramatismo, sino por la ausencia de límites predecibles. Nadie antes ha pasado la noche subido a los árboles. ¿Cómo ha podido

ocurrírsele semejante idea? ¿Cuánto tiempo pensará quedarse allí y cuál será el coste? (Tarrow, 1997: 179 y 181).

En la historia de Calvino vemos la presencia de la incertidumbre en el resultado de la protesta, en la posibilidad de que se expanda por contagio y en la duración de la acción no violenta para no dar la excusa para una reprimenda o represión, según sea el caso. En palabras del politólogo Peter Eisinger:

Lo que resulta implícitamente amenazador en una protesta no es sólo la exhibición socialmente no convencional de grandes multitudes, que ofende y asusta a los observadores respetuosos de las normas, sino las visiones que evoca en los observadores y los oponentes acerca de hasta dónde podría llegar una conducta tan obviamente airada (1973: 13-14).

Pero al igual que la resistencia de los negros de Estados Unidos cuando huían a Canadá o de los campesinos frente a los terratenientes, el gesto del joven de la historia es una acción individual, la rebelión de un hombre joven contra su padre, fácilmente puede ser olvidada por falta del tercer aspecto que señala Tarrow: la solidaridad. Para que una acción tenga valor colectivo debe ser desencadenada con el apoyo que brinda la solidaridad, un bien social.

Albert Camus decía que, la solidaridad se basa en la rebelión y la rebelión, a su vez, sólo puede encontrar su justificación en la solidaridad.

Resumiendo, el poder de la acción colectiva procede de tres características potenciales: desafío, incertidumbre y solidaridad. Los desafíos a las autoridades amenazan con costes desconocidos, y estallan adoptando formas dramáticas y a menudo ingobernables. Su poder procede, en parte, de lo impredecible de sus resultados y de la posibilidad de que otros se sumen a ellos.

Si bien el desafío, la incertidumbre y la solidaridad son propiedades presentes, en mayor o menor grado, en todas las acciones colectivas incipientes o maduras, algunos tipos de movimientos maximizan el desafío, otros la incertidumbre y otros la solidaridad, en distinta medida según el tipo de acción o el tipo de organización o de movimiento social que observemos.

En la base de la propia sociedad está la sabiduría de las formas necesarias históricamente construidas y recreadas para enfrentar y solucionar las condiciones que enfrentan los movimientos sociales.

Finalmente señalemos, para reiterar, que los movimientos sociales son formas colectivas de acción de amplios sectores de población, que promueven los intereses y las aspiraciones comunes de sus miembros, poseen muy distintos grados de organización, surgen por muy variadas causas, desde muy concretas y materiales, hasta simbólicas y cargadas de valores culturales, persisten a lo largo del tiempo, se hacen visibles en el espacio público, pero también actúan transformando la vida y las concepciones de los sujetos a partir de las prácticas y valores que se crean e intercambian desde la organización, tocan y afectan el curso de la sociedad, pero a diferencia de los partidos políticos, no proponen proyectos globales a toda la sociedad, pues levantan planteamientos y demandas que agrupan a sectores específicos de la sociedad con intereses particulares, frente al Estado que representa los intereses de toda la sociedad.

FUENTES CONSULTADAS

- ALEXANDER, J. (1985). *Neofunctionalism*. Londres: Routledge.
- _____ (ed.) (1997). *Neofunctionalism and After*. Oxford: Blackwell, Collected Readings.
- ARDITI, B. (1995). La política después de la política. En Silvia Bolos (coord.), *Actores sociales y demandas urbanas*. México: UIA.
- BLUMER, H. (1951). Collective Behavior. En A. M. Lee (coord.), *New Outline of the Principles of Sociology*. Nueva York: Barnes and Noble.
- _____ (1957). Collective Behavior. En J. B. Gittler (coord.), *Review of Sociology: Analysis of a Decade*. Nueva York: J. Wiley.
- _____ (1969). *Symbolic Interactionism: Perspective and Method*. Nueva Jersey: Prentice Hall, Englewood Cliffs.
- CALDERÓN, F. (1995). *Movimientos sociales y política*. México: Siglo XXI Editores-UNAM.
- COLEMAN, J. S. (1966). Foundations for a Theory of Collective Decisions. *American Journal of Sociology*, vol. 71, núm. 6.
- COLLETTI, L. (1974). *Intervista politico filosofica*. Bari: Laterza.
- CASTELLS, M. (1999). *La era de la información*. México: Siglo XXI Editores, tres tomos.
- DELLA PORTA, D. y Diani M. (2006). *Social Movements: An Introduction*. Oxford: Basil Blackwell.
- EISINGER, P. K. (1973). The Conditions of Protest Behavior in American Cities, *American Political Science Review* 67.

- FREUD, S. (1956). *Psicología delle masse e analisi dell'io* (1924). Roma: OET, Zig-Zag Santiago.
- GAMSOM, W. (1968). *Power and Discontent*. Homewood, Illinois: Dorsey Press.
- GESCHWENDER, J. A. (1968). Explorations in the Theory of Social Movements and Revolutions. *Social Forces*, 43.
- GELLES, R. J. y Levin A. (2000). *Sociología*. (6ª ed.). México: McGraw-Hill.
- GIDDENS. A. (2010). *Sociología*. (13ª ed.). Madrid: Alianza Editorial.
- GINER, S. (2003) (coord.). *Teoría sociológica moderna*. España: Ariel Sociología.
- GRAMSCI, A. (1974). *Selections from the Prison Notebooks*. Nueva York: International.
- GURR, T. R. A. (1973). Comparative Study of Revolution and Violence. *Comparative Politics*, abril.
- IBARRA, P. y Tejerina. B. (1998). *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Valladolid, España: Trotta.
- KLANDERMANS, B. (1988). The Formation and Mobilization of Consensus. En Bert Klandermans, Hanspeter Kriesi y Sidney Tarrow (eds.), *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures. International Social Movement Research*, vol. I, 173-96. Connecticut Greenwich: JAI Press.
- _____ (1992). The Social Construction of Protest and Multi Organizational Fields. Aldon Morris y Carol McClurg Mueller (eds.). *Frontiers in Social Movement Theory*, pp. 77-103. New Haven y Londres: Yale University Press.
- LE BON, G. (1895/1956). *La psychologie des Joules*, París, Alcan, Esp. México: Libro Méx.
- _____ (1912). *La révolution française et la psychologie des révolutions*. París: Flammarion.
- _____ (1977). *The Crowd: A Study of the Popular Mind*. Nueva York: Penguin.
- LENIN, V. I. (1929). *What is to be Done? Burning Questions of Our Movement*. Nueva York: International Publishers.
- MELUCCI, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: El Colegio de México.
- MERTON, R. K. (1980). *Teoría y estructura sociales*. México: FCE.
- OBERSCHALL, A. (1973a). Losely Structured Collective Conflict: A Theory and Aplication. En Louis Kriesberg (comp.), *Research in Social Movements, Conflict and Change*, vol. 3. Greenwich, Connecticut: JAI Press.
- _____ (1973b). *Social Conflict and Social Movements*. Nueva Jersey: Prentice Hall, Eglewoods Cliffs.
- OFFE, K. (1988). *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid: Sistema.
- ORTEGA y GASSET, J. (1979). *La rebelión de las masas*. Madrid: Revista de Occidente.
- PARETO, V. (1987). *Escritos sociológicos*. Madrid: Alianza Editorial.
- PARÍS POMBO, M. D. (1990). *Crisis e identidades colectivas en América Latina*. México: UAM y Plaza y Valdés.
- PARSONS, T. (1968). *La estructura de la acción social*. Madrid: Guadarrama.

- _____ (1951). *The Social System*. Nueva York: Free Press.
- _____ y Smelser N. J. (1956). *Economy and Society*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- _____ (1988). *El sistema social*. Madrid: Alianza Editorial.
- _____ y Shils E. (eds.) (1951b). *Toward a General Theory of Action*. Cambridge: Harvard University Press.
- _____ (1974). *La sociedad*. México: Trillas.
- PORTANTIERO, J.C. (1981). *Los usos de Gramsci*. México: Folios Ediciones.
- RESTREPO, L. A. (2003). *El potencial democrático de los movimientos sociales y de la sociedad civil en Colombia*. Bogotá: Corporación Viva la Ciudadanía.
- RITZER, G. (1993). *Teoría sociológica clásica*. Madrid: McGraw-Hill/Interamericana de España, S.A.
- _____ (1993). *Teoría sociológica contemporánea*. Madrid: McGraw-Hill/Interamericana de España, S.A.
- SCHELER, M. (1972). *Ressentiment*. Nueva York: Schocken.
- SCOTT, J. C. (1986). *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- STINCHCOMBE, A. (1968). *Constructing Social Theory*. Nueva York: Harcourt Brace.
- SMELSER, N. J. (1963). *Theory of Collective Behavior*. Nueva York: MacMillan.
- _____ (1995). *Teoría del comportamiento colectivo*. México: FCE.
- SNOW, D. et al. (1986). Frame Alignment Processes, Micromobilization and Movement Participation, *American Sociological Review*, 51.
- _____ y Robert Benford (1988). Ideology, Frame Resonance and Participan Mobilization. *International Social Movement Research*, 1.
- TARDE, G. (1901). *Les lois de l'imitation*. Alcan, París: L'opinion et la Joule. Pans.
- _____ (1989). *L'opinion et la foule*. París: Presses Universitaires de France.
- TARROW, S. (1988). National Politics and Collective Action: Recent Theory and Research in Western Europe and the United States. *Annual Review of Sociology*, 14.
- _____ (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Editorial.
- TILLY, C. (1978). *From Mobilization to Revolution Reading*. Massachusetts: Addison-Wesley.
- TOURAINÉ, A. (1985). An Introduction to the Study of Social Movements. *Social Reserch*, núm. 4, vol. 52.
- WEBER, M. (1974). *Economía y sociedad*. México: FCE.
- ZOLO, D. (1974). *Stato Socialista e Liberte Borghesi*. Bari: De Donato.

El sentido de la acción colectiva: la construcción del nosotros

Angélica Bautista López*
Gustavo Martínez Tejeda**

INTRODUCCIÓN

Un elemento fundamental en el estudio de la acción colectiva lo representa la racionalidad del actor. Se ha propuesto, desde diversas disciplinas, que son los objetivos, que necesariamente se expresan en cursos de acciones prefiguradas —de ahí la cualidad racional del término— los que permiten que las acciones emprendidas por más de una persona, sean acciones colectivas (Elster, 1995). Sin embargo, es dicha cualidad racional la que es requerida como premisa, la que es cuestionada en el presente trabajo, debido a que, para que una acción sea resultante de un objetivo predefinido por un grupo de personas, es requisito indispensable que cada persona haya decidido actuar, a partir de un posicionamiento personal, en torno al objetivo planteado. Esto, en el caso de la expresión de un colectivo, no es así. Lo colectivo es visto en el presente trabajo, desde una óptica no individual y, por supuesto, no intraindividual.¹

El quid de este asunto lo representa el apellido del término. Hablar de acción colectiva es hablar de la acción de los colectivos. Los colectivos logran objetivos, sí, pero ello sólo es apreciable a la luz de los análisis que se realizan *a posteriori* de lo acontecido. Implicar que es acción colectiva, tal como lo estudia la teoría de la elección racional (Elster, 1995), la resultante de un movimiento social, es hipostasiar la actuación de un colectivo objetivado

*Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

**Universidad Pedagógica Nacional.

¹*Hablar de la decisión de las personas remite necesariamente a procesos mediacionales que ocurren en algún lugar interno a los sujetos, generalmente la mente. Se trata de una de las premisas que se cuestiona en el presente texto.*

en un movimiento social concreto, sin considerar las características ampliamente estudiadas sobre estos últimos (Funes, 2004). Los movimientos sociales son expresiones de una fuerza colectiva no racional, que alcanzan logros que trascienden a las personas que en un momento histórico, abrazaron una causa (Bouthoul, 1974). Individualmente, los participantes de un movimiento social expresan su desaliento, después de pasada la euforia, porque los logros alcanzados son difíciles de traducir, a lo concreto de la vida práctica de los hombres. Y sin embargo, la transformación social, como gran logro de los colectivos ocurre (Halbwachs, 1925).

Hablar de acción colectiva no es referirse a la acción ejecutada por varias personas, al mismo tiempo. Esto no significa que dicho hecho no pueda ser una acción colectiva, en muchos casos así es. Sin embargo, también diferentes acciones, ejecutadas por diversas personas pueden ser la expresión de una acción colectiva. Nos referimos a que la cualidad que la delimita trasciende la expresión comportamental de la misma. Lo que hace que un hecho sea una acción colectiva se ubica en el plano intersubjetivo. Esto es, un colectivo expresándose, manifiesta un sentido. Éste puede ser un sentido de proyección a futuro, o simplemente un sentido de *ser*. Se propone en el presente trabajo abordar la dimensión intersubjetiva de la acción colectiva, con la intención de plantear una argumentación conceptual que permita su perfilamiento, en una visión procesual de la dinámica social. Se trata del reconocimiento de un sentido de comunalidad, de un *nosotros*, que se expresa en la vida cotidiana y que puede verse en acciones que reúnen a miles de personas o a unas cuantas. Incluso acciones que se reiteran en el tiempo, a veces en periodos de larga duración (Sloterdijk, 2002). El interés último estriba en marcar distancia con visiones que constriñen el concepto de acción colectiva a una expresión pública y masiva de comportamientos individuales.

La acción colectiva ha sido propuesta por los teóricos, como una expresión masiva manifiesta. Sin embargo, los integrantes de todo movimiento social son personas (Le Bon, 1904, 1912). El paso de un estado individuo a otro estado masa, se propone como una suerte de transmutación, que obnubila lo racional y hace emerger a la bestia que todos llevan dentro. No hay tal. Se trata de un viejo tema no resuelto. La distinción racional-irracional, con profundas raíces en el pensamiento occidental es una falsa distinción. Cuando pensamos, sentimos y cuando sentimos, pensamos. Siempre,

en todas las circunstancias de la vida. En lo privado las personas hacen lo que no entienden, en la misma medida que, en lo público entienden lo que hacen, aunque no puedan expresarlo con palabras. Así, para hablar de un sentido de comunalidad que se expresa en todos los niveles y en todos los planos de la vida social, es necesario iniciar por el escenario de la vida de las personas, el de su vida cotidiana.

Vida cotidiana

La noción de vida cotidiana ha sido empleada por teóricos desde diferentes perspectivas, para referirse a la dimensión de la vida concreta de las personas, cuya esencia básica es la repetición continuada de las acciones. Se trata del espacio de vida de cualquier persona, que la lleva del nacimiento a la muerte. Se trata del espacio de significación que hace que esa persona, que nació un día, transite por su tiempo de vida, con más o menos pretensiones, con más o menos posibilidades, hasta que la vida se le agote. Es un espacio y tiempo que puede ser más largo de lo que dice su cronología y más rápido de lo que dice el reloj. Es un espacio-tiempo —no el de Einstein por supuesto, otro— que tiene como cualidad única el ser un espacio simbólico.

La rutina, esa secuencia de acciones repetidas *ad infinitum*, que no hasta que la muerte nos alcance, es justamente lo cotidiano de la vida. Desde una primera mirada, esa rutina es perfecta, siempre lo mismo, a la misma hora y con la misma gente, aunque lo mismo sea, más o menos igual, más o menos diferente; la misma hora sea por la mañana o por la noche y la misma gente haya cambiado de apariencia, de edad o hasta de nombre. Se trata de una supuesta estructuración del mundo en la que sabemos qué pasa cuando hacemos lo que sí y lo que no. Así, la rutina de la vida cotidiana es en realidad la expresión de todos y cada uno de los acuerdos que una sociedad ha realizado, para darse un sentido de existencia. Los seres humanos tenemos una existencia mundana de cierta duración: larga dicen algunos confiados en la tecnología médica; corta dicen otros, aspirantes a la inmortalidad. De tamaño justo para la pervivencia de una forma de vida creída, sentida y vivida, más allá de la vida de un mortal. Cabe aclarar que si la tal vida cotidiana es creída, vivida y sentida, lo es justamente para un colectivo que en esos sentidos ancla su identidad, aunque

para otros sea una vida cotidiana desdeñable. Es importante la certeza que la vida cotidiana otorga al día a día de los grupos y las personas, y en eso estriba su sentido, aunque visto desde otro lugar, se trate de una vida que pueda ser calificada de sucia, absurda o degradante (Heller, 1988).

El sentido de lo cotidiano se ubica en la rutina, en tanto que la repetición hace evidente que las ideas o prejuicios, las creencias que sustentan que el mundo es como es, y por ende que esto que hacemos es requerido de ser hecho, están aún ahí, en el centro mismo de la certeza de lo que ese grupo humano es. Es por ello que lo cotidiano se ubica en las prácticas sociales. Lo que se hace rutinariamente es una práctica social. Y el hacerlo una y otra, y otra vez sólo es posible en tanto que la certeza en la creencia de donde emana, permanece con nosotros. La vida cotidiana es una manera de hacer y de vivir que es vista como cierta, como necesaria, como obvia, debido a que se sustenta en creencias y en valores. Efectivamente, son esas creencias y esos valores los que se editan y reeditan. Entonces, las prácticas sociales son vida cotidiana que expresa un sentido identitario emanado de diversas cosmovisiones o pensamientos sociales, que contienen, en su esencia, creencias de larga duración. Si “las estructuras mentales, las creencias y las costumbres son procesos de larga duración” (Escalante y Gonzalbo, 2010: 14), su expresión en la vida concreta de los grupos y las comunidades también lo es.

Identidad colectiva: procesos constituyentes de unos y otros

Sociólogos e historiadores presuponen que detrás de las prácticas sociales se ubican elementos estructurales que determinan ese actuar. En la siguiente cita se puede apreciar esta tan difundida manera de ver lo que aquí interesa.

...El conjunto de ideas que un pueblo tiene de sí mismo y de su mundo, de su propia identidad y de su entorno, están en relación con las estructuras sociales y, por tanto, que las formas de comportamiento individual están predeterminadas por prejuicios y valores ya asimilados. Esto no equivale a una interpretación estructuralista, según la cual cada una de las partes corresponde exclusiva y necesariamente a un todo, sino que destaca el hecho de que las costumbres han de ser peculiares según el conjunto de creencias y rutinas propias del universo cultural de cada individuo (Escalante y Gonzalbo, 2010: 27).

Se trata de un planteamiento que supone una base colectiva para las acciones de las personas, que antecede su actuar. Desde nuestro punto de vista, el espacio de constitución de los sentidos sociales y los contenidos de tales sentidos sociales pueden ser tratados pedagógicamente como separados, pero son efectivamente la misma cosa. Cabe aquí una aclaración: no estamos refiriéndonos a la persona que juzga sus acciones, cuando es interrogada sobre ¿por qué hizo lo que hizo?, porque en este enmarcamiento obtendremos retazos de sentido común, salpicados de deseabilidad social, cultura y conocimiento vulgarizado. La vida cotidiana sólo puede ser estudiada desde las prácticas cotidianas. Hablamos de las personas, sí, pero de las personas en su actuar cotidiano. A lo que hablan las personas, sí, pero a lo que hablan cuando conversan, a la práctica pues. En el ser siendo, es en donde se ubican los sentidos colectivos, que aposentados en las personas dotan de sentido a lo que hacen, a lo que no hacen y a lo que sueñan con hacer.

La acción colectiva como expresión de los públicos

Existe la tendencia de buscar explicaciones a la vida presente mirando hacia ella misma. Generalmente lo que acontece hoy es apreciado desde el mismo sitio. Al hacer esto el análisis se diluye en descripciones de la realidad actual. Es ésta una de las razones por las que se llega a plantear que la realidad contemporánea es de difícil comprensión. Se trata de un propósito de comprensión del presente, desde el presente mismo. Esto sucede aun cuando en los análisis se puedan incluir datos de otras épocas. El estudioso que cae en este error asume que lo que se manifiesta es siempre único, pese a que su reflexión la extienda y generalice a *todas las personas*. Se hipostasia la *realidad* analizada, encerrándola en un solo horizonte de comprensión. Desde esta perspectiva una descripción de la realidad actual, desde su actualidad, no permite la comprensión de la misma. Comprender es lograr una explicación holística de la realidad que permita la argumentación procesual. Cabe aclarar que ésta no es una apuesta a la develación de la causalidad social. La comprensión que aquí se busca no es lineal y no es consecuencia de un pasado. Se argumenta, por ejemplo, que la realidad del siglo actual es muy distante a la realidad de los habitantes de los albores del siglo XX. Esto es así porque la apariencia de ambos momen-

tos de la vida social es divergente. La dinámica social muestra un ropaje distinto, dependiendo de la época (Lorenzo, 2004).

No obstante, explicar o interpretar el presente requiere de elementos que trasciendan la visión fenoménica. Pasar de la descripción de un fenómeno al análisis de la realidad implica, necesariamente, la reflexión sobre los procesos que le constituyen. Si la intención es la de analizar la dinámica social actual, siendo que se parte del presente mismo, la descripción de los contenidos inmediatos obnubilará la mirada y saturará las argumentaciones, obstaculizando con ello la posibilidad de un análisis verosímil. Más allá de la apariencia del presente, la dinámica social cuenta con un sentido y una lógica que devienen de un proceso de construcción y reconstrucción constante.

La posibilidad de trascender la descripción de la dinámica social, se ubica justamente en el análisis y la reflexión sobre un proceso en particular: el proceso de transformación cultural. Lo que compartimos hoy es y ha sido construido procesualmente. Se trata de una transformación que realizan los colectivos. Dicha transformación se manifiesta en acciones colectivas que emprenden personas. Estas acciones colectivas emprendidas por personas son objetivaciones de las lógicas interpretativas de los colectivos a los que pertenecen.

Para aclarar, el actor social que aquí se propone es el *público*. En realidad se trata de los *públicos*, dado que en ellos coexisten diferentes marcos interpretativos y cosmovisiones que remiten a lógicas distintas presentes en la relacionalidad humana. Desde el planteamiento de los *nuevos movimientos sociales*, la presencia de posturas divergentes en la manera de valorar la vida social, remite a la manifestación de lo *progresista* y lo *conservador* (Lorenzo, 2004). Esta forma de referirse a las posturas divergentes o a las lógicas interpretativas puede no ser del todo adecuada, porque a quienes se puede denominar progresistas y conservadores son a las personas.

Para esta perspectiva, lo que se disputa puede ser objetivado por ciertas personas en un momento y por otras en el siguiente. Si bien pudiéramos hablar de lógicas interpretativas progresistas y lógicas interpretativas conservadoras, es importante aclarar que no se trata de argumentos estáticos, sino de cosmovisiones en continuo proceso de transformación. En realidad se trata de diferentes *públicos* que a lo largo del tiempo, son convocados por múltiples disputas y comparten en su interior, una afectividad colectiva.

La categoría *público* remite, generalmente, a un grupo de personas que observan, escuchan o siguen algo. Esto significa que la primera explicación supone que un público es convocado por algo: una idea, un personaje, un equipo. Esto es así, porque los públicos se manifiestan en el día a día, a favor de algo o de alguien. No obstante, lo que para el presente trabajo significa la categoría público es la concreción de un colectivo, inserto en el proceso de transformación cultural. En este caso se plantea que un público no es convocado, sino convocante. Para este trabajo un público es tanto líder como seguidor. No requiere de llamados externos, porque lo que lo convoca es la disputa, al interior del mismo público.

Cuando un grupo de personas conversan y comparten un marco interpretativo, objetivan al público del que emanan. Pero lo importante no es sólo que un público convoque y sea convocado por algo, *un centro*. Un público surge y se distingue por oposición a algo.

En el eje de la dinámica social que aquí interesa, se ubica el conflicto social. Las disputas simbólicas de la sociedad, de los colectivos, son la edición y reedición de un conflicto (Funes, 2011). Un público entonces surge porque defiende y argumenta en oposición a otro marco interpretativo. Un público existe, siempre, porque se opone a otro. Así también, en la acepción más coloquial del término, los seguidores de un equipo deportivo, de un actor, de un político, no constituirían un público si no existieran los oponentes.

En el centro de la disputa se ubican la discusión, la polémica, la controversia. Los seres sociales discuten y confrontan puntos de vista, afectos y pasiones, por medio de la conversación cotidiana. En ésta se ubica el eje de la acción colectiva. Un público cuenta con un plan de acción claro: conversar y volver a conversar lo conversado (Fernández, 1994).

Pero esta acción continuada de la que todos somos actores, no tiene una consecuencia anotada en el plan de acción. Cuando conversamos buscamos constatar que la polémica y la disputa siguen ahí. De hecho lo que los públicos buscan dirimir no es si la pertenencia identitaria a un público es la mejor o la más sensata. Lo que se busca es nutrir la cosmovisión propia, la del propio público, el nosotros. Lo que se discute es el marco interpretativo del público, sus creencias, su pensamiento y su afectividad, todos ellos colectivos.

Los datos que constatan la afirmación de que los públicos están impedidos a manifestarse son abrumadores. Los seres sociales abordan temas

varios, en cualquier tipo de reunión, con la finalidad única de discurrir y de expresar los contenidos esenciales de su ser público. Pero la explicación es más compleja. Los públicos se ven impelidos a manifestarse porque la disputa se ubica en torno a contenidos esenciales para la vida social.

Lo anterior implica que los seres sociales que constituyen un público están insertos en el proceso de construcción de una cosmovisión. En esa condición, la construcción sólo es posible por la vía comunicativa, porque la disputa no es sólo con la otra cosmovisión (la del público oponente) sino al interior del mismo público. La esencia del público se amplía y se constriñe acotando lo que en realidad se disputa. En este caso se trata de principios, convicciones, valores, creencias que a su vez se objetivan en formas de relación, prácticas y acciones colectivas, etcétera. Un público busca la disputa para mantener el proceso de construcción al interior de sí mismo.

Las cosmovisiones son el andamiaje simbólico de lo que se denomina estilos de vida. Los estilos de vida muestran una consistencia interpretativa en los públicos, aun y cuando se manifiesten en diversas situaciones. Es por ello que la singularidad de un estilo de vida refiere a un público y la falta de singularidad del estilo de vida de un público hablaría de su no existencia (como público) y por ende, de su volatilidad.

Es por ello que en el terreno de los estilos de vida se ubica la evidencia de la transformación cultural. La propuesta es considerar a los estilos de vida como la concreción de la vida cotidiana, y por ello analizarlos minuciosamente para que refieran la manera particular de relación social que establecen las personas, en tanto que limitan conceptual y metodológicamente el sistema de creencias y la lógica interpretativa del público del que se trate.

En este punto es muy importante distinguir lo que aquí se entiende como público. La expresión de muchas individualidades, que responden a una moda, por ejemplo, no es un público. Un público puede estar apersonado en un colectivo concreto, con seres sociales, de carne y hueso, en un momento histórico determinado. Pero eso es sólo una objetivación del mismo. Su expresión objetivada puede hacerse presente en las familias, en las escuelas, en los centros laborales, en las reuniones de café, en las calles, en las manifestaciones de protesta y en cualquier otra expresión, en la que se defiendan puntos de vista, ideas y afectos, en contraposición a otros.

La lógica interpretativa del público se hace presente, entonces, en momentos históricos concretos. En ocasiones es más visible, en otras menos. Lo importante aquí es que existe una disputa que se expresa en el día a día. Pero además, esa expresión corpórea de un público es sólo su objetivación. El proceso es de largo aliento (Bouthoul, 1971), lo que implica que el público es una entidad social de corte simbólico que se aposenta en unos seres sociales, en un momento histórico, para aparecer en otro momento, objetivado en otras personas. Esto porque lo que delimita a un público es la cosmovisión, esto es, la posición que se tiene en torno a lo que se disputa y las razones profundas, colectivas que dan sentido a tal posición.

El planteamiento es que hay tantos públicos como lógicas de interpretación que se hayan gestado en la dinámica colectiva. Esto implica que los públicos aquí mencionados son pocos y no están delimitados por variables sociodemográficas. Tampoco responden a condicionantes estacionales. Esto porque su surgimiento y permanencia no está referida a los contenidos volátiles de la inmediatez temporal. El surgimiento y la permanencia de un público manifiesta el surgimiento y la permanencia de una tradición cultural.

¿Qué distingue a un público de otro? Evidentemente se trata de cosmovisiones diferentes. Se trata entonces de lógicas interpretativas que en su interior construyen contenidos de interpretación divergentes. Cuando un público se pronuncia, lo hace con una lógica interpretativa en particular. Lo hace para reconstituirse al reinterpretar su existir y delinear sus futuros posibles. Esto no siempre tiene la apariencia de un movimiento social. Sólo en ciertos momentos de la historia se expresa de esta manera.

Las razones por las que un público tome la expresión de un movimiento social son diversas. Sin embargo, lo que está en la base de un movimiento social es el hecho de que, la disputa que los públicos mantienen en la cotidianidad, alcanza otra esfera. Cuando la disputa se muestra en el terreno político, el conflicto social de siempre, puede tener cierta caracterización que permite que las posturas y los marcos interpretativos de los públicos, alcancen la esfera de la opinión pública.

Los medios de comunicación vislumbran aquello que le importa a la sociedad, no porque realmente lo alcancen a develar, sino porque la disputa

política se ubica en el terreno de la disputa simbólica. Se dice que la pieza clave para que un movimiento social exista es la capacidad de un grupo de organizarse y de generar un plan programático (Lorenzo, 2001). Esto es evidente porque la disputa que alcanza este tipo de expresión no es toda disputa simbólica, así como no todo conflicto social da origen a una expresión de rebeldía. Lo fundamental en el surgimiento de un movimiento social se ubica en la oportunidad política, que permite que los rebeldes asuman una expectativa de éxito (Lorenzo, 2001).

Tal como nos indica Tarrow (1997), la clave para identificar el surgimiento de un movimiento social se ubica en la presencia de una oportunidad política. “La gente se suma a los movimientos sociales como respuesta a las oportunidades políticas, y a continuación crea otras nuevas a través de la acción colectiva” (Tarrow, 1997: 49). Pero además, esta oportunidad política es de tal importancia, que al no presentarse las disputas, por muy importantes que sean, no se expresarán en la forma de un movimiento social: “Si son las oportunidades políticas las que traducen el movimiento en potencia en movilización, incluso grupos con demandas moderadas y escasos recursos internos pueden llegar a ponerse en movimiento, mientras que los que tienen agravios profundos y abundantes recursos —pero carecen de oportunidades— pueden no llegar a hacerlo” (Tarrow, 1997: 49).

Sin embargo, cuando hablamos de un movimiento cultural estamos en otro terreno. Los movimientos culturales no requieren de una oportunidad política, porque su espacio de acción se ubica en la vida cotidiana. Un movimiento cultural puede expresarse, en un momento histórico, con la apariencia de un movimiento social. El descontento encuentra su cauce y se expresa. En ese caso sigue el curso de un movimiento social.

Durante este periodo la polémica y las disputas de los oponentes logran aglutinar en su entorno ideas y personas. Lo que en realidad sucede es que la disputa cotidiana se nutre de contenidos proveniente de la esfera de la política. No es que la vida cotidiana se politice, porque lo político está de suyo en la vida cotidiana. Es sólo que otros contenidos específicos están permitiendo el dirimir las disputas simbólicas. Al final el movimiento social puede tener cualquier camino.

El resultado de un movimiento social no es relevante en este planteamiento, porque el propósito del mismo es justamente la exacerbación de las disputas y la reconstitución de los contenidos y valores en pugna. Esto

implica que la transformación cultural es un proceso que ocurre entre los públicos y cuyo curso puede atravesar desde la vida cotidiana, a conductas colectivas y manifestaciones de protesta, hasta movimientos sociales, todas estas acciones colectivas.

Lo que un movimiento social permite, en el terreno de la transformación cultural es nutrir la lógica interpretativa de los públicos, con contenidos, símbolos e ideas que reconstituyen la esencia de cada público. Esto se debe a que la disputa entre los públicos es siempre comunicativa y tendiente al mutuo trastocamiento de sus creencias. Las lógicas interpretativas se ven sacudidas vía la influencia social. En este sentido se propone que la transformación cultural es el proceso que permite que la dinámica social actúe.

El planteamiento aquí expuesto supone la coexistencia de lógicas interpretativas diversas, no sólo en un mismo espacio y tiempo, sino a lo largo de la historia de la dinámica social. Vale la pena puntualizar que la coexistencia de estas lógicas interpretativas también puede ocurrir en las personas. Para esquematizar, en una primera dimensión encontramos las disputas cotidianas, que nutren la vida social y se expresan en la comunicación cotidiana. Cuando se polemiza, cuando se toma postura, cuando se discute, las lógicas interpretativas se hacen presentes. Pero es en el terreno de las objetivaciones culturales en el que se pueden apreciar las manifestaciones del proceso de transformación cultural.

Una práctica cultural cualquiera, muestra de manera clara una segunda dimensión. Podemos ubicar cualquier intercambio cotidiano en el que se aprecie una disputa, como una discusión entre padres e hijos, o una confrontación de fuerzas entre una pareja. La forma de relacionarse y los contenidos de la relación muestran prácticas culturales que han cambiado en el tiempo.

La dinámica social se ha trastocado de una generación a otra. La defensa de los derechos o de la libertad de expresión es un ejemplo de esto. Es posible que aquellos que defienden su derecho a expresar un punto de vista diferente (el hijo frente al padre, por ejemplo), no comprendan que están objetivando una práctica cultural y que están siendo depositarios de los contenidos de un público. La reflexión sobre esto corresponde a una tercera dimensión.

En este caso lo que para algunos es inmanente, es en realidad una práctica cultural construida, que además, no es compartida por algunos

otros. En este caso se ubica una disputa intersubjetiva que se hace presente en los medios masivos de comunicación, en el interés de los científicos sociales y en las discusiones de las instituciones políticas y sociales.

Este proceso completo es el que aquí denominó el movimiento social de los públicos. El curso que sigue este proceso, entonces, parte de la cotidianidad, en donde la dinámica social discute cosmovisiones claramente delimitadas. Los públicos en este caso dialogan y discuten para mantener nutrido el mundo simbólico de tales cosmovisiones. En este punto no hay evidencia alguna de la transformación cultural.

En un segundo momento, las disputas de la vida cotidiana pueden confrontarse con propuestas alternativas. Prácticas culturales poco comunes que, al paso del tiempo han logrado mayor espacio en la reflexión y la discusión del colectivo, se aparecen a los públicos y nuevamente en el plano de lo cotidiano, confrontan a las personas. Esto sucede, por supuesto, en torno a temas fundamentales para la sociedad. La relacionalidad humana discurre en confrontaciones entre prácticas culturales provenientes de públicos diversos.

Esta conflictiva simbólica se inserta en la atmósfera comunicativa, magnificando su presencia. Aquí se propone que no sólo los medios de comunicación magnifican los contenidos y las valoraciones, al actuar como formadores de opinión pública. De hecho, antes de que esto suceda se puede encontrar que el proceso aquí tratado, exagera los intereses en torno a un tema. Generalmente se plantea que cuando los medios de comunicación prestan atención a un tema, es porque el tema ha ingresado a la opinión pública. En este caso, los medios magnifican esa presencia formando opinión. La propuesta aquí va en otro sentido. El proceso de transformación cultural implica que son los públicos los que exageran la disputa. Los públicos objetivados como actores sociales de índole social o político.

Esto supone que la lógica interpretativa se aposenta en los diferentes ámbitos de la vida social. Aquí la posibilidad de que una disputa simbólica se transforme en disputa política se ubica en el nivel de involucramiento que los públicos tienen con las cosmovisiones y sus objetivaciones. Esto es, que la transformación está brindando una propuesta más, después de largos periodos de intercambio simbólico. Después

de conversar y conversar sobre lo conversado, las estrategias colectivas han derivado en nuevas propuestas o transformaciones de las prácticas culturales.

Es en este punto que la disputa se torna política, y es aquí en donde inicia la función de los medios de comunicación. En este punto el movimiento social de los públicos se caracteriza, pudiendo surgir un movimiento social como tal. La caracterización se realiza desde la disputa política, que siempre tiene un referente ubicable en algún conflicto social específico. El movimiento social, si surge, tendrá actores concretos, demandas específicas y acciones o estrategias definidas en un plan programático. Claro que esto ocurre después de una oportunidad política, pero lo que se gesta, bajo la apariencia de un movimiento social definido, es en realidad una disputa simbólica anterior, antigua e incluso ancestral (Moscovici, 1996).

Después de concluido ese momento del proceso, el movimiento social específico culmina, pero el movimiento de transformación de los públicos, sólo pasa a otro estadio. La disputa simbólica se reedita en la cotidianidad. La pugna se aposenta nuevamente en el terreno de la vida privada de los seres y nuevamente se cuestionan y dirimen las contradicciones o polémicas en torno a las prácticas culturales.

En este sentido, los medios de comunicación, la opinión pública y el aspecto político de los movimientos sociales, siendo muy atendidos por los científicos sociales, no ubican la temática de fondo del proceso de transformación cultural.

La propuesta entonces es analizar desde la vida cotidiana el transcurrir de los públicos. Hay una dimensión histórica, que importa en tanto brinda elementos de comprensión a las disputas vigentes en la actualidad. Cabe aclarar que un factor importante, para esta perspectiva es el identificar los contenidos de la disputa simbólica, que en la cotidianidad están oscurecidos por la concreción de la misma.

Es necesario develar lo que da sustento y define a una cosmovisión, en términos de su pensamiento y de su afectividad colectiva, para constatar que las disputas simbólicas de todos los días, en la casa y la calle, entre amigos y conocidos, etcétera, están permitiendo la reconstitución de los públicos.

CONCLUSIONES

Lo propuesto en el presente trabajo supone una visión comunicativa de la sociedad, que desde luego asume que la realidad se construye de manera comunicativa. Sin embargo es importante insistir en que esta construcción no es racional y no se nutre del pensamiento lógico. La construcción que ocurre en el proceso de transformación social, derivada del movimiento social de los públicos, es una construcción intersubjetiva, en la que la afectividad colectiva tiene un papel central.

Los temas a incluir en un análisis, desde la perspectiva aquí expuesta son ubicables en diferentes ámbitos y dimensiones. Éstos van desde la vida cotidiana hasta las disputas que se ubican en el terreno de la opinión pública, desde las prácticas culturales objetivadas en diferentes momentos históricos de la sociedad y, por supuesto, hasta la exacerbación de las disputas que se aprecian en los movimientos sociales.

Entonces, la perspectiva aquí planteada propone el análisis de la vida cotidiana, desde la identificación de las contradicciones que se objetivan en disputas cotidianas. En un primer momento será necesario identificar las creencias y los valores que se ubican justo en la base de tales disputas, asumiendo que los ámbitos de la vida cotidiana en los que se manifiestan pueden ser todos. Esta perspectiva asume que el escenario es menos importante de lo que se ha pensado. Esto porque la lógica interpretativa de base se objetiva en prácticas culturales en toda la vida social, desde la familia, la escuela, la calle, el trabajo, la discusión institucional, etcétera.

También propone que, identificadas las disputas, se realice una labor teórico-reflexiva que permita dilucidar el proceso de transformación que enmarca las disputas simbólicas. Esto, por supuesto, implica una ardua labor en el terreno de la afectividad colectiva y del pensamiento colectivo, ubicado en el transcurrir de la sociedad.

Además, desde esta visión procesual, es importante identificar los momentos de exacerbación de las disputas simbólicas y su trastrocamiento en disputas políticas. Aquí es posible abordar los intercambios de lo simbólico y lo político de la sociedad en su conjunto. Evidentemente un elemento sustancial es el que representan los movimientos sociales. Pero no sólo ellos, sino el papel jugado por los formadores de la opinión y la manera en

que los contenidos de la opinión pública magnificados, han contribuido a la pugna y a la polémica.

Un concepto central en todo este panorama lo representa el conflicto social, que para el interés de este trabajo, requiere ser caracterizado como conflicto simbólico intersubjetivo, extrayéndolo del ámbito de lo concreto (los actores políticos y sus pasiones personales), para ubicarlo en el plano intersubjetivo.

Estudiar la transformación cultural como el proceso posibilitado por el movimiento social de los públicos es fundamental para comprender el aquí y ahora. Si bien se trata de una tarea eminentemente reflexiva, su relevancia se ubica en la manera en que la gente piensa y se piensa y en la forma en que la gente siente y se siente. Entonces, toda acción colectiva es la expresión de un público que expresa básicamente el sentido mismo que lo hace ser un público, el reconocimiento de un nosotros.

FUENTES CONSULTADAS

- BOUTHOU, G. (1974). *Las mentalidades*. Barcelona: Oikos-Tau.
- ELSTER, J. (1995). *Psicología política*. Barcelona: Gedisa.
- ESCALANTE, P., Gonzalbo, P. et. al. (2010). *Historia mínima de la vida cotidiana en México*. México: El Colegio de México.
- FERNÁNDEZ, P. (1994). *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*. Barcelona: Anthropos.
- FUNES, M. (2011). *A propósito de Tilly. Conflicto, poder y acción colectiva*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- HALBWACHS, M. (1925). *Les Cadres Sociaux de la Mémoire*. París: PUF.
- HELLER, A. (1988). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- LE BON, G. (1901). *Psicología de las multitudes*. México: Divulgación.
- (1912). *Las leyes psicológicas de la evolución de los pueblos*. Madrid: Daniel Jorro.
- LORENZO, C. P. L. (2004). *Fundamentos teóricos del conflicto social*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- MOSCOVICI, S. (1996). *Psicología de las minorías activas*. Madrid: Morata.
- SLOTERDIJK, P. (2002). *El desprecio de las masas*. Valencia: Pre-Textos.
- TARROW, S. (1997). *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Universidad.

Poder e identidades en movimiento: relaciones de fuerzas y movimientos sociales*

Homero Rodolfo Saltalamacchia

INTRODUCCIÓN

Dentro del ámbito de estudios sobre movimientos sociales, en el que pretendo ubicar las siguientes reflexiones, la producción teórica permite determinar cuáles son los rasgos específicos de este tipo de acción social o comprender la dinámica de alguno de dichos movimientos en determinadas circunstancias históricas, contestando una pregunta que sólo podría ser respondida si, como ocurre en el pensamiento de todos los utopistas, el tiempo no existiese y con él ese devenir que hace de nuestro universo una entidad en permanente fluencia. En cambio, frente al ideal reduccionista tan común en las ciencias sociales —de las que el nomológico deductivo es en la metodología su mejor expresión actual—, el supuesto del que aquí habré de partir es que ninguna teoría sobre este tipo de acción social puede avanzar respecto al cómo es y/o cómo será de un movimiento social concreto. Por el contrario, en relación con esos temas la teoría sólo puede proporcionar conocimientos que, convertidos en conjeturas, guíen investigaciones de casos mediante la provisión de esquemas conceptuales que sean heurísticamente productivos.⁴ Dentro de esa perspectiva, el objetivo de este capítulo es aportar a ese tipo de conceptualización, enfocando la atención en dos conceptos: “identidad” y “relaciones de poder”. Conceptos

*Este capítulo fue escrito en el marco del proyecto de investigación PAE 22627. Agradezco muy especialmente a Aníbal Jozami y a Martín Kaufmann, por sus colaboraciones para que este capítulo pudiese ser escrito. También agradezco los comentarios hechos a una versión anterior por el doctor Luis Salazar Carrión y a la doctora Natalia Saltalamacchia Ziccardi.

⁴Dada la complejidad de lo social, la capacidad de predicción apodíctica no es un atributo legítimamente atribuible a la teoría.

que, a mi parecer, cobran facetas heurísticamente novedosas cuando se los piensa desde la perspectiva de los sistemas complejos.

La mudanza de enfoque en el estudio de los movimientos sociales que aquí se propone no es injustificada. Si bien puede parecer una afirmación extraña, la lectura de muchos trabajos sobre movimientos sociales muestra la vigencia de concepciones muy marcadas por dos rasgos: a) una conceptualización sobre la acción social de cuño “substancialista” y no “relacionista” (Bourdieu, 1977: 7-26), y b) una conceptualización reduccionista de las relaciones causales. Caracterización en la que el calificativo “substancialista”² identifica a aquellos que piensan que la “identidad” y “el poder” son características de los actores y no de sus relaciones, y en la que el calificativo “reduccionista” alude un modo de entender las relaciones causales en las que éstas siempre son reducidas a una unidad.

La importancia de cambiar el enfoque radica en que, según argumentaré, ambas caracterizaciones impiden que los investigadores seamos capaces de percibir las complejas relaciones que recorren los avatares de esas modalidades de acción social, siempre cruzadas por las tensiones del campo de relaciones en las que cobran existencia. En efecto, según mi opinión, en tanto se piense a las identidades como algo invariante se corre el peligro de subestimar la investigación de las interacciones —internas y externas— que las redefinen; relaciones de fuerzas que resultan ocultadas por la imagen de mismidad que cabalga tanto sobre la permanencia del nombre que el movimiento adopta como sobre alguno de sus rasgos (como los intereses a los que se atribuye la razón de dicho movimiento, origen de clase, etcétera); dificultad que normalmente va asociada a una conceptualización reduccionista de la causalidad, pues son ellos los que aparecen sea como causa eficiente o final. Esto es lo que a mi entender justifica estas reflexiones, asentadas en las experiencias adquiridas en la investigación de la que este capítulo forma parte.

Si bien es usual comenzar por un análisis de la literatura, con el objeto de aprovechar mejor el espacio atribuido al capítulo no incorporaré una exposición individualizada sobre las discusiones existentes sobre el tema;³

²“Substancialista” porque, retomando una línea de pensamiento que ya se encuentra en Aristóteles, consciente o inconscientemente distinguen la substancia (esencia permanente) de sus accidentes (que cambian).

³Limitación que, por otra parte, creo beneficiosa, ya que las habituales referencias al estado del arte hechas inevitablemente desde la recepción hecha por el autor tienden, con

mientras que las escasas referencias bibliográficas incorporadas no serán esgrimidas con objeto polémico, sino con el de abreviar ciertas proposiciones para las que puedo recurrir a trabajos ya hechos, siempre que su interpretación no requiera un esfuerzo de contextualización demasiado grande.

EL CAMPO COMO SISTEMA

Para este trabajo propongo pensar a los movimientos sociales como entidades complejas que emergen dentro de un sistema más amplio, cuyas fronteras, siempre abiertas a la incorporación de elementos hasta ese momento ajenos a su definición, las tornan poco o nada predictibles. A dicho sistema lo denominaré “campo”:⁴ metáfora justificada por su evocación de las negociaciones, alianzas y conflictos propios de un “campo de batalla”; y, como consecuencia de esa asociación, porque su textura no preexiste a las relaciones que lo forman, ni posee normas indiscutibles. Pues ellas son efecto de las fuerzas que en él devienen, como tampoco identidades absolutas, ya que ellas se redefinen relacionamente.⁵ Rasgos que distinguen a este “campo” del “campo de juego” que puede ser una metáfora más adecuada para las relaciones propias de las concepciones esencialistas, ya que en casi todos los juegos las reglas imponen un estatus y unos roles fijos a sus componentes, siendo lo que cambia el modo en que las piezas son puestas en relación.

Dadas las características antes indicadas, el campo es un espacio constantemente cambiante. Pero si podemos hablar de su configuración⁶ es porque,

independencia de su voluntad, a insertarse en una línea argumentativa que desarma la indagación crítica de los lectores respecto a su propuesta gracias al modo en que es presentada la postura de aquellos autores incorporados. Por lo que, salvo en escritos escolares, creo preferible que sean los lectores los que incorporen lo leído en la historia de las investigaciones sobre el tema tratado.

⁴En un sentido muy próximo al de Bourdieu (marzo de 1993).

⁵Tema que ocupará la segunda parte de este capítulo. Aclarando que, si no pensara sólo en los movimientos sociales, debería incluir todo lo referido a las relaciones de poder relativamente estabilizadas; cuyo estudio implica despliegues conceptuales (por ejemplo, sobre formas de Estado y de régimen) para los que esta exposición es absolutamente insuficiente.

⁶En el sentido en que Norbert Elias (1983) utilizó dicho término, y que prefiero pues evoca una organización mucho menos rígida que el concepto “estructura” en cualquiera de sus versiones (Saltalamacchia, 1984).

pese a esos cambios, podemos encontrar en ellos cierto grado de mismidad o permanencia en el tiempo. Rasgo que hace posible utilizar conceptos como el de "identidad" de ese espacio o de sus componentes, ya que dicho concepto sólo es posible por esa relativa persistencia de lo que consideramos fundamental para distinguir una formación de otras. Conclusión que, como puede ser de por sí evidente, requiere de la producción de periodizaciones que permitan distinguir esos momentos de relativa estabilización y determinar los modos en que ellos se fueron produciendo, al tiempo que se estudian los cambios que van ocurriendo dentro y fuera de esas identidades.

IDENTIDADES E INTERACCIONES

Entendiendo "agente" como aquella entidad que ocasiona modificaciones en otra entidad, podrá aceptarse que dicha denominación no conviene a toda entidad o, al menos, no le conviene en todo momento del mismo modo. Por ejemplo, si la entidad de algo es pensada como anterior o diferente a las relaciones que ella puede mantener con otra entidad, el carácter de agente no se le puede adjudicar en toda ocasión, sino solamente cuando esa entidad actúa sobre otra entidad.⁷ Mientras ello no ocurra, al ente podrá considerárselo, a lo sumo, como un agente potencial.

Por el contrario, si un ente es pensado como un momento (una especie de coagulación o *quantum* de energía autoorganizada⁸ en una serie de relaciones, todo ente es un agente, aunque ese postulado no implique predicado alguno sobre cuál es el tipo de agente ni en qué sistema de relaciones se constituye como tal, pues dicho predicado corresponde a un análisis de las relaciones en que está inserto: predicado que es posible únicamente cuando se establece una perspectiva concreta en una investigación sobre un caso o una comparación entre casos. Ésa es otra de las razones por las cuales la teoría no puede ser considerada una descripción de lo real sino un conjunto de instrumentos conceptuales, emergentes de la investigación relativa a hechos pasados que ha de servir como base para generar hipótesis que guíen nuevas investigaciones. Afirmación a la que adjunto otros

⁷Y en estos casos sólo se la podrá considerar como un agente externo, que puede afectar a otra entidad sin ser afectado por ella.

⁸Un *quantum* o cuanto es la menor cantidad de energía que puede transmitirse en cualquier longitud de onda.

tres supuestos: 1) que el ente no es un ser sino un siendo; 2) que su transcurso no es constante sino que está marcado por momentos de estabilización relativa, y 3) que son esos momentos los que dan lugar a la posibilidad de identificar sus identidades, pues dicha estabilización relativa permite cierto grado de mismidad en el ente.

Aceptado ese modo de pensar al movimiento, es conveniente que, en su estudio, el investigador recurra a tres enfoques, mediante los que podrá enfatizar aspectos diferentes. Un enfoque sincrónico en el que los rasgos son tratados como invariantes, al que denominaré “identidad” en sentido estricto. Un enfoque diacrónico mediante el que se piensa a la identidad como un momento en la temporalidad del ente, donde sus rasgos son tratados como potencialmente variables y al que se puede denominar “estado de la identidad”. Un tercer enfoque, mediante el que se incorpora la interacción secuencial con las otras entidades, en el que los rasgos de cada una son aspectos de una relación compleja,⁹ en el que la identidad será considerada una condición. Tres perspectivas que deben ser subsumidas dentro de un análisis siempre sujeto a una conceptualización en que las identidades son consolidaciones temporales de sistemas abiertos y siempre en movimiento, sobre todo porque sus rasgos siempre están siendo “negociados” —en su perduración y significado— con el ecosistema y, en particular, con aquellos elementos del ecosistema con los que establecen relaciones más directas. Es con estos recaudos que corresponde ahora reflexionar sobre el modo de considerar las identidades en la investigación de los movimientos sociales.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Una entidad deviene agente cuando, dentro del sistema al que pertenece, produce una fluencia que, en su ausencia, no se hubiese producido. Razón por la cual, como ya expuse, podemos pensar en una entidad sin predicar ninguna agencia (como cuando la pensamos sincrónicamente o cuando es pensada por concepciones substancialistas), pero no podemos pensar¹⁰ en una agencia sin entidad que la produzca, algo así como un *siendo* en estado

⁹A la que retornaré al reflexionar sobre el modo de pensar las secuencias causales.

¹⁰Ya que de lo real que podemos hablar es de lo real conocido, nuestra percepción de lo real siempre estará signada por las limitaciones de nuestros aparatos cognitivos; razón por la cual debemos siempre ser conscientes de que el que no podamos pensar en algo no signi-

puro. Por lo que, aun cuando supongamos una realidad en perpetuo devenir, para poder pensarla debemos “detenerla”,¹¹ adecuarla a nuestros tiempos perceptivos, para luego reconstruir el movimiento.

En esa tarea nos vemos auxiliados por lo que, al menos en mi representación, aparecen como “paquetes” de energía vital que, durante un cierto periodo, manifiestan capacidad autoorganizadora, y a los que, por tal razón, podemos, tal como adelantara, atribuir identidad. Fenómenos en los que, al menos cuando tratamos con movimientos sociales, se manifiestan las siguientes características:

- Fronteras físicas y/o simbólicas que, aunque permeables:
 - hacen posible una más o menos clara diferenciación entre lo que es propio (el nosotros, su interior) y lo que le es ajeno (un exterior en que pueden distinguirse diversos ellos) y
 - aseguran que sus enlaces internos se diferencien de las relaciones e interrelaciones externas.¹²
- Normas¹³ que regulan las relaciones entre sus elementos, haciendo factible una solución no catastrófica¹⁴ de los conflictos internos (esto es, regulan el lenguaje y todas las otras objetivaciones a las que usualmente denominamos cultura).
- Distintos tipos de memoria que, permitiendo la acumulación de experiencias, hacen posible las anteriores condiciones.¹⁵
- Algoritmos de reconstrucción de secuencias y de resolución de problemas (entre los que se incluye el destinado a resolver la posible ausencia de cierto algoritmo necesario).

fica que éste no exista y que sólo lo podamos pensar de cierto modo no implica que ese sea el único modo posible de su existencia.

¹¹Sin antes reducirlo mediante categorías que atrapen sus momentos, convirtiéndolos en entidades que nos permitan decir qué es o quién es lo que o el que se mueve, que es el producto de nuestras limitaciones perceptuales y cognitivas para captar el perpetuo devenir.

¹²Diferencia que no necesariamente implica oposición, por lo que ni siquiera en el análisis de los movimientos sociales es suficiente ajustarse a la dialéctica amigo/enemigo debido a que: 1) en el campo existirán otras entidades que pese a ser afectadas por el conflicto no participan de él activamente, y 2) que en las relaciones no siempre la oposición incluye del mismo modo a los elementos que conforman los sistemas contrapuestos.

¹³Entendiendo por norma todo conjunto de obligaciones mutuas basadas en determinadas representaciones sobre el bien y el mal, lo posible o lo imposible, lo deseable o lo indeseable, etcétera.

¹⁴“Catástrofe” definida aquí como la desaparición del sistema.

¹⁵Lo que instaura a los pasados de cada sistema como condición de los presentes. Problemática que es propia de las discusiones sobre las relaciones entre estructura(s) y agencia(s), sobre las que aquí no podré profundizar.

Desde este punto de vista, identidad o agente son designaciones que también pueden ser pensadas como aproximaciones analíticas gracias a las que se enfatiza, en un caso, sobre el conocimiento del ser y, en el otro, sobre el conocimiento del hacer. Distinción que no debe ocultar que en esas identidades (o en los proyectos de su constitución) siempre hay más de un “otro” que forma parte de su constitución como tal.

Por lo tanto, es posible pensar a los movimientos sociales como un tipo de acción colectiva (formal o informalmente institucionalizada) que contribuye a crear un campo de relaciones de fuerzas en el que los agentes van reconociendo necesidades comunes, elaborando satisfactores, advirtiendo obstáculos, evaluando recursos, planeando demandas y experimentando formas de acción adecuadas para su logro. Procesos en cuyo transcurso dichos movimientos se van constituyendo y reconstituyendo, en un intervalo en que los objetivos de sus proyectos nunca se logran debido a la constante apertura del campo en el que dichos movimientos se despliegan. Motivo por el que sus existencias constituyen transformaciones —plenas de alternativas— durante las cuales sus organizadores y dirigentes¹⁶ producen y divulgan, interminablemente, diagnósticos cognitivos y valorativos sobre cuáles son —en cada momento— las necesidades a resolver y cuáles los satisfactores deseables, al mismo tiempo que indican:

- quiénes pueden o deben ser los agentes de la satisfacción,
- quiénes son o serán los que de un modo u otro se oponen o dificultan la acción del movimiento,
- cuáles son las razones que justifican la lucha por ellos,
- cuáles son las estrategias y tácticas adecuadas a los objetivos propuestos,
- cuáles son los recursos necesarios y cómo debe obtenerse y alistarlos,
- proponen normas y valores que regulen las relaciones en el seno del movimiento, y
- hacen pronósticos sobre posibles evoluciones (Gramsci, 2007)¹⁷.

Es únicamente en la exploración de las alternativas de dichas acciones y de las interacciones propias que en cada momento definen el campo, que el investigador puede precisar: 1) cuáles son los actores y sus específicas

¹⁶“Los intelectuales” al decir de Antonio Gramsci (2007).

¹⁷Como en todos o casi todos los casos, la referencia cumple la función de indicar el origen consciente (pues habrá otros de los que no reconozco el origen) de la inspiración y no una pretendida reconstrucción del pensamiento del autor.

aspiraciones; 2) cuáles las “apuestas” en las que confluyen; 3) cuáles los recursos que pueden ser movilizados por las partes; 4) cuáles de esos recursos han sido efectivamente movilizados, y 5) cuáles han sido los resultados y emergentes de esas relaciones.¹⁸ Todo lo que no hace sino ponernos ante la necesidad de reflexionar sobre lo que denominamos “poder”.

INTERACCIONES Y PODER

Como ocurre con todos los seres vivos, las identidades sociales están signadas por una ontológica incapacidad de autosuficiencia. Esa falta constitutiva es, justamente, lo que hace inevitable que, cada una de ellas, establezca múltiples y muy diversas relaciones (afluencias, confluencias, influencias y conflictos) con su ecosistema natural y sociocultural.¹⁹ En esas relaciones siempre está en juego la capacidad de cada identidad para lograr que esos intercambios aseguren su subsistencia dentro de su ecosistema, integrado por las otras identidades y por las fuerzas inanimadas, pero no menos efectivas, del resto de las entidades que componen el mundo natural; y como para que esas subsistencias ocurran, las capacidades de cada identidad siempre han de confrontarse con su ecosistema (lo hostil y lo favorable) debemos concluir que esa capacidad a la que hace alusión el concepto “poder” es una capacidad que se define dentro de las variadas relaciones a las que “el ecosistema” alude.²⁰

¹⁸Todo lo cual no hace sino poner de manifiesto que cada teoría de los movimientos sociales puede proponerse como parte de un sistema de clasificaciones que distinga a este tipo de acción social de otras. Pero, en cambio, no debe caer en la tentación de proponerse decir qué son, cómo son ni cómo pueden ser dichos movimientos. Cada movimiento es una concreción dentro de un campo que posee rasgos que únicamente su investigación puede dar a conocer. Por lo que la teoría acumulada sobre el tema deberá proponerse como exclusivo propósito auxiliar al investigador en la producción de conjeturas que orienten esa investigación.

¹⁹Movimiento hacia la satisfacción que, en tono lacaniano, podemos denominar “deseo”; que se constituye en el motor de toda relación, pues conduce a los actores a proyectarse en búsqueda de satisfacciones, inaugurado fluencias que en algunos casos pueden ser de complementación (amor, la simpatía, las alianzas, etcétera) y en otros de agresión, robo o dominación.

²⁰Definición importante, pues, a diferencia de otras, en ella se reúne la tríada conocimiento/comunicación/acción, lo que es fundamental para impedir que poder signifique solamente fuerza física; pues aun la guerra (interacción en la que la palabra-que-enlaza llega a su expresión más débil) sería inconcebible sin la presencia de conocimientos y de comunicación, ya que la ausencia de esos factores sólo es pensable cuando las identidades forman parte de

Razón por la cual es absolutamente impropio hablar del poder como si éste fuese un atributo que alguien posee y cuya eficacia pueda ser evaluada con independencia del sistema de relaciones en el que se pone en juego. Por el contrario, “poder” es una capacidad de hacer en ciertas circunstancias, y, por ende, es un significante que no dice nada concreto si no se le agrega el “para qué” y el “respecto de quién”. Conclusión que hace comprensible cuán errado es hablar de “poder” si no acaece un sistema en el que dichas capacidades dan por resultado un cierto tipo de relación respecto a la cual es preciso preguntarse: 1) qué es lo que está en juego y 2) cuáles son los recursos y objetivos que ponen en juego cada una de las partes. Aspectos de la cuestión que obligan a dar un nuevo paso. Pues si lo que está en juego es necesario pensarlo en cada investigación, el tema de los recursos nos conduce a una reflexión sobre el concepto poder que por diferenciarse de otras conviene convertirla en objeto de reflexión.

RECURSOS DE PODER

Tampoco en el caso de los recursos la definición puede ser ajena al campo de las relaciones en que ellos se definen como tales.

Las propiedades de una comunidad extraterrestre no son recursos de poder dentro de nuestro ecosistema, pues mientras no las conozcamos, esas propiedades no se incorporan en ninguna fluencia del ecosistema conocido sino de ese otro, aun enigmático, que denominamos “extraterrestre”. Del mismo modo, la capacidad destructiva de un arma no constituye poder —no es reconocido como tal y por ende determina conductas— para quien está dispuesto a morir con el beneficio de no haber aceptado la imposición, como ocurre con los héroes en todas las culturas.²⁴

sistemas que no se conocen mutuamente y, por ende, no establecen relación alguna y por ende, cuando el mismo concepto poder pierde todo significado.

²⁴Caso que hace aún más necesario precisar nuestras herramientas conceptuales. Pues al incorporar la dimensión simbólica, se debe concluir que para que un rasgo pueda convertirse en recurso de poder debe incorporarse simbólicamente en la relación. Característica que cobra importancia para el investigador, pues únicamente sabrá cuáles de los rasgos de una identidad son utilizables como recursos de poder si, en su observación, incluye la valoración de las otras identidades que configuran el campo o, al menos, el tipo de respuesta que su utilización produce. Pues la falta de respuesta indicaría que no hay otra identidad que esté incluida en el sistema que se está estudiando (sea porque no se propone entrar en el campo, porque logra abandonarlo o porque ha sido ya destruida).

Lo que nuevamente pone de manifiesto que, incluso, los recursos que proveen la capacidad a la que hace alusión el concepto poder poseen un valor que únicamente se produce en el sistema de relaciones en el que ha de utilizarse como tal. Por ejemplo, al relacionarse con otra (de la que requiere algo) una identidad puede recurrir a alguno de sus rasgos (armas, riquezas, el prestigio de alguno de sus miembros, ciertos bienes que se producen en su territorio, etcétera) y puede movilizarlos proponiéndolos como prenda de intercambio, de amenaza o de complementación. En tales situaciones, las identidades pueden recurrir a esos rasgos para producir alguna fluencia (afluencias, confluencias, influencias), en relaciones que pueden ser de lo más variadas en cuanto a la consideración de lo que fluye (bienes comerciales, expresiones simbólicas, bélicas, etcétera) y en cuanto al dónde ocurren (familias, grupos de amigos, clubes, países, etcétera). En todos esos casos, si un rasgo de una identidad A es deseado por otra identidad Z, puede ocurrir un intercambio o una relación de complementariedad (en la que se combinan recursos de ambas satisfaciendo, mejorando o fortaleciendo a las identidades que concretaron esa relación). Pero si ese tipo de fluencias no puede concretarse (por la negativa o desatención de A, por ejemplo), la identidad aspirante Z puede recurrir a la agresión en la que, poniendo en juego algunos de sus recursos, tratará de hacer sentir o imponer su deseo a la otra identidad.

Posibilidades de las que se deduce que lo interesante en una investigación no es concluir cuáles son los rasgos de las identidades en presencia ni indicar que las relaciones entabladas son relaciones de poder, conclusión que, en los sistemas vivos, es tan obvia como si dijésemos que dichas relaciones también son relaciones de comunicación. Por el contrario, si lo que se pretende es conocer lo peculiar de un determinado campo y de sus integrantes, necesitamos avanzar hacia una caracterización de los recursos o facultades a los que cada una de las partes puede recurrir para producir fluencias en sus indispensables relaciones con las otras.

Por ejemplo, que en un campo ciertas organizaciones produzcan o procuren la coparticipación en organizaciones²² más complejas puede ori-

²²Crozier y Friedberg (1990) establecen una distinción relativa entre “organizaciones” y “sistemas de acción”. La mayor diferencia radica en el grado de institucionalización formal de ese sistema de relaciones. Pero ambos conceptos comparten el carácter de sistemas de relaciones regladas (sea por leyes o reglamentos o por la mera costumbre, que se convierte en regla no escrita en un contexto en que su violación puede ser sancionada).

ginarse en la necesidad percibida, de reunir recursos con el propósito de triunfar en un eventual enfrentamiento con otras identidades o coaliciones; propósito que hace posible la confluencia de deseos y facultades. Tipo de fluencia que es el efecto (más o menos azaroso, debido a que no sólo presupone la existencia de un plan)²³ de la interacción entre ciertas condiciones y secuencias que crearon capacidad autoorganizadora, produciendo un nuevo sistema en el que sus reglas hacen posible que las interacciones y los cambios no sean catastróficos. Tipo de relación que, por ejemplo, en el mundo natural (en el que incluyo a nuestra especie) hizo posible la aparición de organismos con mayor capacidad para subsistir²⁴ y que entre los humanos dan lugar a asociaciones que por conocidas es inútil recordarlas.

Producida la confluencia se crea una nueva identidad. Un nuevo campo en el que emergen nuevas fluencias pues conviene recordar que, aun cuando estemos en presencia de identidades momentáneamente estables, su reproducción no es automática y sin variaciones. Muy por el contrario, la estabilización es el producto de un juego complicado y/o complejo²⁵ en el que dichas organizaciones pueden recorrer múltiples suertes. Pues en toda organización social siempre están latentes antagonismos que pueden originarse en: a) el rechazo sobre el modo en que están repartidos los recursos; b) las valoraciones relativas de un bien; c) las restricciones implicadas en ciertas normas; d) las diferentes interpretaciones de una misma norma, e) el que en un elemento se activen propiedades hasta entonces reprimidas o neutras,²⁶ etcétera. Tipo de problemas que influyen en el campo, dando lugar a: 1) la generación de asociaciones “paradigmáticas” entre disconformidades de diferente origen (Laclau, 2006); 2) la estructuración de nuevos actores (que se crean en la coyuntura o pueden aprovecharla), capaces de alterar el equilibrio relativo en el que se encontraban hasta entonces; 3) manifestaciones de protesta, insurrecciones políticas, golpes de estado, revoluciones, movimientos sociales. Desequilibrios o inestabilidades que relanzan las alternativas de mutación.

²³Si bien desde una teorización diferente, esa confluencia azarosa es también enfatizada por N. Elias (1992).

²⁴Proceso que en unos casos da lugar a la denominada “simbiogénesis” y en otros a algunas de las confluencias aludidas por Fernando Ortiz Lachica en sus trabajos.

²⁵La diferencia la reflexionaré más adelante.

²⁶Tema sobre el que retornaré dado que es menos frecuentemente considerado.

“Los efluvios de las masas: un ensayo en torno al comportamiento colectivo y la comunicación no verbal”. Polis, vol. 9, núm. 4, México, UNAM-Iztapalapa, 2013.

TIPOS DE RELACIÓN DE PODER

Resumiendo lo dicho hasta ahora tenemos que: 1) la institución de las identidades las obligan a poner el acento en sus diferencias para existir como tal; 2) pero cada identidad necesita de las otras por su carácter ontológicamente incompleto; 3) esa necesidad las constriñe a establecer relaciones entre ellas; 4) dichas relaciones pueden ser de complementación o de conflicto. Tales condiciones refieren a aquello que está en juego en todas las relaciones de poder.²⁷ Por lo que el hablar de relaciones de poder refiriéndolas exclusivamente a la subordinación y/o insubordinación²⁸ resulta sumamente parcial pues diluye sus alternativas y hace poco inteligible sus motivaciones.

En efecto, aun cuando afirmásemos que el deseo de dominar sea un fin en sí mismo (un rasgo de una identidad), las relaciones a que da origen dicha propiedad pueden ser incluidas en el enfoque propuesto, pero no ocurre lo mismo en sentido contrario. Pues con una definición tan restringida no es posible pensar que un recurso de poder sea usado: a) en forma disuasiva, evitando el enfrentamiento; b) argumentativa, evitando el enfrentamiento mediante un cambio en las cualidades de la otra identidad; c) como parte de una negociación, etcétera. Por lo que su uso deja sin comprender aquellas situaciones en que, por no ser la subordinación un fin en sí misma, las fluencias recorran otros caminos y generen otras configuraciones sociales. Todo lo cual fortalece el interés de pensar a las relaciones de poder como un aspecto del juego de fluencias recíprocas entre las identidades que conforman un campo. Conclusión de la que se deriva que, en el caso de los movimientos sociales, será indispensable investigar el tipo de recursos que se pusieron en juego y el tipo de conflicto que se produjo dentro y fuera de las identidades en presencia.

Tipos de recursos

Definir “recurso” como “cualquier propiedad de una identidad que ésta puede utilizar para entablar una fluencia”, crea un universo muy grande de

²⁷Entendida como la capacidad que tiene una identidad de producir efectos sobre otra identidad, en el interior de un sistema de relaciones, en las que dichas identidades se constituyen como tales.

²⁸Que es lo que hace Weber (1978) cuando define poder como “...la probabilidad efectiva de hacer valer esa voluntad a pesar de las resistencias reales o potenciales del más variado orden”.

posibilidades. Como se sabe, Bourdieu los denominó capital y los tipificó en cuatro grandes clases: económico, social, simbólico y cultural. Esa clasificación, como toda otra, crea conocimiento y al mismo tiempo lo limita. Pues, en el caso de los seres humanos, la nómina de tales recursos puede ser muy extensa e impredecible, ya que a nadie se le oculta que, dadas las peculiaridades de las entidades relacionadas, incluso la debilidad (o la imagen de debilidad que el alter tiene sobre el ego) puede constituirse en un recurso con el que alcanza resultados que normalmente son atribuibles a la belleza, la fuerza, el dinero, una determinada condición atmosférica, una crisis internacional, etcétera. Dada esa variedad potencialmente tan grande, lo importante es que la tipología ayude a descubrir en lugar de ocultar. Sobre todo porque es el conocimiento u ocultamiento de ciertos rasgos los que puede convertir a ciertos recursos en exitosos, pero será ese mismo carácter oculto lo que puede desorientar, incluso al investigador, errando en su análisis. Razones que me llevan a proponer que el grado de reconocimiento o tipicidad de los recursos de poder sea un nuevo criterio, que da lugar a caracterizarlos por su tipicidad en un cierto campo.

Recursos típicos

Tal como lo fundamento en otro trabajo (Saltalamacchia, 2005), siempre nos encontramos con identidades y relaciones que se formaron a partir de otras que las preexistían. Normalmente, esto hace que las identidades conozcan las propiedades que las otras pueden utilizar como recurso (entre otras razones, por compartir un mismo universo simbólico y, con él, ciertos hábitos y costumbres). Dicha competencia compartida permite distinguir un primer tipo de recursos, al que denominaré “típicos”, pues forman parte de los que son usuales y legítimos en las fluencias del sistema.

Como ya dije, entre esos recursos típicos podemos incluir todos aquellos que Bourdieu denominó “capitales”, a los que creo necesario incorporar al menos el capital bélico (referido a un recurso con el que se puede infligir un daño físico al oponente). Entendiendo a dichos recursos no como atributos de las identidades sino de ellas en las fluencias que con otras entablan. Pues otro tipo de uso es totalmente inconvenientes por las siguientes razones. La primera es incluir en ellos especies que serían útiles diferenciar. La segunda es limitar la mirada investigadora a esos recursos, lo que puede impedir el descubrimiento de otros, que actúen solos o en

combinación específica con los anteriores. La tercera es pensarlos como propiedades que se acumulan y valen en sí mismas, fuera de las relaciones en las que otras identidades requieran de esos recursos dándoles valor dentro de un sistema en permanente reestructuración.²⁹

Recursos atípicos

Existe otro tipo de recursos que los actores hacen intervenir en forma *inesperada* (dados los usos y costumbres de las sociabilidades en las que efectúan sus operaciones) pero *pertinente* (dado que pueden incluirse en el sistema, produciendo cambios). Tales recursos pueden denominarse “atípicos” debido a que, normalmente, no son utilizados ni considerados como recursos de poder por los participantes de los sistemas de acción en los que alguna de las identidades se resignificará³⁰ resignificándolos.

De hecho, en gran parte de aquellos conflictos que terminaron con resultados imprevistos puede identificarse la puesta en juego (por la parte más débil y previsiblemente candidata a la derrota) de capacidades que anteriormente no habían sido incluidas en el sistema de acción, tomando al enemigo por sorpresa e impidiendo que sus estrategias tomaran recaudos adecuados frente a ese nuevo recurso.

Para aclarar lo dicho mediante algunos de los ejemplos muy esquematizados, podría arriesgar que la Revolución cubana fue posible por la integración en el campo de relaciones entre Cuba y Estados Unidos de formas de acción y capacidades antes no incluidas en las mismas; otro tanto podría decirse de la novedad introducida por el zapatismo en México y su uso de internet y del apoyo de Organizaciones de la Sociedad Civil de Estados Unidos y de otros países (Saltalamacchia, 1999). Conocido ese recurso por los militares estadounidenses y sus aliados locales, los movimientos políticos que quisieron imitar dichos ejemplos no tuvieron el beneficio de la

²⁹Creo que ese es el principal error cometido por la autora de un magnífico estudio de caso sobre una comunidad marginal cordobesa, cuya autoría corresponde a A. Gutiérrez, (2005).

³⁰Tiempo después de haber escrito los párrafos siguientes, Claudio Iriarte (2004), introdujo la siguiente cita que es muy sugestiva al respecto: “...en una alocución ante el Colegio de Oficiales Alemanes, el mismo Von Moltke declaró: ‘He observado, caballeros, que en una guerra, por lo general, el enemigo tiene sólo tres caminos abiertos a su disposición, y él, invariablemente, elige el cuarto’”. Desde el punto de vista de las representaciones sociales, esto puede comprenderse mejor. Esa aparente paradoja también puede explicarse por diferencias en la construcción de la realidad existente entre ambos bandos, pero no es la situación en la que se despliega mi razonamiento, en este caso.

sorpresa y fueron derrotados, dada la correlación de fuerzas extremadamente desigual con que debieron enfrentarse. En el plano mítico, la leyenda de David y Goliat también ilustra cómo el primero, haciendo uso de un arma inusual en la guerra, sumada a la subestimación de Goliat por su tamaño, le permitieron su inesperado triunfo. En este volumen, Clara Inés Charry recuerda que:

En la novela de Italo Calvino *El barón rampante* aparece un ejemplo ficticio pero arquetípico del desafío, en el que un joven noble reacciona ante el autoritarismo de su padre subiéndose a vivir a los árboles. El poder del héroe de Calvino radica en la ruptura con la convención y el desafío a la autoridad. No se limita a desafiar retóricamente la autoridad de su padre, sino que emprende una acción que encarna ese desafío y amenaza con un coste potencial.

El cómo y el porqué de esa puesta en juego de recursos atípicos debe ser, en cada caso, objeto de investigación. Entre muchas, una de las posibilidades más frecuentes puede radicar en la experiencia previa de sus inventores, que los conocieron a partir de sus aprendizajes como participantes de otros sistemas. Pero siempre será una específica coyuntura (caracterizada por cambios en el interior del sistema o por cambios en su medio ambiente), la que estimulará tanto dicho esfuerzo creativo como la aparición de las condiciones en que los otros integrantes de la identidad de la que ellos forman parte respalden su utilización, produciendo situaciones inesperadas para los integrantes del otro o de los otros sistemas que conforman el campo.

Tener en cuenta dicha eventualidad puede ayudarnos a investigar los recursos utilizados, dándonos la posibilidad de comprender resultados que de otro modo no podemos explicar. Obviamente, si ocurre esa “novedad” o “atipicidad”, el investigador podrá captarla *a posteriori*. Lo que pone nuevamente en claro los límites de la predicción en las ciencias humanas (que únicamente puede ser exitosa en sistemas normalizados en los que las leyes y los recursos puestos en juego son más conocidos).³¹

³¹Edward Luttwak, estratega norteamericano del Center for Strategic and International Studies, dijo algo de esto al comparar el concepto clausewitziano de “fricción” (que no significa, como la gente vulgarmente se imagina, el enfrentamiento entre los ejércitos opuestos) con los contratiempos de tres familias que planearon un picnic en una playa, pero que a la hora elegida para la partida no pueden salir porque un nene se descompone, un autofalla, una

IDENTIDADES: PERMANENCIA Y CAMBIO

Como dijera, los cambios en un sistema pueden ser producto de un cambio radical en todas o algunas de las identidades que lo conforman: sea como efecto de sus relaciones internas, externas o una combinación de ellas. Así, cuando las identidades entran a formar parte de un nuevo sistema se produce, a la vez, un efecto de aceptación (con algún grado de sincretismo),³² de represión, de neutralización o de desactivación de ciertos rasgos.

Desde esta perspectiva, si retornamos al tema de los rasgos de las identidades y sus entornos, podremos avanzar algunos pasos en el intento de pensar cuáles son las dificultades que debe afrontar un método de investigación adecuado a estos sistemas. Para ello discutiremos brevemente los cuatro posibles modos de inclusión de los rasgos de una identidad en un sistema complejo.

Rasgos aceptados:

La referencia a estos rasgos no es complicada ni merece una explicación demasiado larga. Simplemente son aquellos rasgos de la identidad que emergen, que permanecen (aún en forma sincrética) y/o que son potenciados por el nuevo sistema, participando de los límites y reglas o normas que lo autoregulan.³³ Ello en cambio no ocurre con los rasgos a los que habré de referirme inmediatamente.

Rasgos reprimidos:

En la teoría de Hobbes, si bien el estado de naturaleza cumplía una función principalmente teórica, ella no estaba despojada de reconocimientos agudos sobre los caracteres de las relaciones sociales e individuales (egoísmo, racionalidad, etcétera) que se potenciaron o aparecieron en la Europa de

estación de servicio está cerrada y, como resultado, llegan al lugar de destino cuando está todo lleno y no pueden encontrar ni una sombrilla libre (Claudio Iriarte: pág/12; 18-03-04). Quizá alguno de los participantes pueda encontrar una solución recurriendo viejos saberes. Pero de otro modo, lo inesperado triunfa.

³²Tal el caso, por ejemplo, de la incorporación de usos y costumbres romanas por parte de los bárbaros una vez que triunfaron sobre el Imperio romano occidental; pero también el de la incorporación de rituales o simbolismos de los pueblos vencidos, como en el caso de las conquistas realizadas por la España católica en los países latinoamericanos en los que existían culturas sedentarias que resultaron vencidas pero no aniquiladas.

³³*Idem.*

los siglos precedentes. Muchas de las cuales ponían al sistema en peligro catastrófico de no ser controladas y que muy bien asimilarse a las suposiciones hechas por Freud (1981) respecto a las pulsiones,³⁴ respecto a su necesidad de control yoico. Para un solo ejemplo, elegiré su famoso texto sobre *El malestar en la cultura*, pues es en aquel en que mejor se ve el doble juego de producción de sistema y represión.³⁵

Si pensamos desde la perspectiva en la que ahora me instalo, en aquel texto de Freud, el universo de las pulsiones sexuales y agresivas en general (particularmente la pulsión de muerte) nos pone ante una imagen de las personas que es muy próxima a la imaginada por Hobbes en los individuos que no superan el estado de naturaleza y que, como se recordará, producía efectos que, según el teórico inglés, creaban la necesidad racional de salir de ella, fundando la ley.

Basándome en la común referencia al orden, la ley, el Estado y la cultura en general se contraponen a la espontánea expresión de los impulsos egoístas descritos por Hobbes (1761) o a las pulsiones estudiadas por Freud, reprimiéndolas. Para ambos autores, esa represión hace posible la vida y sus múltiples producciones.

La diferencia es que Hobbes no les reconoce efectos luego del contrato, salvo el de producir un catastrófico regreso al estado de naturaleza en caso de que reapareciesen produciendo efectos sobre el orden vigente. Por el contrario, para Freud las pulsiones de muerte o pulsiones agresivas de diferente tipo siguen existiendo aun cuando reprimidas. Percepción que permite reconstruir la compleja dinámica de las relaciones entre orden y caos.

³⁴Se denominan así pulsiones a las fuerzas derivadas de las tensiones somáticas en el ser humano, y las necesidades de ello; en este sentido las pulsiones se ubican entre el nivel somático y el nivel psíquico. Así como las pulsiones carecen de objetos predeterminados y definitivos, también tienen diferentes fuentes y por ello formas de manifestación, entre ellas: pulsión de vida, pulsión de muerte, pulsiones sexuales, pulsión de saber, etcétera.

³⁵En dicho libro, Freud (1981) define "cultura", como: "...toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres". Por ende, la cultura nos protege a condición de impedir que cada uno de sus componentes sea un "perverso polimorfo", tal como lo eran aquellos individuos que Hobbes ya había caracterizado como los componentes del estado de naturaleza. Desde otra historia intelectual José María de Hostos decía que la prosperidad social reclama la acción moral y todas las situaciones sociales deben analizarse en términos éticos, sólo así podremos distinguir la verdadera civilización de la barbarie, porque según él: "debajo de cada epidermis social late una barbarie. Sólo la moral evita que la barbarie triunfe".

Acudiendo sólo a una reducción esquemática. Cuando reprimidas, la libre vigencia de las pulsiones por una parte producen un cierto orden social sin por ello dejar de producir el malestar de un límite no siempre deseado o soportado; pero al mismo tiempo, cuando por una u otra razón la represión falla produce constantes desequilibrios respecto a las fuerzas ordenadoras o equilibradoras, convirtiéndose en la base de muchos cambios reales o potenciales.³⁶

Así pues, pensadores de épocas y preocupaciones diferentes llegaron a conclusiones parecidas y por cierto muy convincentes si observamos nuestra experiencia cotidiana. Aunque es Freud (llevado por las preguntas sobre la felicidad y la neurosis) quien mejor muestra que lo reprimido no desaparece, sino que, por el contrario, puede retornar y reactivarse rompiendo con el orden que lo había recluso en el continente de aquello “que no se debe hacer”. Razón por la que, al mismo tiempo: 1) Freud se maravilla ante todo lo que ese orden cultural hace posible respecto a las posibilidades de interactuar con los miembros de la misma especie y con el resto del medio ambiente, creando en su devenir, las más maravillosas obras de todo tipo; 2) sabiendo que ello ocurre gracias a la represión de pulsiones (incestuosas, agresivas, etcétera) que, lejos de desaparecer, continúan latentes, procurando realizarse³⁷ y situando el orden en una continua interacción con el caos, tal como lo viese y/o viviese durante las crisis económicas y sociales finiseculares y las masacres de la Primera Guerra Mundial. Por eso es que, pensado ese magnífico libro desde la perspectiva de nuestro trabajo, ello permite concebir que, a la vez:

1. que las organizaciones están conformadas por identidades que podrían (al menos teóricamente) existir fuera de ellas.
2. que, en tanto componentes de un sistema organizado, cada una de las identidades, redefinidas por su relación con las restantes, disminuyen sus grados de libertad; pero no desaparecen sino que, en muchos casos, pueden reaparecer produciendo cambios.

³⁶Tenerlo en cuenta nos puede ayudar a recordar que siempre es posible que en las acciones humanas, se infrinjan las normas o se movilicen recursos no contemplados en la ley, y que siempre existirán motivos suficientes para que ello pueda ocurrir. De allí que no sean suficientes las generalizaciones estructuralistas ni la búsqueda de la institución perfecta, y que cada investigación de una situación deba descubrir el modo específico en que el orden se establece y el modo específico en que se producen sus consecuencias.

³⁷Sobre “pulsión” y “libido” véase Laplanche y Pontalis (1993).

Éste no es sino otro elemento que contribuye a pensar que conflicto y orden no son estados excluyentes sino coexistentes. Lo que, en forma constante: a) reactualiza el problema de asegurar la existencia de la vida en sociedad, y b) confirma que “lo social” no es una entidad acabada, sino un constante reconfiguración. Constataciones cuya importancia radica en que los rasgos reprimidos pueden ser parte de los recursos utilizados en una nueva relación de fuerzas dentro de un cierto movimiento social.

Rasgos “neutros”

En muchos escritos es frecuente la referencia a lo que se dio en denominar “conflicto de roles”; conflicto debido al cual una de las difíciles tareas de la función joica es la de regular la compleja pertenencia de un mismo individuo a redes que pueden ser no sólo de lo más variadas sino que, en muchos casos, implican sistemas normativos (legales o consuetudinarios) que no siempre son compatibles entre sí. Sobre todo si, por alguna razón, se presenta la opción o necesidad de privilegiar uno por sobre el otro, tal como lo indicase en el apartado anterior. Ahora bien, si ese conflicto no siempre es manifiesto, eso ocurre porque hay ciertos rasgos de las identidades individuales a los que no se los percibe o no se los valoriza positiva ni negativamente, pues no forman parte de los requerimientos o áreas de acción de determinadas relaciones sistémicas; razón por la cual los denomino “neutros”.

Función de los rasgos reprimidos o neutros

El que existan rasgos reprimidos o neutros (y que por ello están desactivados pero no suprimidos) produce efectos de gran importancia en la compleja causalidad de los movimientos sociales. La razón es que cambios provenientes de la misma evolución del sistema (o, más frecuentemente, de las relaciones de este sistema con los otros de su medio ambiente), pueden ocasionar que dichos rasgos se activen tomando valencias positivas o negativas, respecto a la subsistencia o conformación del sistema.

Posibilidad que, desde un nuevo ángulo, nos reitera la inherente contingencia de todo sistema complejo. Pues, junto con las otras interacciones sistémicas, son esas subsistencias las que pueden dar origen tanto a la inestabilidad, como a las adaptaciones u otros cambios del sistema. Que en el campo en que se constituyen movimientos sociales siempre son el

producto de relaciones en las que se ponen en juego las alianzas, las subordinaciones o alguna de sus combinaciones.

Todo lo que contribuye a agregar facetas que, de no ser tenidas en cuenta, originan efectos empobrecedores sobre el análisis social, dado que inhiben posibilidades de descubrir las múltiples eventualidades de un sistema complejo de relaciones de fuerzas.

TIPOS DE RELACIONES DE PODER

Las posibilidades antes recordadas y sus variadísimas combinaciones refieren a aquello que está en juego en las relaciones de poder;³⁸ entendidas como la capacidad que tiene una identidad de producir efectos sobre otra identidad en el interior de un sistema de relaciones en las que dichas identidades se constituyen como tales.

Todo lo cual fortalece el interés de pensar a las relaciones de poder como un aspecto del juego de fluencias recíprocas entre las identidades que conforman un campo. Conclusión de la que se deriva que, en el caso de los movimientos sociales, será indispensable investigar el tipo de recursos que se pusieron en juego y el tipo de conflicto que se produjo dentro y fuera de las identidades en presencia.

Si tenemos en cuenta lo discutido hasta el momento, comprender los movimientos sociales hace necesario la incorporación de esquemas de casualidad más sofisticados que los usuales.

En efecto, tal como se fue delineando el campo, en él encontraríamos secuencias que son propias de esquemas causales entendidos como secuencias simples (causa/efecto). Pero al hacer un análisis más detallado de cada una de las identidades y sus secuencias (estados o condiciones) podremos identificar, de modo más específico, dos nuevos tipos de relaciones: 1) las que entablan las identidades como unidades diferenciadas dentro de un sistema de fluencias que es propio de un sistema de segundo grado en un determinado periodo; 2) las fluencias entre los elementos interiores de una o varias de las identidades de primer grado con: a) elemen-

³⁸Siempre y cuando se establezcan previamente, claro está, ciertas aclaraciones en la dirección intentada en los párrafos anteriores, debido tanto a la polisemia de este significante como a su importancia en la caracterización de las relaciones en sociedad.

tos de otras identidades (formando un subsistema cuyo efecto debe ser averiguado) y/o, b) las que pone en acto cierto elemento (sistema de primer grado), inaugurando un “juego propio” que inevitablemente influirá en la identidad de pertenencia, favoreciéndola o perjudicándola en el modo en que ésta se inserta en el campo.

Apoyado en esas proposiciones, pueden establecerse los siguientes extremos de una gradiente en relación con las formas en que se producen las fluencias entre identidades.

Relaciones de complementación

Cuando los efectos son positivos o percibidos como tales por ambas identidades estamos ante posibles relaciones de complementación. En éstas, la capacidad de una de las partes es recibida y representada por la otra como algo necesario para la constitución de la propia identidad (y, en esa medida, beneficiosa); percepción y relación en la que normalmente lo recibido es retribuido por reconocimiento (manifestación de deuda y promesa de retribución) o por la concesión de otro bien (que para serlo debe ser reconocido como tal por el receptor). Formas, todas ellas, mediante las que cada parte se incluye en la relación y ésta puede llegar a renovarse.³⁹ En tales situaciones, además de los intercambios o junto con ellos, en la relación podrían detectarse una serie de conflictos, pero nunca situaciones en las que se llegue a un enfrentamiento catastrófico. Conflictos que habitualmente se resuelven mediante una serie más o menos prolongada de interacciones, a las que podemos denominar “negociaciones”;⁴⁰ en que las partes asumen que las capacidades que pueden incluirse en la relación, y sus efectos recíprocos, pueden ser equilibrados sin que medie el enfrentamiento catastrófico.⁴¹ Eso es lo que sucede cuando alguno de los elementos que participa de un movimiento social o de algunas de sus organizaciones o agrupaciones integrantes, establece relaciones con otra identidad, dando lugar a una nueva secuencia. Por ejemplo, pueden ser parte de un esfuerzo,

³⁹Es interesante recordar en relación con esta cuestión de los intercambios el análisis de Lévi Strauss sobre las relaciones de parentesco y la prohibición del incesto.

⁴⁰Más allá de que este término tenga tantas connotaciones puramente económicas me valgo de él, pues denota más rápidamente lo que tengo en mente.

⁴¹Proyectos diferentes, que juegan sus propios recursos de poder, para resolver en uno u otro sentido uno o varios sucesos o secuencias de sucesos y condiciones. Sobre conflictos, revoluciones y movimientos sociales la bibliografía es demasiado amplia como para hacer referencias a ella en este libro.

del elemento en cuestión, para establecer alianzas que fortalezcan la posición de la identidad de origen. Pero también puede ocurrir que la acción a la que me refiero se incluya en una estrategia tipo Caballo de Troya, mediante la que una segunda identidad coopta a un miembro de la primera organización para influir en sus decisiones.

También existe otra eventualidad que normalmente no es apreciada en sus justos términos. Hay identidades que poseen propiedades que, por su carencia de otros rasgos, no pueden convertir a los que efectivamente poseen, en recursos con los que establecer fluencias provechosas. Esto puede dar lugar a que otra identidad considere deseable dicho rasgo, con independencia de que el mismo lo sea para la identidad a la que pertenece. Razón por la cual su apropiación puede no ser considerada dañina por la primera entidad y cederla a cambio de otra, que sí aprecia o de las que sí puede valerse, aunque entre ambas propiedades no exista equivalente alguno. Ese intercambio es lo que se manifiesta, por ejemplo, en cierto tipo de "clientelismo": evento en el cual la imposibilidad de hacer ejercicio efectivo de sus derechos ciudadanos (carencia de servicios básicos, bajos recursos económicos, informativos o de prestigio social) hace poco significativo el ejercicio del voto y mucho lo que puede significarles el obtener trabajo, planes sociales, bienes de consumo o dinero para conseguirlos.⁴² Apoyándome en esas proposiciones, creo que se puede retomar lo dicho para establecer los siguientes extremos de una gradiente en relación con las formas en que se producen las fluencias entre identidades.

Relaciones de dominio o destrucción

Por el contrario, cuando ello no ocurre, estamos ante relaciones de dominio o destrucción, en la que una de las identidades se apropia de una o más propiedades de la otra sin que ésta reciba nada a cambio. Lo que, en todos los casos, reestructura a las identidades en presencia (no sólo de la identidad que sufre el despojo sino también de la identidad que incorpora las capacidades usurpadas) y por ende, a la propia relación. En estas situaciones suelen producirse enfrentamientos catastróficos, que pueden anteceder o sustituir a negociaciones en las que no se llegó a acuerdos. Cuando se da ese tipo de conflicto, se produce una alteración radical de las identi-

⁴²Forma de apreciación de significados relativos cuya valía les ha sido confirmada por experiencias transgeneracionales.

dades que formaban parte del sistema de acción y, por supuesto, al generarse dicha situación, inevitablemente se produce una alteración cualitativamente importante del sistema de interacciones previo. Por eso, lo que hace singular al conflicto catastrófico es que el otro tipo de conflictos produce innovaciones que no llegan a la desaparición de las identidades preexistentes,⁴³ mientras que, en éste, las capacidades relativas se ponen en juego en el interior de un sistema en la que cada parte recibe y produce una acción sobre la otra identidad hasta que una de las partes resulta vencida; y, como resultado de esa derrota: 1) desaparece como identidad relativamente autónoma (en tal situación no habrá negociaciones pues no habrá contraparte para realizarla) o 2) es subordinada (caso en el que la negociación establece cuáles son los rasgos de los que el vencedor se apropia y cuáles no).

LOS INTELECTUALES Y SU FUNCIÓN EN LA CONSTITUCIÓN IDENTITARIA

Según el análisis hecho por Gramsci al referirse a la creación de voluntades colectivas, la construcción de identidades es un proceso activo, en el que los organizadores y dirigentes producen espacios de pertenencia y oposición apoyados en acciones tales como: 1) un cierto diagnóstico (mediante el que se identifican acontecimientos, situaciones y experiencias caracterizadas como “problemáticas”, al tiempo se hacen responsables de ellos a ciertos grupos o individuos u otros actores); 2) un pronóstico, mediante el que proclaman las soluciones que el grupo debe alcanzar y las formas en que esas soluciones pueden ser alcanzadas; 3) una argumentación (esto es un conjunto de razones por las que la lucha debe darse y que tienden a producir la fusión del grupo para cambiar su capacidad de lucha);⁴⁴ y 4) determinada acumulación y alistamiento de recursos.

⁴³Aquí también vale, como ya se ha dicho, el que todo es del color del cristal con que se mira. Tal como no hay cuerpo vivo que no se renueve totalmente en forma continua en cada una de sus células, tampoco eso ocurre en otros aspectos de la vida. La identidad es una posición, un estado, en un sistema de relaciones, y su existencia es predicada, sea por el observador o por las propias identidades que participan del sistema.

⁴⁴En una investigación sobre organizaciones esto conduciría a preguntas sobre sus estructuras de liderazgo: a) estabilidad y b) modos de influencia, etcétera.

Este mismo esquema analítico, con las convenientes adaptaciones, podría aplicarse a casi todas las situaciones conflictivas e incluso a aquellas en las que la acción tiende a la negociación como forma de mantener o crear identidades complejas, en las que las partes han o habrán de coparticipar. Sobre todo porque, en esas identidades —o en los proyectos de su constitución— siempre hay un “otro” externo que provee las razones para la negociación, unión o reunión. Aunque, como ya dijese, es únicamente en la investigación sobre estos sistemas que se puede llegar a la determinación de: 1) cuáles son las identidades; 2) cuáles las “apuestas”; 3) cuáles recursos que pueden ser movilizados por las partes; 4) cuáles han sido efectivamente movilizados, y 5) cuáles han sido los resultados y emergentes de esas relaciones.

COMENTARIO FINAL

Tal como lo adelantase, el tema fue ubicado en un campo teórico metodológico en el que me propuse discutir, cuáles son algunas de las categorías referidas al estudio de las secuencias dentro de las cuales se van conformando las relaciones que constituyen a los movimientos sociales.

El supuesto básico fue que los movimientos sociales pueden ser mucho mejor comprendidos y representados si se los piensa como sistemas complejos. Ahora bien, utilizar en la actualidad el significativo complejidad sin las aclaraciones correspondientes en cambio de ayudar obstaculiza. Más allá de los diversos enfoques que hoy caracterizan a las teorías que se autodenominan de una u otra forma teorías de la complejidad, lo común entre ellas es que su campo de estudios ha sido fundamentalmente el de la física, creándose de ese modo un hiato importante entre los conceptos que pueden aplicarse a dicho campo de estudios respecto al que es propio de las ciencias sociales. No porque se piense que exista una discontinuidad absoluta entre los objetos de dichas ciencias sino porque los modos en que es posible organizar metódicamente dichos objetos es sumamente diferente, haciendo difíciles las conexiones conceptuales, bien fundadas entre ellas.

Por lo que mi tarea al respecto acotó su despliegue solamente a dos fases.

El cometido de la primera fase fue explicar el modo en que pueden ser pensados los sistemas complejos cuando se los aplica a estos asuntos. Fase

en que puse el acento principal en los siguientes supuestos: 1) que lo real (y por ende nuestro objeto) debemos representárnoslo como un sistema de relaciones-de-relaciones en permanente transformación (que desde nuestras posibilidades perceptivas se presentan como altamente contingentes); 2) que esas transformaciones pasan por etapas de relativa estabilización espacio-temporal (las identidades), posibilitadas por un conjunto de reglas (lo que denominamos cultura) que regulan las relaciones internas y externas de esas entidades “estabilizadas”; 3) que, al menos los organismos vivos, son sistemas abiertos (que requieren de insumos provenientes del exterior); 4) que esos requerimientos son la base de las fluencias que se establecen entre ellos conformando sus respectivos ecosistemas en el interior de secuencias que pueden ser pensadas como policausales y/o sobredeterminadas (fusiones cognitivo-afectivas), que interactúan entre sí de modo muy dinámico.

Basado en esos supuestos, la misión de la segunda fase fue comentar las relaciones de poder. Dado que uno de los requisitos de los sistemas abiertos es su necesidad y capacidad para establecer fluencias, propuse que “el poder” es el nombre de uno de los aspectos analíticamente diferenciables en esas fluencias (otros serán los de comunicación, conocimiento, etcétera). Decisión que me condujo a pensar que lo analíticamente interesante no es el poder (ya que nada nuevo descubriríamos, pues todas las relaciones son relaciones de poder), sino averiguar, en cada campo, cuáles son los recursos y en qué forma éstos fluyen entre las identidades, debido a que son esas variables las que les dan su idiosincrasia a las relaciones.

Tomando en cuenta ese marco de referencia espero que cobren su sentido específico las propuestas sobre los modos de estudiar las secuencias y sus interrelaciones, unidas a los modos posibles de conceptualizar los recursos de poder y sus fluencias, incluyendo las alianzas y los conflictos. Por lo que espero que se conviertan en parte de una caja de herramientas conceptuales que haga posible un análisis más matizado y dinámico de los movimientos sociales.

FUENTES CONSULTADAS

- ABAD, J. (2008). La "virtù" según Maquiavelo: significados y traducciones. *Tonos: Revista electrónica de estudios filológicos* (15).
- BOURDIEU, P. (1977). *Razones prácticas: Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- (1978). Campo intelectual y proyecto creador. En J. E. Pouillon, *Problemas del estructuralismo*. México: Siglo XXI Editores.
- (1984a). *Distinction a Social Critique of the Judgement of Taste*. Cambridge: Harvard University Press.
- (1984b). *Homo academicus*. París: Éditions de Minuit.
- (marzo de 1993). Génesis y estructura del campo burocrático. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 96-97.
- CEREJIDO, M. (2010). Biología de la memoria (c. e. <http://www.journals.unam.mx/index.php/rap/article/view/17409>), *Acta Poética*, 27 (2).
- CROZIER, M. y Friedberg, E. (1990). *El actor y el sistema (las restricciones de la acción colectiva)*. México: Alianza.
- ELIAS, N. (1983). *The Court Society*. Oxford: Blackwell.
- (1992). *Time an Essay*. Oxford, Reino Unido, Cambridge, Estados Unidos: Blackwell Publishers.
- FOUCAULT, M. (1970). *El orden del discurso*. (C. M. Tusquets Editores, Ed.). Barcelona: Tusquets.
- FREUD, S. (1982). El malestar en la cultura. En N. Braunstein, *A medio siglo de "El malestar en la cultura" de Sigmund Freud*. México: Siglo XXI Editores.
- GRAMSCI, A. (2007). *Quaderni del carcere*. Milano: Einaudi.
- GUATTARI, Félix y Deleuze, G. (1966). *Rizoma, Introducción*. Coyoacán.
- GURVITCH, G. (1963). La vocation actuelle de la sociologie. *Revue française de sociologie*, 4(4).
- GUTIÉRREZ, A. (2005). *Las prácticas sociales. Una introducción a Pierre Bourdieu*. Córdoba: Ferreira.
- IRIARTE, P. (19 de marzo de 2004). La guerra paradójal. *Página 12*, La guerra paradójal.
- ISUANI, A. (s/d). *Anomia social y anemia estatal (sobre integración social en la Argentina)*. Mimeo.
- LACLAU, E. (1994). *The Making of Political Identities*. Londres: Verso.
- y Zac, L. (1994). Minding the Gap: The Subject of Politics. En E. Laclau, *Making of Political Identities*. Londres: Verso.
- (2006). *La razón populista*. México: FCE.
- LAPLANCHE, J. y Pontalis, J.B. (1993). *Diccionario de psicoanálisis*. España: Labor.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1967). *Les structures élémentaires de la parenté*. París: Mouton.

- NINO, C. (1992). *Un país al margen de la ley*. Buenos Aires: Emece.
- SALTALAMACCHIA, H. (1984). La sociedad cortesana. *Revista Iztapalapa*, núm. 10, 405-411. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.
- _____ (2005). *Del proyecto al análisis: aportes a una investigación cualitativa socialmente útil*. Buenos Aires: El Artesano.
- _____ (2008). Casuística y subjetivismo: falsos estigmas de la investigación cualitativa, *Cinta Moebio*, 32, 109-126.
- _____ (2009a). La abstracta generalidad de las explicaciones: un elogio a los estudios de casos. *XXVII Congreso de ALAS. Grupo de trabajo 16: metodología y epistemología de las ciencias sociales*. Buenos Aires.
- _____ (2009b). Movilización, derechos y gatopardismo en regímenes patrimonialistas: el caso de Santiago del Estero. *XXVII Congreso ALAS GT 20 Sociedad civil: Protestas y movimientos sociales*. Buenos Aires.
- _____ (2010). Movimientos sociales en perspectiva metodológica: la causalidad. *I Congreso Nacional de Antropología Social y Etnología: "Globalización, Diversidad y Práctica Antropológica"*. México, D. F.
- WEBER, M. (1978). *Economía y sociedad*. México: FCE.
- _____ (1999). *La política del gobierno de Ernesto Zedillo hacia las ONG internacionales de derechos humanos interesadas en el conflicto de Chiapas (1994-1998)*. Tesis de licenciatura en Relaciones Internacionales. México: Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM).

La acción colectiva como cooperación intragrupal evolucionada

Carlos C. Contreras Ibáñez*

UNA INTRODUCCIÓN INFORMAL A LA ACCIÓN COLECTIVA

Los siguientes son ejemplos de fenómenos que se estudian en el campo y muestran los rasgos centrales de la acción colectiva. Los ofrecemos como entrada al tema porque servirán para señalar algunas de las características definitorias del tipo de proceso bajo análisis, además de que buscamos persuadir al lector sobre la centralidad del tema como objeto actual de estudio en ciencias sociales y en psicología social en particular. En ese sentido, la primera parte del texto tiene un estilo didáctico que da paso posteriormente a un tratamiento más formal.

Se trata de enunciar hechos estilizados, destacando sus rasgos a explicar con ejemplos que no pueden ser muy numerosos ni presentados exhaustivamente, así que pedimos al lector imaginar los que sean de su interés conforme a los contornos que se dibujan del fenómeno.

Recientemente amplias zonas del norte del país sufrieron las intensas lluvias del huracán “Alex”, provocando la inundación de Anáhuac, un poblado que es parte de una región normalmente seca, acarreando serios problemas de abasto, transporte, producción e incluso comprometiendo la vida de familias y comunidades enteras. Como resultado de las precipitaciones, una presa se colmó a tal grado que amenazaba con reventarse durante una noche. Debido a esto, los pobladores cercanos fueron llegando uno a uno a la cortina del embalse y al cabo de un tiempo se organizaron para abrir las compuertas, a fin de evitar que al reventarse arrasara

*Profesor-investigador. Psicología social. Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. México, D. F.

sus viviendas. Con mucho esfuerzo, pues de tan poco usados los engranes estaban atascados, usando los motores de sus camionetas lograron desfogar la presa, al costo de perder algunos de sus bienes en el intento. Evitaron que reventara, pero uno de los efectos de esta acción fue el anegamiento de importantes zonas semiurbanas que no fueron avisados y por tanto no estaban preparados para la contingencia. Según comentan los pobladores (Fourcade, 2010) buena parte de las inundaciones que siguieron se pudieron haber evitado si las autoridades locales hubiesen desahogado días atrás la presa de manera controlada, en lugar de contentarse con ver los alcances de la calamidad y esperar la ayuda del gobierno federal, aunque se entiende que aquellas autoridades fueran las primeras en reclamar el apoyo en especie y financiero, por la cercanía de las elecciones.

Analizaremos la situación agregando que contingencias de diversa índole han sucedido en cualquiera de las miles unidades habitacionales, barrios o pueblos en los que viven la gran mayoría de los ciudadanos contemporáneos y que en cualquier comunidad, al presentarse algún problema en la vida en común (de tipo ambiental, pero también para el cuidado de los espacios compartidos, la necesidad de nuevos servicios y otras eventualidades), los vecinos tienen varias formas de responder.

Dejando de lado por el momento la posibilidad de las soluciones individuales (peticiones o exigencias a la autoridad para que realice sus funciones y resuelva el problema, el cambio de residencia o comunidad, entre otras), el fenómeno que aquí nos interesa es aquel donde los ciudadanos se organizan para mantener, mejorar o salvaguardar su calidad de vida en común, (en ocasiones expensas de otros grupos), sea con medios y formas propias que constituyan una cultura política local, o bien contando en alguna medida con el concurso de instituciones y actores externos. Eventos como el narrado revelan tres condiciones importantes, que tradicionalmente se han incorporado en las definiciones de acción colectiva: 1) la existencia o no de una comunión o sentido de identidad compartida de un conjunto de actores frente a una circunstancia que perciban les afecta; 2) la concurrencia efectiva de dichos actores en la consecución de objetivos que cada uno no podría realizar por sí mismo, pero la presencia de incertidumbre sobre el destino de dichos actos individuales de cara a que los demás realicen su parte, y 3) bajo el supuesto de que alguno de los

participantes no cooperen con los demás, la imposibilidad de excluirle de lo que se obtenga.

Así, la respuesta de un conjunto de personas al organizarse para responder a una emergencia sólo puede ser calificado como acción colectiva, en primer lugar cuando los actores se perciban como implicados no sólo cada uno de ellos, sino compartiendo un destino común derivado de una representación social, por vaga que sea, del problema o circunstancia. En la construcción de esos contenidos cognitivos compartidos participan las redes sociales previas, las creencias sobre los otros (en particular la confianza), los procesos de comunicación, las habilidades sociales, los medios disponibles, las condicionantes externas y otros diversos factores que derivan en un “nosotros” cuya temporalidad posiblemente sea paralela a la de la situación.⁴

Sobre esta forma de identidad social dejamos aquí anotado que puede tener raíces instrumentales, es decir basarse en el sentimiento empático de que la situación de los otros puede ser la propia, un espejo en el cual ver reflejado lo que puede pasar con uno mismo en el futuro. También es posible verla fundada en términos de intercambios presentes y futuros del tipo “yo rasco tu espalda si tú rascas la mía”, y también —no en último lugar— basarse en un sentimiento de altruismo acerca de lo que le está pasando a ese vecino, conocido o conciudadano que vive circunstancias semejantes. En todo caso, lo interesante es reconocer que el mero hecho de categorizarnos como nosotros (opuestos a “ellos” o bien con un destino común), ya tiene consecuencias motivacionales muy importantes para la cohesión requerida de cara a la acción.

El segundo criterio enuncia que esos contenidos mentales grupales implican planes de acción, una construcción sociosimbólica de la situación, o según otras posiciones teóricas, un marco de la acción, que puede tener mayor o menor claridad, amplitud y complejidad. Estos planes tienen en común que en ellos cada actor individual asume un costo o contribución que por sí misma no tendría un resultado apreciable, sino que debe

⁴Un aspecto importante es que los actores son capaces de prever el estado final de sus esfuerzos y hacer cálculos de a quién beneficiará o perjudicará en el presente y a futuro lo que están realizando, y buscarán posicionarse para reducir sus afectaciones individuales en términos comparativos; con frecuencia ese cálculo impide, en primer lugar, la construcción de dicho “nosotros” y por tanto la acción colectiva, y sin embargo este aspecto está muy poco estudiado.

integrarse al de los demás de manera organizada para la consecución de los fines comunes. En ese marco, la iniciativa individual de llamar a la policía, bomberos o servicio de protección civil puede ser visto como una contribución a la acción colectiva, una descoordinación cuando lo que se necesita es actividad inmediata en el sitio, o bien un posicionamiento estratégico en beneficio de algún actor en lo particular. La ambigüedad e incompatibilidad de la acción individual y la colectiva crece al disminuir los mismos factores que se enunciaban como necesarios para la construcción de los contenidos cognitivos compartidos, como se observa cuando un simple acto repetido por todos puede obstruir el fin que cada uno busca, como sucede cuando hay un bloqueo telefónico después de un movimiento sísmico, las multitudes pretendiendo abordar el transporte público en horas pico, o los pánicos en escenarios públicos, que al final impiden el fin que todos tenían en mente por carecer de alguna forma de coordinación.

La coordinación, necesaria pero no suficiente para que una acción pueda calificarse de colectiva, puede derivarse de algunas normas o puede emerger en el momento, y será más probable cuanto mejor estructura tenga el grupo o sociedad, lo que simplemente significa más cohesión (asociada a tamaño del grupo, conexidad, centralización) y mejores aprendizajes culturales (antecedentes previos de unión, tradiciones y prácticas habituales). Esto quiere decir que un colectivo logrará más probablemente acción efectiva cuando establezca mejores procesos normativos que refuercen los objetivos trazados.²

En el ejemplo presentado al inicio, cuando los pobladores concurren individualmente a las instalaciones de la presa a punto del desborde y se reconocieron entre sí como actores, no sólo espectadores de su desgracia, con la capacidad de incidir en los acontecimientos. La definición de la situación incluyó al menos una narrativa de lo que pasaba con la presa (la edificación del adversario o fuerza oponente, al inicio probablemente de forma ni estructurada ni profunda), y una primera redefinición del nosotros en términos de eficacia colectiva, de la capacidad de hacer si se lograba traer herramientas, hombres y forzar las compuertas. Ambos elementos,

²Más adelante tendremos oportunidad de desarrollar más este punto, pero queremos dejar establecido que las redes sociales, la confianza y las normas (de un cierto tipo) concurren en lo que se conoce como capital social. Lo que aquí se dice, en pocas palabras, es que un grupo o sociedad con mayor capital de este tipo logrará mejores niveles de acción colectiva.

la identidad y la situación construida, más cierto plan (por difuso que sea) permitieron una motivación u orientación a la acción que ya puede tener un despliegue en conductas coordinadas hacia un mismo fin.

Debe notarse que hasta este punto la protoacción colectiva es relativamente espontánea y está cargada de la emocionalidad fundacional de reconocerse en el otro “por vez primera” (en el sentido de inesperada), así como por la novedad y frecuente inmadurez de los planes de acción y de la situación pensada de forma distinta a la habitual. Por todo ello suele ser una actividad de corta duración, excepcional y generadora de amplias expectativas, que puede derivar o no en una acción social (institucional), pero también simplemente disolverse en la rutina o la decepción, con independencia de la consecución exitosa de sus metas. La centralidad de esta fase, donde se comprende “lo que está pasando” no ha pasado inadvertida para una variedad de autores, aunque hace falta todavía mayor investigación empírica que desentrañe los mecanismos que la subyacen. Una ruta cardinal en ese sentido pasa por el reconocimiento de que la definición de la situación es un evento extremadamente rápido que impide una deliberación o procesamiento cognitivo supervisado, y en consecuencia operan factores que anteriormente habían sido tildados de irracionales (como el contagio) pero que no necesariamente lo son, y ahora se estudian en términos de heurísticos y marcos cognitivos (Gigerenzer y Brighton, 2009; Kahneman y Tversky, 1979).

Una última palabra sobre lo que llamamos la incertidumbre sobre el destino de los actos de contribución individuales. En efecto la mera coordinación entre actores no basta para la acción colectiva, sino que la situación debe contener el dilema social de contribuir (ceder el paso, ayudar) cuando no es seguro que se reciba la reciprocidad en el gesto solidario, o aún más, que se tome dicha ayuda para adquirir poder sobre el actor. En el ejemplo del desastre ambiental, y en verdad en una amplia clase de estos eventos, una parte de los actores no querrán participar en la solución, no porque sientan que no les afecta como parte de una comunidad, tampoco porque no haya una representación compartida del problema y las tareas a realizar por cada quien, sino porque al hacerlo verían menoscabada su posición actual o futura (que puede tomar la forma de un estilo de vida, de competitividad con otras empresas, lugares o naciones, de reconocimiento de responsabilidad, etcétera). Es ahí donde opera la incertidumbre, cuando

no existen garantías de que la contribución no se volverá sobre el actor, le resultará contraproducente en un cálculo del tipo “estar mal, pero mejor que los otros”.

Es posible entonces que la motivación de los participantes sea cualquiera de las tres ya mencionadas (empatía, altruismo, cálculo instrumental); pero lo central para considerarlos acción colectiva es que en ellos además de coordinarse, los actores cooperan sin certeza del futuro del esfuerzo.

Finalmente, el tercer condicionante de la acción colectiva, ese que lo distingue de la coordinación, mirada desde los individuos, es que cada participante podría calcular que estaría mejor si puede ahorrarse su contribución y de cualquier forma disfrutar el beneficio común. Así, puede resultar más cómodo tirar basura en la calle, tener un auto extra para cuando uno no pueda contar con el primero de ellos, no denunciar el posible delito que se sospeche ocurre en el propio vecindario, etcétera. Sin embargo, en todos esos casos, se supone que hay preferencia por tener un vecindario limpio y a salvo de encharcamientos, gozar de un aire limpio y calles descongestionadas, y disfrutar de mayor seguridad en la comunidad.

Este fenómeno de no contribuir y gozar del trabajo común, es tan importante que ha recibido un nombre particular, el “problema del gorrón” o *free-rider*. Puede observarse en el pago de impuestos, la organización del trabajo doméstico entre padres e hijos y varones y mujeres, el desempeño laboral en organizaciones y la formación de sindicatos, entre muchos otros. Para Olson (1965) este problema es tan central en ciencias sociales, que pensó descarrilaba los modelos teóricos basados en ideologías y otras formas normativas de explicación de la acción social. De hecho, en diversos foros cuando se discute “el problema de la acción colectiva”, lo que se tenía en mente era justamente cómo tener bajo control al gorrón. Veremos ahora cómo la literatura reciente sobre la evolución de la cooperación aporta ideas que en ciertas condiciones pueden rodear al problema y solucionarlo.

En toda acción colectiva en ciernes, hay siempre el riesgo de que los actores contribuyan sin recibir parte del beneficio; más aún, todos los involucrados lo saben y lo asumen. Así, hay siempre la tentación de dejar cargar a los otros con el trabajo, y de todas formas recibir sus productos, una forma de explotación que puede escudarse en racionalizaciones étnicas, de género, ideológicas, culturales y de cosmovisión, pero el resultado

es el mismo: la opción de no contribuir y “gorronear” a los otros, sea por egoísmo o por temor a ser explotado, es resultado de la estructura de la interacción, de la incertidumbre de la vida social si se prefiere, no de las disposiciones individuales únicamente.

Buena parte de los dispositivos normativos que históricamente las sociedades han desarrollado han buscado fomentar en sus miembros el compromiso con empresas comunes, cumplir los contratos, confiar en la reciprocidad de los otros y poner el bien común por encima —u obtenerlo con posterioridad— de la satisfacción individual egoísta e inmediata. De esto, dos hechos son significativos y valen comentarios adicionales: primero, que sea una preocupación universal a las sociedades humanas, y segundo que, a pesar de su insistencia y reforzamiento con mecanismos coercitivos y persuasivos, no se haya implantado como un rasgo inalterable de los individuos.

La presencia del egoísmo entendido como la satisfacción inmediata es vista por muchos como el rasgo más importante del capitalismo tardío, diferenciándolo de aquel momento donde el trabajo perseverante, el ahorro y la institucionalización de la meritocracia le permitió erguirse sobre un modo de organización feudal. La globalización y sobre todo el uso de las tecnologías que permitió el capitalismo financiero parecerían haber culminado el proceso por el cual posponer el propio placer y consumo era redituable para uno mismo y para los otros. Coincidimos en que las instituciones que en su momento redistribuían la carga de trabajo y los beneficios están en seria crisis. Lo que no compartimos, es la idea de que esto sucede por primera vez en la historia, pues análisis sistemáticos (Turchin, 2003) han mostrado de qué manera diversas civilizaciones medulares de su tiempo han colapsado cuando las tendencias centrífugas del egoísmo hicieron imposible la continuación de la sociedad que las prohibió. En otras palabras, el problema del gorrón y los dispositivos sociales para lidiar con él, atraviesan el ámbito de lo público y lo privado, los distintos niveles de organización social, y más importante, a diferencia de lo encontrado en cierto pensamiento social *new age*, puede aprenderse del pasado como nos han acompañado, y lo seguirán haciendo, tanto en momentos de florecimiento como de decadencia civilizatoria.³

³Más adelante señalaremos, siguiendo a Elster (1989-2006), cómo el problema de la acción colectiva se le presenta al ser humano incluso si se le piensa interactuando sólo consigo

Esto mismo nos sirve para apuntar la importancia de revisar las bases sociales de la orientación al propio beneficio con exclusión del de otros, de manera que el análisis de esta tendencia no caiga en el error contrario, igualmente catastrófico, de suponer que basta modificar la constitución de los sujetos sociales, fomentando su amor por el prójimo, su conciencia social, o solidaridad de clase, partido, etnia o género, y llamados de tipo semejante para solucionar el problema del gorrón, pues éste no reside sólo en sus disposiciones altruistas, sino también en las características de la situación, más específicamente, en la estructura de la relación de interdependencia en la que se constituyen como actores.

Las situaciones como ésta tienen una estructura muy particular que ha llevado a denominarlas dilemas sociales (Komorita y Parks, 1994). Corresponden a cualquier escenario donde la búsqueda de un beneficio individual, o equivalente, la evitación de que un perjuicio caiga sobre uno, vulnera al grupo en su conjunto y así, a un plazo mayor, el actor termina perjudicándose justamente por buscar beneficiarse.

Digamos que es el tipo de situación que enfrenta un ama de casa cuando observa en la calle cerca de su casa gente que según su percepción puede estar cometiendo un delito. Su primer instinto puede ser llamar a la policía, alertar a los demás vecinos, encarar a los presuntos con alguna pregunta, u otras acciones derivadas de su concepción de la situación, sus habilidades y recursos del momento. Esta reacción puede tener varias motivaciones, por ejemplo, un sentido de justicia o indignación por el abuso, la solidaridad con los vecinos, el tratar de evitar que se perciba a esa calle como un lugar de fácil comisión de delitos, la idea de que protegiendo la casa de otros propicia que en su momento alguien proteja la suya.

Sin embargo, ciudadanos que se encuentran en ese dilema también enfrentan la posibilidad de que su voluntad prosocial tenga resultados negativos, por dos vías. Por un lado, el ama de casa del ejemplo podría recibir una represalia de parte de los transgresores de la norma, un daño que puede ir desde inconvenientes menores, hasta daños a su vida, patrimonio y comprometer a su familia. Por otro lado, aunque éste no sea el caso y su conducta logre el efecto que deseaba, no hay garantía de que en el futuro el comportarse con civismo sea reciprocado, con lo que quedará la buena

mismo. Ello tiene implicaciones para este pensamiento *new age*, para el posmodernismo y es una respuesta al vetusto problema del Robinson Crusoe.

conciencia de haber contribuido al beneficio colectivo, pero se asumirán costos —que pueden ser muy elevados— a título individual.

Para ir tejiendo los ejemplos en torno a estos dilemas sociales, que son el aparato conceptual principal de este texto, vale la pena notar que los participantes de la acción que permitió la apertura de la presa en Anáhuac enfrentan una situación semejante; en particular, algunos de los voluntarios percibieron un riesgo de forma individual, mientras que otros fueron informados por sus vecinos (lo cual por supuesto marca una gran diferencia que más abajo discutiremos), pero llegando a la cortina de la presa, aportar su camioneta, herramientas y trabajo fue una decisión individual que buscaba un beneficio colectivo, pero cuyo éxito (evitar la inundación de su comunidad) no estaba garantizado, y de nuevo, aun cuando se lograra la protección (como en efecto lo fue), las circunstancias futuras podrían hacer inviable para alguno de los voluntarios contar con los demás para recibir la solidaridad en caso de necesitarse.

IDENTIDADES Y COOPERACIÓN

En el entorno inmediato, es decir entre vecinos del mismo edificio o calle, las personas se conocen más o menos superficialmente, se identifican como parte del entorno cotidiano y ocasionalmente se comunican cumpliendo las formalidades sociales. Por supuesto, hay una gran variación en estas relaciones, pues habrá quien tenga mayor cercanía con algunos de sus vecinos, por afinidad en actividades o gustos, relación familiar, edad, proximidad física o cualquier otro rasgo, mientras que con otros residentes habrá mayor distancia psicológica e incluso puede encontrarse antipatía encubierta o franca hostilidad.⁴

En estas condiciones, la mayor parte de los adultos hemos enfrentado algún desafío al entorno colectivo, generado internamente como puede ser la necesidad de aportar económicamente para cubrir necesidades comunes,

⁴Esta estructura social puede representarse como una red donde cada persona de la comunidad sería un punto o nodo del que salen, o no, relaciones con otros actores, formando un entramado complejo. A pesar de su simplicidad, hay mucho desarrollo metodológico y teórico para entender cómo afectan las características de la estructura (densidad, centralización, movilidad, etcétera) a los individuos y viceversa, así como para comparar qué evolución es posible esperar de una red particular (Cook y Whitmeyer, 1992; Tao y Winship, 2001).

tomar decisiones sobre espacios y derechos, o bien originado externamente, como las demandas de la autoridad para realizar algún cambio en servicios públicos consumidos localmente como seguridad pública, educación, transporte, agua, etcétera. Piénsese en la eventualidad de una emergencia donde los vecinos pueden o no ayudar a alguien en apuros por violencia intrafamiliar, imprevistos naturales o conflictos vecinales. El lector podrá poner los mejores ejemplos cotidianos de este tipo de situaciones.

¿Qué influye en que la gente se organice, aunque sea momentáneamente, para salir al paso de estas problemáticas? Considerando la historia y especificidades de la relación entre vecinos, ¿cómo, por qué y en qué momento se logra percibir que se enfrentan problemas comunes y que es indispensable la participación colectiva para solucionarlos?

El segundo ejemplo sería el de personas de una comunidad en alguna región de nuestro país, cuya característica principal es que practican un culto religioso no mayoritario. Podrían ser evangélicos en Hidalgo, o musulmanes en Chiapas, o judíos en la Ciudad de México. Si la posición de la mayoría es no permitir sus expresiones culturales, por considerar que atentan contra la tradición, son fruto de la influencia extranjera o representan alguna forma de desviación, ¿en qué condiciones podrían estas personas construir alguna forma de actividad organizada que les permita defender lo que consideran sus derechos, avanzar sus posiciones en la discusión pública y prevenir futuros estados de indefensión? O, por el contrario, ¿deberían cada uno de los individuos mejor evitar asociarse y tratar de responder individualmente? La estrategia de los judíos durante la época colonial fue esconder su práctica religiosa al resguardo de lo estrictamente privado sin organizar una forma de lucha por espacio o presencia pública. La respuesta protestante frente al rechazo comunitario muchas veces es mantener una vida que ellos llaman cristiana para tratar de ejemplificar su credo, así como evangelizar a sus vecinos, es decir, luchar por el espacio común calle por calle, hacer proselitismo casa por casa. Finalmente, los musulmanes chiapanecos no tienen todavía un número suficiente, pero sobre todo una línea de acción fuera de la crítica radical al capitalismo, como para reclamar algo más de lo que las leyes de libertad de culto puedan otorgarles, en un entorno como el mexicano donde las leyes no garantizan la justicia. Si sustituimos en este ejemplo las creencias religiosas por preferencias sexuales, definiciones identitarias, actitudes contraculturales,

ideologías políticas, condiciones laborales y prácticas económicas, entenderemos que la discusión que sigue se aplica a casi todos los eventos que describen la vida social que vivimos cada uno de nosotros desde la adolescencia, por lo menos, hasta la tumba.

Así, una maestra descontenta frente a su sindicato, un joven punketo frente a la recepción social —incluida la familiar— de su estilo, un ama de casa con dificultades en el suministro de servicios públicos, el estudiante víctima de acoso o injusticias en su escuela y cualquier otro ejemplo que se pueda pensar, enfrentan el primer dilema de este asunto: esto que me pasa, ¿le sucede también a otros?, cuya respuesta es con frecuencia perceptualmente negativa, es decir, muchas ocasiones suponemos que nuestra situación es única y distinta a lo que creemos es lo común entre quienes nos rodean.

En caso de responderse positivamente, es decir, que sí hay otros pasando por la misma situación, sigue el cuestionamiento acerca de si ellos tendrán interés en compartir sus experiencias y mostrar empatía mutua por lo que ocurre. Nuevamente hay una bifurcación en las posibles respuestas: habrá quien observe al que está en la situación pero no sienta un apego suficiente como para acercarse y comunicar su subjetividad, mientras que otros percibirán valiosa o necesaria esta forma de comunicación expresiva y pueda establecer algún vínculo emocional.

Finalmente, la tercera pregunta que en este ejemplo se hace el actor (profesora, joven, ama de casa, estudiante, etcétera) es si puede contar con ese otro para construir una respuesta común. La disyuntiva aquí está entre asumir que no es el caso y, por tanto, “cada quien se rasca con sus propias uñas”, o bien intentar un esfuerzo colectivo por conseguir un efecto en la esfera de lo público. Este último es el tipo de acción al que se denomina acción colectiva, y cada una de las presuposiciones y condicionantes que se introdujeron de la manera más simple que pudimos, tiene una larga historia en algunos de los temas que desde las ciencias sociales subyacen a la discusión técnica que daremos a continuación.

Así, por ejemplo, se ha debatido sobre el grado en que los actores realizan los cuestionamientos anteriores, con lo que aparece el tema de la racionalidad como un cálculo individual o no de ganancias materiales y simbólicas, la cultura común como un medio para compartir emociones e instrumentos de acción, el papel de la estructura social en la posibilidad de

organizarse o no, el planteamiento consciente o no de alternativas y su elección, el cálculo del contexto de fuerzas y oponentes que se enfrentan, la identidad colectiva (el nosotros) como uno de los determinantes importantes para iniciar una acción común, y varios más que serán evidentes en seguida.

COOPERACIÓN INTERGRUPAL

Si el lector nos sigue hasta este punto, habrá notado que en el párrafo anterior se enuncian los núcleos históricos de las respectivas ciencias sociales. Así, aunque por supuesto ni es todo lo que hacen, ni sus preguntas siguen siendo las mismas, la economía, la antropología, la sociología, la psicología, la ciencia política, la psicología social, y de alguna manera todas las otras, han desarrollado perspectivas importantes sobre las preguntas que fueron desatadas por la Revolución francesa y que dieron origen a nuestras disciplinas: ¿qué es la sociedad, la persona? y ¿cuál es la relación entre ambos?

Un descubrimiento de la modernidad es doble: ni somos los únicos, ni lo más adecuado es responder como si lo fuésemos. Por otro lado, un asunto que no ha quedado todavía bien conceptualizado es cómo se organizan las esferas de la vida cotidiana, de manera que en ocasiones a un episodio donde actuamos colectivamente, sigue otro y otros donde esta organización se diluye, incluidos los momentos donde después de hacer algo por el beneficio del grupo volvemos a casa a ocuparnos por la cotidianidad caracterizada por unidades sociales mínimas, como el núcleo familiar, la pareja, la calle, etcétera, donde olvidamos las gestas del colectivo.

El estudio de la acción colectiva es uno que ha tenido un nuevo auge en épocas recientes, si bien trabajos sistemáticos importantes se vienen acumulando desde mediados del siglo pasado. En estos momentos, tanto las ciencias sociales como las biológicas y las formales muestran algunas contribuciones, publicadas en sus foros más prestigiados, que explícitamente titulan acción colectiva. Asimismo, hay una amplia literatura reciente sobre términos derivados de enfoques particulares sobre ella, como cooperación, *free-riders*, estructura social, altruismo, identidad, entre muchos otros. Además de subrayar que estos conceptos, típicos de las disci-

plinas sociales cada vez más se discuten y se avanzan en otras disciplinas, también vale la pena recordar algunos términos asociados que han sido debatidos, no necesariamente originados, históricamente en nuestros campos, como lo son las masas, la integración social, la socialidad, la solidaridad, la conciencia de clase, la mente grupal, la moralidad y así varios más. Con esto queremos señalar que el estudio de la acción colectiva es central a las ciencias sociales, no sólo por su orientación hacia la comprensión del cambio y permanencia de las sociedades, sino también porque las conecta con la práctica y el activismo. Así, es central por su pasado pero también de cara a su futuro.

Una de las obras que analizan la acción colectiva y que sigue siendo un clásico a pesar de los años es el estudio de Elster (1989-2006). No es el primero que aborda el tema, ni los argumentos vertidos por el autor se han mantenido inalterados en su obra posterior o en la de otros, pero es quizá el texto que expone el panorama más amplio introduciendo varios de los elementos indispensables del fenómeno, y estableciendo los límites de la discusión más claros sin perderse en los entresijos técnicos atrás de los principios. Es un libro que admite varias relecturas y planos, por lo que la reseña siguiente puede obviar aspectos y detalles importantes.

En breve, inicia señalando que dos desafíos centrales para comprender del orden social son explicar por qué existen regularidades en la conducta social, y por qué existe la cooperación entre individuos, cuya falta estaría asociada a dos formas del desorden: la imposibilidad de predecir lo que otros harán y la incapacidad de sostener una sociedad. Cada uno de éstos no es reducible al otro, es decir, no por saber lo que el otro hará no garantiza la cooperación, ni por el otro lado, teniendo una relación cooperativa se cumplen necesariamente las expectativas sobre la conducta de la contraparte. Es un error común de cierta versión de las ciencias sociales asumir que al haber algún medio de comunicarse y establecer convenios, éstos devienen en hechos de la naturaleza y no en nuevos escenarios posibles; asimismo, hay un error entre algunas posiciones en la ciencia económica al confiar en que el interés por cooperar desproblematiza a la coordinación.

Algunos de los mecanismos considerados en este trabajo se basa en la variación de preferencias por cooperar con aquellos que pertenecen a los grupos propios, tal como se observa en el fenómeno del "familismo", el

etnocentrismo y el chovinismo; asimismo se evalúa cómo se despliegan los vínculos entre los participantes durante la interacción, a través de las redes sociales dinámicas. Lo que la naturaleza ha permitido y la cultura selecciona y potencia es la capacidad eminentemente humana de transformar rápidamente las alianzas y coaliciones, lo cual explica la cooperación a escalas incomparables con el resto de los seres vivos (Fehr y Gintis, 2007).

Tratándose de una relación social la cooperación se ve condicionada por los factores institucionales o estructurales ya mencionados, el tipo de actores sociales involucrados y la relación simbólica que les es posible establecer (Alexander, 1988; Marx y Williams, 2004). El análisis empírico de una sociedad concreta, tal como lo realizan las ciencias sociales (Trindade, 2007), consiste en iluminar aspectos de estos condicionantes, su despliegue en el tiempo, sus beneficiarios y convergencias previsibles (Bell, 1977), aunque no siempre se abordan integralmente (Luhmann, 1998).

Los grupos son dispositivos sociales que tienen como una de sus características principales la mayor frecuencia de interacción entre sus miembros, comparada con los no miembros. Esta tendencia permite actuar a la reciprocidad, definida antes, y con ello hace sostenibles estrategias de cooperación entre actores no emparentados en encuentros esporádicos (Pfeiffer, Rutte, Killingback, Taborsky y Bonhöffer, 2005).

El modelo matemático atrás de la cooperación entre grupos se basa en que la menor ganancia que obtienen *agentes cooperativos* en sus encuentros con los *egoístas*, es sin embargo mayor que la obtenida por estos últimos entre sí, es decir, los primeros van sumando beneficios lenta pero gradualmente. Metafóricamente, los cooperadores pierden batallas, pero ganan la guerra (más exactamente, la pierden los egoístas solos). Dicho modelo, formalmente, se trata de una partición de la ecuación de Price (1970), que a su vez es un replanteamiento más general de la desigualdad de Hamilton (1964) ya discutidas, en dos componentes:⁵ uno intergrupos y uno intra-grupo, conforme a la ecuación

$$\bar{w}\Delta\bar{x} = Cov(\alpha, x_i) + \beta w_i x_i(x) + \beta w^i w_j \beta x_j x_i Var(x) + Cov(\epsilon_j, x_i)$$

Es decir, se trata de una situación de interdependencia donde hay un número i de individuos $\{i=1, \dots, N\}$ en j grupos, quienes interactúan con

⁵Aquí seguimos la notación de Henrich (2003), en lugar de la más detallada de McElreath y Boyd (2007: 223-260), que incluye otras fuerzas distintas a la sola selección natural.

otros actores que ejecutan una estrategia cooperativa ($x_i=1$) o egoísta ($x_i=0$) en encuentros aleatorios bajo el Dilema del Prisionero (DIP). El cambio esperado en la frecuencia de una estrategia ($\Delta\bar{x}$) en la población, es decir su evolución y posible consolidación como una Estrategia Evolutivamente Estable (EEE), es resultado de dos elementos: uno fruto del balance de ganancias/pérdidas de la estrategia, evaluada al interior de cada grupo (los dos primeros sumandos), y otro consecuencia del mismo balance, pero considerando la posición relativa de los grupos (los dos términos finales; x_j es la proporción de una estrategia en el grupo j). La línea base de adecuación (?) es una constante en la población y, al tratarse de una relación estadística, se incluye un término de error aleatorio (?) vinculado con el ruido propio de la interacción social ya discutido. De esa forma el primer sumando y el último (covariaciones) son ceros (asumiendo sólo selección y no mutación, migración, deriva, etcétera). Al final, $\Delta\bar{x}$ se pondera por el promedio de los beneficios (\bar{W}), pero por estos mismos presupuestos, este coeficiente tiende a cero también, así que la ecuación 1 se reduce a $\Delta x = \beta w_i x_i \text{Var}(x) + \beta w_j x_j \beta w_i x_i \text{Var}(x)$, la cual dice que el cambio en la frecuencia de una estrategia depende del efecto (?), que es un coeficiente de regresión) en el beneficio individual obtenido por un actor (w_i) de usar la estrategia (x_i) considerando la variación observada en esta última [$\text{Var}(x)$], en adición al producto del efecto sobre el mismo beneficio de la proporción de las estrategias en el grupo, del efecto del valor de la estrategia (0 o 1 como ya se dijo) en esta proporción grupal, y del tamaño de la variación en las estrategias nuevamente.

El primer término evalúa los beneficios de cada estrategia en el conjunto de la población (el conflicto individuo-individuo), mientras el segundo mide el beneficio diferencial que da estar en uno u otro grupo (el conflicto grupo-grupo, Henrich, 2003). La selección grupal de estrategias cooperativas ocurre cuando las fuerzas operando entre grupos sobrepasan las fuerzas actuando intragrupalmente; ésta es la respuesta al dilema darwinista sobre la sobrevivencia del altruismo. Así, es central al modelo la posibilidad de que los procesos de nivel superior, grupales, tengan forma de afectar causalmente a una unidad inferior, individuales, facultad ya señalada por Campbell (1974), y base de los argumentos en teoría social clásica y contemporánea (véase Ritzer, 1998).

En breve, los egoístas no generan beneficios a otros en su grupo, pero tanto ellos como los cooperadores se benefician de estar en un grupo compuesto mayoritariamente por los segundos, porque incrementa la ya citada probabilidad de interactuar con uno de los que coopera en DIP (una relación más productiva que el resultado de la mutua deserción, como se discutió respecto del perfil estratégico Pavlov).

Para conocer las condiciones en que la cooperación derivará en una EEE, la ecuación 6 se plantea como una desigualdad [2], la cual se cumple sólo en la medida que el segundo término, los beneficios de estar en un grupo de cooperadores, superan el beneficio que obtienen los no cooperadores (los gorriones) que están en un grupo cooperador.

$$\beta w_i x_i + \beta w_i x_i \beta w_i x_i \quad \text{[Expresión 2]}$$

La desigualdad limita los mecanismos evolucionados (basados en parentesco, reciprocidad, etcétera) a que el actor esté en un grupo cooperativo; “todas las soluciones a la evolución del altruismo [...] son exitosas conforme al grado en que ‘ser altruista’ predice que los miembros del propio grupo sean también altruistas” (Frank, 1998, citado en Henrich, 2003).

En general, cualquier factor que disminuya (migración, fusión de grupos, mortandad, etcétera) minará la cooperación, pues ésta depende de que los grupos se mantengan relativamente homogéneos, que haya cierta permanencia para que la variación entre grupos sea mayor que aquélla a su interior. En el caso humano, esta probabilidad puede sostenerse con mecanismos cognitivos, estructurales, culturales y también biológicos, así que este último factor cuenta, pero no es el único ni eventualmente el más importante.

Cognitivamente, el uso de un mismo lenguaje, idiosincrasia, identidad social, religión y otros contenidos cognitivos compartidos o distribuidos, así como hábitos o condiciones que faciliten la imitación, generarán una interacción continuada preferente y más importante, una variación intra-grupal baja, lo que coadyuva a sostener la reciprocidad generalizada (Yamagishi y Kiyonari, 2000) y con ello la cooperación, incluso entre individuos anónimos y que no se conocen entre ellos previamente (así, no tienen reputación establecida o la situación no puede sostenerla).

Inversamente, la división de los grupos puede aumentar su variación intergrupal, así que un proceso como la división social del trabajo (Durkheim,

1893/1982) sostendrá la cooperación, tanto como el aislamiento geográfico (como el que ya mencionamos ocurre en algunas comunidades y pueblos rurales), y también lo hará algún proceso ecológico, demográfico o económico que mantenga a los grupos de un tamaño pequeño semejante.

Evolución de la cooperación

Cualquier sistema evolutivo tiene tres mecanismos: uno para mantener información a lo largo del tiempo, uno de producción de variaciones de esa información, y uno para distinguir aquella información que es más provechosa y darle mayor frecuencia. En particular, la teoría de la evolución por selección natural (Darwin, 1859/1992) postula, respectivamente, los procesos de herencia de rasgos favorables entre miembros de generaciones sucesivas, de variación de esa herencia (pangénesis), y de éxito reproductivo diferencial dependiente del entorno. En síntesis opera en dos pasos: la procreación de una cantidad grande de variaciones ciegas y un proceso no aleatorio de eliminación de las variantes menos viables (Gil-White, 2000).

Para la teoría darwinista, la existencia del altruismo de las sociedades de insectos parecía un enigma irresoluble, lo que fue notado por el mismo Darwin (1859/1992): la eusocialidad representaba “una dificultad especial, la cual en primera instancia me parece insuperable, y realmente fatal para toda mi teoría” (citado en Herbers, 2009), por asumir que la selección actúa sólo sobre los individuos (Mayr, 1997).

Es decir, el modelo darwinista original podía dar cuenta de la adaptación de las especies a nuevos ambientes y con ello la generación de nuevas a partir de ancestros comunes (así como muchos otros fenómenos: Mayr, 2001), pero no explicar las disposiciones altruistas y otros aspectos sociales de la conducta. Doce años después, Darwin notó la necesidad de postular que la selección natural operaba también sobre grupos, no sólo sobre individuos, con los que sobrevivirían aquellos colectivos cuyos miembros los privilegiarán. Darwin (1871/1994: 325) asentó: “No debe olvidarse que aunque tener un alto estándar moral no da ventaja, o apenas una muy pequeña, a un individuo y a sus hijos sobre otros hombres en una tribu, un incremento en el número de hombres

virtuosos y del estándar moral, ciertamente dará una ventaja inmensa a una tribu sobre otra”.

Después de la reformulación de la evolución en la moderna teoría sintética (Gould, 2002/2004; Mayr, 2001⁶) a mediados del siglo XX (básicamente especificando el mecanismo mendeliano de mutación y deriva genética como fuente de la variación individual), Wynne-Edwards (1962) enuncia el primer esquema para explicar las conductas altruistas (que pensaba beneficiaban a la sociedad gracias al esfuerzo del individuo), conocido como selección grupal, donde la selección operaba en este nivel de agregación. Las críticas a esta formulación inicial sobre todo teóricas (Maynard-Smith y Price, 1973) fueron devastadoras, resultando en su momento en el rechazo de ese nivel de análisis. En el caso de las ciencias sociales, se llamó la falacia de la mente grupal a la idea de que había entidades superiores a los individuos a las que podía atribuirse eficacia causal, voluntad e identidad.

En esta lógica, cooperar sería resultado de la herencia, y en ese contexto ha recibido fuerte sustento empírico analizando la eusocialidad de las especies (West Eberhard, 1975; Wilson, 2005). Por otro lado, su existencia en el caso de seres humanos se trata de una polémica proposición que sin embargo encuentra algún apoyo empírico recientemente (Cesarini *et al.*, 2008) al estudiarse la conducta de gemelos idénticos, fraternales y hermanos (tanto norteamericanos como suecos), que llevan a cabo entre ellos el juego de la confianza. Fowler y Schreiber (2008) obtienen hallazgos semejantes en investigaciones de campo sobre participación social y política. Al ser estudios recientes, todavía necesitan replicarse y validarse estos hallazgos, pero es importante notar que aun si se valida este mecanismo para nuestra especie, excepto en posiciones radicales como las sociobiológicas, no se está afirmando que la mayoría de la conducta social ni la cooperación pueda explicarse de esta forma, pues restan todavía los datos ya discutidos de la predisposición positiva humana para cooperar mucho más allá de las unidades familiares, hasta alcanzar a cobijar a extraños con quienes sólo se interactúa una vez.

⁶También llamado neodarwinismo, que abandona al individuo en favor del genotipo como unidad evolutiva, del cual las expresiones (fenotípicas) son adaptaciones por cuyo conducto los genes logran su replicación y propagación. Ello lleva a Dawkins (1976/2002) a postular que los individuos somos meros medios para la reproducción de nuestros egoístas genes.

Una generalización de este mecanismo se tiene la adecuación inclusiva (*inclusive fitness*) que relaja el requisito de que el altruismo sólo proceda hacia la propia prole, pues se entiende que cualquier miembro de la población que comparta la disposición genética al altruismo cumple el mismo papel en algún grado. Así se explicaría entonces que la naturaleza haya preservado conductas como ésta en muchos casos (Van Veelen, 2009), a través de muchas generaciones de individuos cada uno de los cuales lucharon encarnizadamente por su supervivencia, lo que Dawkins (1999) asocia al fenotipo extendido y Edward O. Wilson (1975) utiliza para fundamentar la sociobiología. En esa medida, es explicable que prácticamente todas las sociedades tengan en el nepotismo una forma de sostener la cooperación.

Un mecanismo distinto, en un contexto semejante opera la reciprocidad directa, es decir, realizar una conducta costosa que beneficia primeramente al otro, el cual actúa de la misma forma para cerrar evolutivamente el ciclo de apoyo mutuo (Trivers, 1974). Se trata básicamente de una forma más elaborada de altruismo, el altruismo recíproco que no necesita dirigirse a otro por razones genéticas, sino porque ese otro ha mostrado con su conducta que se puede cooperar con él. Este mecanismo cooperativo condicional prescribe hacerle al otro lo mismo que me hizo: “yo rasco tu espalda sólo si tú rascas la mía” (Michel, Stegmaier y Sonntag, 2010; Smaniotto, 2004).

Experimentando sobre su evolución en relación con otras estrategias, Axelrod (1997/2004) prevé que esta forma de cooperación condicional estará ligada a que cualquiera de los actores sea amable e inicie a cooperar en algún momento, y viceversa que la relación social se romperá en cuanto haya un error o accidente que impida a alguien contribuir, en cuyo caso quien fue traicionado puede responder con paciencia (perdonando una o pocas deserciones), con generosidad (retribuyendo más de lo que le da la relación); complementariamente quien estafa, intencionalmente o no, puede recibir el desquite o venganza con contrición o arrepentimiento, o sin sombra de paciencia.

El tercer mecanismo evolutivo, la reciprocidad indirecta, permite la cooperación con aquellos con quienes se interactúa ocasionalmente (potencialmente sólo una vez), incorporando en la elección de nuestra estrategia su reputación (Nowak y Sigmund, 1998, 2005). Se trata de informa-

ción sobre sus encuentros pasados con otros, que obtiene observándola o por medio de la comunicación (por ejemplo, el chismorreo o su acreditación social). Así, este mecanismo prescribe cooperar si sabe que la contraparte es también cooperativa, sin necesidad de pagar el costo de saberlo después del primer encuentro.

Infortunadamente, sobre este mecanismo hay todavía poco avance teórico y empírico, sobre todo en psicología social pues se sigue estudiando la reciprocidad directa. Aun así, del trabajo realizado en matemáticas aplicadas a las ciencias sociales (Nowak, 2006) queda claro el papel de la cultura y la estructura social pues la calidad de la información que se recibe depende crucialmente de ellas. Así, el tamaño de la población, del grupo, la densidad de las conexiones o redes sociales, y las creencias sobre hablar acerca de otros o imitarles son fundamentales para que este mecanismo funcione o no lo haga (Henrich y Henrich, 2007).

En este marco, las instituciones juegan un papel relevante, pues conforme el tamaño del grupo crece se pierden muchos de los detalles fidedignos de las reputaciones; sin embargo, los símbolos de estatus, pertenencia étnica, filiación religiosa, recursos (especialmente el capital cultural, Bourdieu, 2002; Bourdieu y Passeron, 1996), y algunas costumbres, servirían para reducir el costo de obtener información valiosa para iniciar o evitar la interacción, indicándonos con quién es más probable cooperar aunque no le conozcamos personalmente, pues en caso de actuar de forma injusta con nosotros, su desertión le sería costosa a mediano y largo plazo en sus encuentros con terceros. Por otra parte, el actor engañado puede recuperar su pérdida dado que ya señaló a otros en el grupo que es un serio y dispuesto cooperador, confiable para sostener la acción colectiva y el orden social. Aquí se expresa uno de los roles centrales que tiene la cultura para sostener la cooperación, y también el efecto causal descendente desde el orden social hasta las conductas individuales.

Por la misma razón, todo aquello que degrada la calidad de dicha información, por ejemplo ofreciendo reputaciones dolosamente equivocadas, sería castigado evolutivamente, por lo que en este contexto un altruista condicional sería altamente destructivo de la cooperación, pues no hace su trabajo de supervisor (Ohtsuki y Iwasa, 2004, citados en Henrich y Henrich, 2007: 64).

Hasta este momento la discusión ofrecida habrá conseguido hacer evidente la importancia de las normas culturalmente validadas. En las

ciencias sociales clásicas, usualmente se asume la existencia de las normas (por ejemplo, Durkheim, 1912/2003), quedando poco desarrollada la literatura sobre su origen y estabilidad en tanto objetos sociales diferenciados, y quizá por ello la investigación social se ha enfocado a explicar la variación entre actores al seguirlos (automonitoreo, obediencia, desviación social, conformidad, ignorancia pluralista, etcétera), cambiando y reduciendo la unidad de análisis.

En años recientes se ha profundizado el conocimiento formal acerca de cómo emergen en primer lugar dichas normas (Fuchs, Hofkirchner y Klauninger, 2008; Ostrom, 2000; Peyton Young, 2008). Una primera solución poco satisfactoria, es decir que son elementos puramente convencionales que ayudan a coordinar la acción (Bicchieri, 2006). Esta solución puede verse funcionar en los ejemplos discutidos arriba sobre dilemas de coordinación: a la pregunta por qué en unos lugares se manejan los autos por un carril de la calle y en otros lugares la circulación es por el otro, se respondería que no importa, mientras suficiente gente espere que se eviten los encontronazos de frente guiando por el lado acostumbrado de manejo. Como se ve, ésta no es una respuesta, por lo menos para esta pregunta.

Un mejor intento de explicar el origen de las normas (y con ello parcialmente el origen de la cooperación), lo encontramos en la teoría de la herencia dual, también conocida como modelo coevolutivo gene-cultura, trata de integrar balanceadamente los mecanismos y condiciones necesarias para la acción social encontrados en la literatura antropológica y biológica (y en esa medida supera a la sociobiología y la psicología evolucionaria). Su descripción completa estaría fuera de lugar aquí pues ya hay disponibles buenas presentaciones (Boyd y Richerson, 1985; Henrich *et al.*, 2003; Richerson y Boyd, 2005), así que a continuación sólo señalaremos sus rasgos más importantes de frente a la cooperación humana.

Como puede observarse en McElreath y Henrich (2007), los genes y los rasgos culturales coevolucionan, pues de alguna manera tanto unos como los otros son propiedades que los individuos y los grupos utilizan para su reproducción diferencial en los contactos intergrupales. Claramente se trata de una posición polémica, pues de entrada asume que los grupos tienen una existencia y dinámica distinta pero complementaria a la de los individuos, en particular dice que la selección natural afecta a los grupos y no sólo a sus componentes (Boyd y Richerson, 1985) bajo ciertas condicio-

nes. Además, conecta ambos niveles a través de la transmisión simbólica y la utilidad adaptativa, lo que representa la búsqueda de un terreno común entre ciencias sociales y biología.

Así, la teoría de la herencia dual es el fundamento conceptual sobre el que se levanta el último de los mecanismos evolucionarios de la cooperación, la reciprocidad generalizada [también llamada reciprocidad inversa (*upstream*), Nowak y Roch, 2007].

Ésta se origina al haber sido un mismo receptor de un acto benéfico, lo que aumenta la posibilidad de compensarlo sin importar a quién (Hamilton y Taborsky, 2005; Pfeiffer *et al.*, 2005), y por tanto es una forma de gratitud menos común dada su desventaja evolutiva (Rankin y Taborsky, 2009).

Nótese que las demandas cognitivas (reconocimiento de actores, recuerdo de reputaciones y de recompensas pasadas) son diferentes en cada caso, así como también que la reciprocidad no se puede justificar exclusivamente en términos de preferencias egoístas u orientadas al provecho, sino en la interpretación de las intenciones (Falk y Fischbacher, 2000), como lo ejemplifican las leyes penales que claramente distinguen delitos deliberados de los accidentales, sin importar quién esté violando la norma.

Así como el mecanismo de la selección por parentesco y el ajuste inclusivo se asocian con la biología, y el de reciprocidad directa e indirecta con la psicología evolucionaria, la reciprocidad generalizada y con ella la cooperación del más alto alcance necesita un campo de estudio asociado que investigue sus consecuencias en la mente, la sociedad y la cultura. Al respecto se está necesitando una nueva ciencia social donde cada parte aporta mecanismos que se someten a prueba experimental y etnográficamente (Gintis, 2009).

CONCLUSIONES

En este último caso, conforme a una versión de la disciplina que enfatiza no sólo el rigor metodológico y la profundidad teórica, sino la importancia de impactar positivamente en el bienestar de las personas, elucidar la acción colectiva permitirá entender el marco en el que tienen lugar los esfuerzos de intervención social y los obstáculos que enfrenta.

Comprendida en su rol más amplio, la cooperación es el mecanismo fundacional de la acción colectiva, al definirse como un tipo de relación que implica para los actores involucrados contribuir a dicha relación en el presente, a fin de obtener en el futuro un bien mayor, pero de modo incierto y compartido. Esto es así porque la cooperación (y la coordinación como su proceso asociado), es el vehículo para generar colectivamente nuevos actores, objetos, símbolos y formas de resolución del conflicto, indispensables para la existencia y evolución de una sociedad.

FUENTES CONSULTADAS

- ALDEN SMITH, E. (2010). *Communication and Collective Action. Language and the Evolution of Human Cooperation. Evolution and Human Behavior*, 31, 231-245.
- ALEXANDER, J.C. (1988). *Action and its Environments: Towards a New Synthesis*. University of Columbia: University Press.
- , Marx, G.T. y Williams, C.L. (2004). *Self, Social Structure, and Beliefs: Explorations in Sociology*. Berkeley, CA.: University of California Press.
- AXELROD, R. (1997/2004). *La complejidad de la cooperación. Modelos de cooperación y colaboración basados en los agentes*. Buenos Aires: FCE.
- BELL, D. (1977). *Las contradicciones culturales del capitalismo*. México: CNCA.
- BICCHIERI, C. (2006). *The Grammar of Society: The Nature and Dynamics of Social Norms*. Nueva York: Cambridge University Press.
- BOYD, R. y Richerson, P.J. (1985). *Culture and Evolutionary Process*. Chicago: University Press.
- CAMPBELL, D. (1974). Downward Causation in Hierarchically Organized Biological Systems. *Studies in the Philosophy of Biology*. En F. Ayala y T. Dobzhansky (eds.), *Studies in the Philosophy of Biology*. (pp. 179-186). Londres: Macmillan.
- CESARINI, D., Dawes, C.T., Fowler, J.H., Johannesson, M., Lichtenstein, P. y Wallace, B. (2008). *Heritability of Cooperative Behavior in the Trust Game*. *Proceedings of National Academy of Science*, 105 (10), 3721-3726.
- COOK, K.S. y Whitmeyer, J.M. (1992). Two Approaches to Social Structure: Exchange Theory and Network Analysis. *Annual Review of Sociology*, 18, 109-127.
- DARWIN, C (1859/1992). *On the Origin of Species by Means of Natural Selection, or the Preservation of Favoured races in the Struggle for Life*. Londres: John Murray. [*El origen de las especies por medio de la selección natural*. Barcelona: Planeta.

- DAWKINS, R. (1976/2002). *The Selfish Gene*. Nueva York: Oxford University Press. [*El gen egoísta: las bases biológicas de nuestra conducta*. Barcelona: Salvat.]
- DE ROOIJ, E.A., Green, D.P. y Gerber, A.S. (2009). Field Experiments on Political Behavior and Collective Action, *Annual Review of Political Science*, 14, 203-231.
- (1999). *The Extended Phenotype*. Oxford, UK.: University Press.
- DURKHEIM, E. (1893/1982). *The Division of Labour in Society*. [*La división del trabajo social*. Madrid: Akal.]
- (1912/2003). *Les formes élémentaires de la vie religieuse*. París: Alcan. [*Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid Alianza.]
- ELSTER, J. (1989/2006). *The Cement of Society. A Study of Social Order*. Nueva York: Cambridge University Press. [*El cemento de la sociedad. Las paradojas del orden social*. Barcelona: Gedisa].
- FALK, A. y Fischbacher, U. (2000). *A Theory of Reciprocity*. Reporte técnico, Universidad de Zúrich. Disponible en <http://e-collection.ethbib.ethz.ch/eserv.php?pid=eth:25511&dsID=eth-25511-01.pdf>
- FEHR, E. y Gintis, H. (2007). Human Motivation and Social Cooperation: Experimental and Analytical Foundations. *Annual Review of Sociology*, 33, 43-64.
- FOURCADE, S. (2010). Los restos de Anáhuac. *Milenio Semanal*, 20 de septiembre, 31-35.
- FOWLER, J.H. y Schreiber, D. (2008). Biology, Politics, and the Emerging Science of Human Nature. *Science*, 322, 912-914.
- FUCHS, C., Hofkirchner W. y Klauninger, B. (2008). *The Dialectic of Bottom-up and Top-down Emergence in Social Systems*. Reporte técnico, Departamento de Economía, Universidad de Tecnología de Viena. Disponible en <http://cartoon.iguw.tuwien.ac.at/zope/igw/menschen/technik/hofkirchner/papers/papers/InfoSociety/PIE-Hof/PIE-Hof.pdf>.
- GIL-WHITE, E.J. (2000). *Common Misunderstandings of Memes (and Genes). The Promise and the Limits of the Genetic Analogy to Cultural Transmission Processes*. Documento no publicado. Disponible en <http://www.psych.upenn.edu/~fjgil/>, con una versión resumida en S. Hurley y N. Chater (eds.). *Perspectives on Imitation: From Mirror Neurons to Memes*. MIT Press.
- GIGERENZER, G. y Brighton, H. (2009). Homo Heuristicus: Why Biased Minds Make Better Inferences. *Topics in Cognitive Science*, 1, 107-143.
- GINTIS, H. (2009). *The Bounds of Reason. Game Theory and the Unification of the Behavioral Sciences*. Princeton, N.J.: University Press.
- GOULD, S.J. (2002/2004). *The Structure of Evolutionary Theory*. Cambridge, MA: Harvard University Press. [*La estructura de la teoría de la evolución*. Barcelona: Tusquest.]

- HAMILTON, I.M. y Taborsky, M. (2005). Contingent Movement and Cooperation Evolve under Generalized Reciprocity. *Proceedings of the Royal Society of London. B. Biol. Sci.* 272, 2259-2267.
- HAMILTON, W.D. (1964). The Genetical Evolution of Social Behavior (2 pts.). *Journal of Theoretical Biology*, 7, 1-52.
- HENRICH, J. (2003). Cultural Group Selection, Coevolutionary Processes and Large-scale Cooperation. *Journal of Economic Behavior and Organization*, 53(1), 3-35.
- , Bowles, S., Boyd, R., Hopfensitz, A., Richerson, P., Sigmund, K., Smith, E.A., Weissing, F. y Payton, Y. (2003). The Cultural and Genetic Evolution of Human Cooperation. En P. Hammerstein (ed.). *Genetic and Cultural Evolution of Cooperation* (pp. 445-468). Cambridge, Mass: MIT Press.
- HENRICH, N. y Henrich, J. (2007). Why Humans Cooperate? A Cultural and Evolutionary Explanation. Nueva York: Oxford University Press.
- KAHNEMAN, D. y Tversky, A. (1979). Prospect Theory: An Analysis of Decision Under Risk. *Econometrica*, 47, 263-291.
- KOMORITA, S.S. y Parks, C.D. (1994). *Social Dilemmas*. Boulder: Westview.
- KOOPMANS, R. y Rebers, S. (2009). Collective Action in Culturally Similar and Dissimilar Groups: An Experiment on Parochialism, Conditional Cooperation, and their Linkages. *Evolution and Human Behavior*, 30, 204-211.
- LUHMANN, N. (1998). *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. Barcelona: Anthropos.
- MAYR, E. (1997). *The Objects of Selection*. *Proceedings of the National Academy of Science*, 94, 2091-2094.
- (2001). *What Evolution is*. Nueva York: Basic Books.
- MAYNARD-SMITH, J. y Price, G.R. (1973). The Logic of Animal Conflict. *Nature*, 246: 15-18.
- MCLEATH, R. y Boyd, R. (2007). *Mathematical Models of Social Evolution*. Chicago: University Press.
- y Henrich, J. (2007). Dual Inheritance Theory: The Evolution of Human Cultural Capacities and Cultural Evolution. En R. Dunbar y L. Barrett (eds.). *Handbook of Evolutionary Psychology*. Oxford: Oxford University Press.
- MICHEL, A., Stegmaier, R. y Sonntag, K. (2010). I Scratch Your Back - You Scratch Mine. Do Procedural Justice and Organizational Identification Matter for Employees', Cooperation During Changes? *Journal of Change Management*, 10(1), en prensa. Disponible en www.informaworld.com/content=a919535882/db=pdf/346628.pdf
- NOWAK, M.A. (2006). Five Rules for the Evolution of Cooperation. *Science*, 314, 1560-1563.

- _____ y Sigmund, K. (1998). The Dynamics of Indirect Reciprocity. *Journal of Theoretical Biology*, 194, 561-574.
- _____ y Sigmund, K. (2005). Evolution of Indirect Reciprocity. *Nature*, 427, 1291-1298.
- _____ y Roch, S. (2007). Upstream Reciprocity and the Evolution of Gratitude. *Proceedings of the Royal Society of London. B. Biol. Sci.*, 274, 605-609.
- OSTROM, E. (2000). Collective Action and the Evolution of Social Norms. *Journal of Economic Perspectives*, 14(3), 137-158.
- PEYTON YOUNG, H. (2008). Social Norms. Documento de discusión, Departamento de Economía. Universidad de Oxford. Disponible en <http://www.economics.ox.ac.uk/Research/wp/pdf/paper307.pdf>.
- PFEIFFER, T., Rutte, C., Killingback, T., Taborsky, M. y Bonhöffer, S. (2005). Evolution of Cooperation by Generalized Reciprocity. *Proceeding of the Royal Society of London. B. Biol. Sci.* 272, 1115-1120.
- PRICE, G. (1970). Selection and Covariance. *Nature*, 227, 520-521.
- RANKIN, D.J. y Taborsky, M. (2009). Assortment and the Evolution of Generalized reciprocity. *Evolution*. doi: 10.1111/j.1558-5646.2009.00656.x.
- RICHERSON, P. y Boyd, R. (2005). *Not by Genes Alone: How Culture Transformed Human Evolution*. Chicago: University Press.
- RITZER, G. (1998). *Teoría sociológica moderna*. Madrid: McGraw-Hill.
- SMANIOTTO, R.C. (2004). 'You Scratch my Back and I Scratch Yours' Versus 'Love thy Neighbour': Two Proximate Mechanisms of Reciprocal Altruism. Tesis de doctorado en Psicología, Universidad de Groningen, Holanda. Disponible en <http://dissertations.ub.rug.nl/faculties/ppsw/2004/r.c.smaniotto/>
- TAKAÁCS, K., Jankyc, B. y Flache, A. (2008). *Collective Action and Network Change*. *Social Networks*, 30, 177-189.
- TAO, L. y Winship, C. (2001). Comment: Modeling Social Interdependence: Is It in the Structure or in Our Hearts? *Sociological Methodology*, 31, 97-106.
- TRINDADE, H. (coord.) (2007). *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*. México: Siglo XXI Editores.
- TRIVERS, R. (1974). The Evolution of Reciprocal Altruism. *Quarterly Review of Biology*, 46, 35-57.
- TURCHIN, P. (2003) *Historical Dynamics: Why States Rise and Fall*. Princeton, Nueva Jersey: University Press.
- STURGIS, P., Read, S., Hatemi, P.K., Zhu, G., Trull, T., Wright, M.J. y Martin, N.G. (2010). A Genetic Basis for Social Trust? *Political Behavior*, 32, 205-230.
- VAN VEELEN, M. (2009). Group Selection, Kin Selection, Altruism and Cooperation: When Inclusive Fitness is Right and When it Can be Wrong. *Journal of Theoretical Biology*, 259, 589-600.
- VAN ZOMEREN, M., Postmes, T. y Spears, R. (2008). Toward an Integrative Social Identity Model of Collective Action: A Quantitative Research Synthesis of

- Three Socio-Psychological Perspectives, *Psychological Bulletin*, 134(4), 504-535.
- WEST EBERHARD, M.J.W. (1975). The Evolution of Social Behavior by Kin Selection. *The Quarterly Review of Biology*, 50(1), 1-33.
- WILSON, E. O. (2005). *Eusociality: Origins and Consequences*. Proceedings of the National Academy of Sciences, 102(13), 367-371.
- (1975). *Sociobiology: The New Synthesis*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- WYNNE-EDWARDS, V.C. (1962). *Animal Dispersion in Relation to Social Behaviour*. Edimburgo, UK.: Oliver y Boyd.
- YAMAGISHI, T. y Kiyonari, T. (2000). The Group as the Container of Generalized Reciprocity. *Social Psychology Quarterly*, 63(2), 116-132.

Detección temprana del cáncer de mama: normas sociales, acción colectiva y cuidado de la salud

Alicia Saldívar Garduño*
Fredí Everardo Correa Romero**

RESUMEN

Durante las últimas décadas, el cáncer de mama se ha convertido en un tema prioritario en un número importante de países del mundo, por ser una de las primeras causas de muerte en mujeres en edad productiva. En México, el cáncer de mama ocupa, desde el año 2006, el primer lugar en las estadísticas relativas a las muertes causadas por tumores malignos. Se ha asociado el aumento en el número de casos con un conjunto de factores de riesgo, tales como los estilos de vida, algunos reproductivos, y otros de tipo ambiental y genético. Entre las opciones existentes para la detección temprana de tumores cancerosos en los senos, la autoexploración visual y manual constituye una alternativa de fácil aceptación por su bajo costo y su cómoda realización; su efectividad, sin ser la técnica más precisa, ha sido alta, pues el 90 por ciento de los casos que llegan a los consultorios médicos son identificados por ese medio. La proporción estimada de mujeres que se autoexploran en forma consistente (mensualmente) y correcta aún resulta baja. Estos datos evidencian la necesidad de implementar intervenciones psicosociales que mejoren las habilidades y aumenten la frecuencia de la autoexploración para identificar el cáncer en las primeras etapas, con el fin de propiciar el surgimiento o reforzamiento de redes sociales que produzcan una acción colectiva orientada hacia el cuidado de la salud personal y colectiva, que generen el capital social necesario para

*Profesora-investigadora. Psicología social. Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

**Profesor de tiempo completo. Universidad de Guanajuato.

la modificación de los estilos de vida de las personas, así como de sus prácticas para hacer un frente común en contra del cáncer de mama. El presente capítulo muestra que entre la conducta individual y la acción colectiva, está la influencia del grupo a través de la norma social.

Palabras clave: cáncer de mama, detección temprana, acción colectiva y salud.

EL CÁNCER: UN PADECIMIENTO EN INCREMENTO

Como ya ha trascendido por diversos medios, el cáncer en sus distintas modalidades afecta a un número cada vez mayor de personas alrededor del mundo. La Organización Mundial de la Salud (OMS, 2009) estima que, entre los años 2007 y 2030, los casos nuevos de cáncer pasarán de ser 11.3 a 15.5 millones, y la mortalidad en el mundo por esta causa aumentará 45 por ciento en el mismo periodo; es decir, ocurrirán 11.5 millones de decesos en 2030, *versus* los 7.9 millones del 2007. Estas cifras han convertido al cáncer en la segunda causa de muerte tanto en los países desarrollados como en los denominados “en transición”, colocada sólo por debajo de las enfermedades cardiovasculares. El patrón por área del cuerpo afectada es otro elemento que se debe tener en cuenta, en los países en desarrollo son más frecuentes el de hígado, estómago y cuello uterino, mientras que en las naciones desarrolladas hay más casos de próstata, mama y colon. La mayor cantidad de muertes, sin embargo, se producen en los países con ingresos medios y bajos, pues los tratamientos disponibles son todavía muy costosos y poco accesibles para una gran cantidad de personas.

Los avances en la medicina han sido notables, y es innegable que hoy en día contamos con elementos que permiten una mayor comprensión del tema, lo que ha derivado en mejores estrategias para su manejo y tratamiento, y lo que sí se sabe es que existen factores que aumentan el riesgo de padecerlo, entre los cuales se pueden mencionar los siguientes:

- Estilos de vida: consumo de tabaco y alcohol, dietas poco saludables, pobre actividad física.
- Exposición a carcinógenos en el medio ambiente y/o el entorno laboral.
- Exposición a formas variadas de radiación (ultravioleta o ionizante).

- Exposición a productos químicos empleados en las industrias.
- Haber padecido cierto tipo de infecciones, como hepatitis b y papiloma.

Desde el campo de la psicología social, en las últimas décadas se ha manifestado un cambio en el paradigma para entender la salud/enfermedad. Históricamente la psicología social de la salud contribuía con estrategias en el tratamiento de la enfermedad. Sin embargo, dicho modelo era costoso y tenía el grave problema de enfocarse a cambiar hábitos ya muy arraigados en las personas. Actualmente el paradigma apunta al cambio en los estilos de vida, tratando de implementar conductas protectoras que disminuyan los riesgos de contraer una enfermedad. De ahí la importancia de ver el cáncer como una enfermedad cuyos mayores estragos se pueden prevenir con una serie de conductas preventivas, con lo cual se puede ayudar a mejorar los resultados del tratamiento, alargar las expectativas de vida, impactar de manera positiva en la economía del paciente y su familia, etcétera.

La American Cancer Society (2009) define como factor de riesgo a cualquier cosa que aumente las probabilidades de que una persona padezca una determinada enfermedad, en este caso cáncer, y señala también que diferentes tipos de cáncer tienen distintos factores de riesgo, pero varios de éstos pueden tener elementos similares. Según la OMS (2009), el número de muertes por cáncer en un año causadas por los principales factores evitables de riesgo producen las siguientes cifras:

- consumo de tabaco: 1.8 millones de defunciones anuales (el 60 por ciento de éstas se registran en países de ingresos bajos y medianos);
- exceso de peso, obesidad o inactividad física: en conjunto, 274 mil defunciones;
- consumo nocivo de alcohol: 354 mil defunciones;
- infección por virus del papiloma humano transmitido por vía sexual: 235 mil defunciones;
- agentes carcinógenos en el entorno laboral: al menos 152 mil defunciones.

La American Cancer Society (2009) llama la atención sobre el hecho de que si bien es cierto que estos elementos aumentan el riesgo de las personas en general, no siempre causan la enfermedad, pues hay razones genéticas que nos hacen más o menos susceptibles a desarrollar un cáncer.

Resulta importante sin embargo, generalizar el conocimiento acerca de estos factores, con la finalidad de promover comportamientos para el cuidado de la salud, como la modificación de hábitos nocivos, y la realización periódica de chequeos y controles médicos para la detección temprana de tumores.

EL CÁNCER DE MAMA: UNA EPIDEMIA SILENCIOSA

De acuerdo con Gospodarowicz, Cazap y Jadad (2009), desde el inicio del siglo XXI, el cáncer ha matado a más personas que aquellas que perdieron la vida durante la Segunda Guerra Mundial. Como ya se mencionó, la expectativa futura en relación con la evolución que tendrá el cáncer en el mundo no son alentadoras, y eso incluye a todas las formas del padecimiento.

Si nos atenemos a lo expuesto en las líneas anteriores, de entre las múltiples definiciones de cáncer, se puede extraer una idea compartida en relación con el tipo más frecuente que afecta a las mujeres en el mundo, y es que el cáncer de mama es una proliferación acelerada, desordenada y no controlada de células con genes mutados que se disemina por diferentes partes del cuerpo, eliminando a las células sanas y que eventualmente produce un tumor (López-Carrillo *et al.*, 1996). Rodríguez Cuevas (2005) considera que el creciente aumento de esta enfermedad se relaciona en forma estrecha con dos aspectos: el envejecimiento de la población, y una mayor prevalencia de los factores de riesgo en la población femenina, aun cuando también existen casos de varones (Staff Periódico *Reforma*, 2009).

Un dato proporcionado por Rodríguez Cuevas (2005) muestra que las mujeres mexicanas desarrollan el cáncer mamario 10 años antes que las norteamericanas o las europeas, en promedio: la mediana en el primer caso, ronda los 51 años, mientras que en el segundo, se ubica alrededor de los 60 años en Estados Unidos, y entre los 60 y 64 años en Europa. Además, en un número importante de estudios se sostiene la hipótesis de que el estilo de vida es un elemento que parece estar sistemáticamente asociado con el aumento, tanto en México como en otros países del mundo asiático o en desarrollo, por la llamada “occidentalización” o adopción de las costumbres y formas de vida de las sociedades más industrializadas, tales como las dietas y los efectos del medio

ambiente. A ese respecto, Rodríguez Cuevas (2005) llama la atención sobre el incremento de alrededor del 60 por ciento de casos de cáncer mamario en poblaciones asiáticas emigrantes a Estados Unidos cuando se trata de la generación nacida ya no en las comunidades frecuentemente rurales de origen, sino en el país sede.

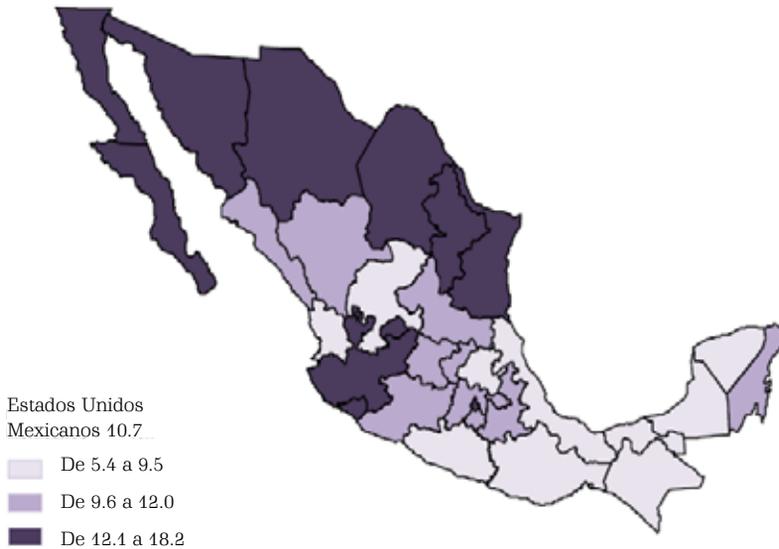
EPIDEMIOLOGÍA DEL CÁNCER DE MAMA EN MÉXICO

De acuerdo con las fuentes epidemiológicas y médicas más confiables, el día de hoy el cáncer de mama es la neoplasia que afecta con mayor frecuencia a las mujeres alrededor del mundo (Morales Vásquez, 2006). Desafortunadamente, México no escapa a esa tendencia: después de haberse sostenido como segunda causa de muerte por tumores malignos durante varios años, el cáncer de mama es actualmente la primera razón por la que cada dos horas muere una mujer; sólo en el año 2002 se registraron 11,656 casos nuevos, y entre el año 2000 a 2004 fue el padecimiento más frecuente entre las mujeres mexicanas que desarrollaron algún tumor (17.5 por ciento del total de casos de cáncer), principalmente entre los 40 y los 49 años (Zeichner Gancz y Candelaria, 2006; Rizo Ríos, Sierra Colindres, Vázquez Piñón, Cano Guadiana, Meneses García y Mohar, 2007).

Los datos disponibles muestran que, de acuerdo con las estadísticas de egresos hospitalarios debido a tumores malignos, en el año 2006 el cáncer de mama constituyó el 49.8 por ciento de los casos en esa condición, superando al cáncer cérvico uterino que se colocó en el segundo lugar con el 13.1 por ciento (INEGI, 2010). La mortalidad que tuvo como causa un tumor mamario ascendió en el periodo 2005-2006 al 15 por ciento del total de las muertes por tumores malignos, 1.8 por ciento más que en el año anterior. De acuerdo con el INEGI, los estados de la República Mexicana donde en el año 2007 se observó una mayor frecuencia de muertes por esta causa fueron Baja California Sur (18.2 mujeres por cada 100 mil de 25 años y más), Baja California (15.1), Chihuahua (14.8), Nuevo León (14.7) y Sonora (14.1); en cambio, la menor frecuencia se presentó en Yucatán (5.5 mujeres por cada 100 mil), Chiapas (6.2) y Oaxaca (6.2) (véase figura 1).

Figura 1

Tasa estandarizada de mortalidad por cáncer de mama por entidad federativa, 2007



Nota: La tasa estandarizada se refiere al número de muertes por cáncer de mama por cada 100,000 mujeres de 25 años y más en el año.

Fuente: SSA. Rendición de cuentas en Salud, 2007. INEGI, 2009.

Es interesante hacer notar que, de acuerdo con lo expuesto anteriormente sobre la influencia de la industrialización, en el caso de México, la incidencia más baja de casos se ha dado en estados donde predomina la población indígena y con un bajo nivel socioeconómico, mientras que las entidades con un mayor desarrollo (ubicadas principalmente en el norte del país) acumulan la mayor cantidad de casos (Rodríguez Cuevas, 2005).

FACTORES DE RIESGO

Entre las causas identificadas de este padecimiento se pueden mencionar a la menarca temprana (antes de los 12 años), la menopausia tardía (después de los 50 años), no haberse embarazado nunca o haberlo hecho hasta después de los 30 años, no haber lactado, la obesidad y dietas con un alto contenido de grasas, ingestión de bebidas alcohólicas, uso prolongado de anticonceptivos hormonales orales, antecedentes de familiares

directos que lo hayan padecido, especialmente la madre y las hermanas, entre los más relevantes (Instituto Nacional de Cancerología —INCan—, 2009; Padilla y Vallejo, 1999). Ahora bien, aunque éstos son los factores identificados, se sabe que la mayoría de las mujeres que llegan a desarrollar cáncer en alguno de los senos, no tenían un familiar consanguíneo cercana que lo hubiera padecido, y si a eso agregamos que no existe aún una práctica generalizada de la autoexploración desde la juventud, y menos aún de la realización de la mastografía (consistente en una especie de radiografía de los senos que permite detectar tumores del tamaño de un grano de arena) a partir de los 40 años, es comprensible entonces que una gran cantidad de cánceres se diagnostiquen en etapas avanzadas (Rodríguez Cuevas, 2005).

Como consecuencia de lo anterior, en un número importante de los casos no hay un diagnóstico temprano que facilite su tratamiento con métodos no mutilantes. Esto provoca un incremento en el número de muertes por esta causa, en edades relativamente tempranas (58 años en promedio), y reduce considerablemente las probabilidades de curación a sólo el 35 por ciento de los casos.

Es preciso implantar estilos de vida saludables que promuevan conductas preventivas que reduzcan las probabilidades de desarrollar casi cualquier cáncer, los cuales incluyen conductas en la mayoría de las ocasiones muy sencillas pero precisas, que idealmente deberían difundirse en todos los grupos de nuestra sociedad, así como enfrentar los tabúes culturales relacionados con el cuerpo femenino y con la desnudez de las mujeres, necesaria para realizarse la autoexploración mamaria.

¿SE PUEDE PREVENIR EL CÁNCER DE MAMA?

La Organización Mundial de la Salud (2009) considera que más del 40 por ciento de todos los cánceres pueden ser prevenidos, y otros pueden ser detectados en fases tempranas, con altas probabilidades de ser tratados y curados. Entre los padecimientos que son susceptibles de prevenirse por completo, se pueden mencionar todos los tipos de cáncer causados por el cigarrillo y el consumo excesivo de alcohol, así como aquellos tumores cancerosos asociados con factores alimentarios; según datos de la American

Cancer Society (2009), hasta una tercera parte de las muertes por cáncer que suceden en los Estados Unidos están relacionadas con el sobrepeso y la obesidad.

Hasta donde se sabe, no se cuenta aún con los medios médicos y farmacológicos para prevenir tipos sumamente agresivos de cáncer, como el mamario o el cérvico uterino; a pesar de esto, es cierto que los equipos científicos en todo el mundo están trabajando arduamente para desarrollar las vacunas necesarias para evitar su desarrollo, tanto en las universidades como en los laboratorios internacionales, mismos que han logrado desde hace ya algunos años un antídoto contra el cáncer cérvico uterino; los resultados de los seguimientos hechos a las personas que se la aplican, sin embargo, no son todavía contundentes, pues hasta donde se tiene conocimiento, su aplicación evita el cáncer causado por determinados tipos de virus, no de todos los que podrían desencadenar su aparición. Además de esto, el alto costo de cada una de las tres dosis que es necesario aplicar, la hacen inaccesible a la gran mayoría de la población (Grady, 2005; Arroyo, 2008).

Morales Vásquez (2006) sostiene que, cuando el cáncer mamario es identificado y diagnosticado adecuadamente en etapas tempranas con tratamiento con métodos múltiples como la hormonoterapia, la quimioterapia, la radioterapia y la cirugía, la sobrevida estimada es de alrededor de cinco años para el 98 por ciento de las pacientes. Desafortunadamente, más de la mitad de estas pacientes pueden tener una recaída, y de ser localizado el cáncer, la esperanza de vida por los mismos cinco años se reduce para ellas al 80 por ciento, pero si se disemina a otras partes del cuerpo, se reduce hasta el 26 por ciento en el mismo periodo. Por cierto que las tres estrategias eficaces hasta ahora en la detección oportuna del cáncer son: 1) la autoexploración mensual por parte de las propias mujeres, 2) la revisión médica por parte de un experto, y 3) la mamografía o mastografía.

De manera que, más que hablar de prevención del cáncer mamario, quizá sea más apropiado decir que, al detectársele en fases tempranas, aumenta considerablemente la probabilidad de que se evite su avance y diseminación por otros órganos del cuerpo, reduciendo el número de personas, mayoritariamente mujeres, que mueren por tal causa. Algunos especialistas en el tema consideran que, aparte de la escasa educación para el cuidado de la salud, la deficiente información de que se dispone en México en relación con el padecimiento, amén de lo caras que resultan las

pruebas como la mastografía, hace falta sensibilizar a la población femenina para que, a partir de ciertas edades, se realice periódicamente una autoexploración visual y manual, una consulta médica anual y desde los 40 años, una mastografía al año.

En el sitio electrónico del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS, 2009), se encuentran las siguientes sugerencias:

Es recomendable hacerte revisiones cotidianas que implican una autoexploración y así detectar cualquier cambio a tiempo. También se considera conveniente:

- Tomar una aspirina a la semana.
- Limitar el consumo de alcohol.
- Mantener un peso saludable.
- Investigar sobre la terapia hormonal.
- Practicar la actividad física.
- Alimentación alta en fibra.
- Limitar el consumo de grasa.
- Incrementar el uso de aceite de olivo.
- Comer frutas y verduras.
- Evitar pesticidas.
- Evitar el uso innecesario de antibióticos.

En síntesis, “el cáncer de mama no puede evitarse pero es curable si la enfermedad es detectada en una etapa clínica temprana (tumor menor de 2 centímetros)” (Martínez Tlahuel, 2007: 3). Si la detección se da en esta condición, la probabilidad de cura alcanza el 90 por ciento.

OBSTÁCULOS PARA LA AUTOEXPLORACIÓN DE LOS SENOS

Quizá el panorama hasta aquí no parece muy alentador y, como afirman algunas autoras y autores, el primer factor de riesgo para desarrollar cáncer mamario lo constituye el solo hecho de ser mujeres (sólo alrededor del 1 por ciento de los casos corresponde a varones) (Brandan y Villaseñor Navarro, 2006), pero es muy importante dejar claro que el cáncer de mama es un mal curable, siempre y cuando su detección y diagnóstico sean oportunos (Martínez Tlahuel, 2007). En los últimos años, existe un protocolo

que se recomienda a los médicos seguir para tratar este padecimiento y orientar en forma adecuada a sus pacientes en relación con la oportunidad con la que deben realizarse la autoexploración (idealmente todas las mujeres, con antecedentes de cáncer mamario, deberían practicarla desde la aparición de la menarca), el momento en que deben solicitarles que se realicen una mastografía (a partir de los 40 años para las de bajo riesgo y antes para las de alto riesgo), así como en lo que respecta a la información que deben ofrecerles, y la vigilancia de los casos críticos.

Desafortunadamente, según la información disponible para la consulta pública en la página electrónica de la Fundación Cim*ab (www.cimab.org), en México más del 60 por ciento de los casos se detectan tardíamente, lo que deriva en la necesidad de someterse a tratamientos caros y en una menor probabilidad de recuperación. De acuerdo con datos recopilados por las instituciones públicas de salud, recuperados por la fundación mencionada, en el año 2002 sólo entre el 5 y el 10 por ciento de los diagnósticos de cáncer de mama se realizaron en etapas tempranas; de éstos, sólo el 6.5 por ciento tenía una esperanza de recuperación completa. Una de las razones por las que las mujeres llegan con cáncer avanzado a las clínicas u hospitales es que no existe todavía en nuestro país una práctica generalizada y sistemática de la autoexploración que, sin ser el mejor método de detección, si es el más frecuente pues se estima que alrededor del 90 por ciento de los casos de cáncer de mama son descubiertos por las propias mujeres (Brandan y Villaseñor Navarro, 2006), ya sea porque presentan alguna molestia o porque se revisan las glándulas mamarias.

Ésta es una de las razones por las que en los últimos años, las instituciones de salud pública en México han lanzado campañas en los medios masivos de comunicación para sensibilizar a las mujeres en edad reproductiva para que se informen y se realicen una autoexploración mensual de senos para detectar tumores cancerosos en etapas tempranas. Ante la innegable realidad del importante problema de salud pública en el que se ha convertido este padecimiento, diversos sectores de la sociedad se han involucrado en campañas de advertencia sobre sus efectos, y las devastadoras consecuencias del cáncer de mama; así, futbolistas, luchadores, modelos y actrices se han constituido en los personajes sobresalientes de tales esfuerzos. Incluso se han difundido pósters en diversos lugares don-

de aparecen algunas de las mujeres mencionadas con sus parejas, para llamar la atención de los varones en relación con el papel que les toca desempeñar en esta lucha, sobre todo alentando a sus compañeras a realizarse la autoexploración.

Ya se verá en el futuro el impacto de ese tipo de esfuerzos, pero por lo pronto, las estadísticas en relación con la cantidad de mujeres que se practican un autoexamen no resultan optimistas. Por ejemplo, Ortega-Altamirano, López-Carrillo y López-Cervantes (2000) estimaron que la proporción de mujeres mayores de 20 años que se autoexploraban regularmente era de alrededor del 30 por ciento, y no todas lo hacían en forma correcta. Otros equipos de investigación en el área, consignan alrededor del 21 por ciento en grupos donde no se brindó ningún tipo de intervención educativa sobre el tema y hasta 55 por ciento en otra investigación, y de poco más del 50 por ciento cuando sí les había sido proporcionada la información (Ávila Rosas y Ávalos Martínez, 2005; Saldívar Garduño, 2009; Rocha-Guerrero, Rodríguez-López, Ramírez-López, Fabela-Rodríguez y Martínez-Tamez, 2007).

Es importante hacer notar, sin embargo, que a pesar de que el tema cobra cada vez una mayor presencia en los medios masivos de información, y que las personas parecen estar familiarizadas con los mensajes, hay una diferencia importante entre la cantidad y la calidad de la información transmitida, por una parte, y por la otra, considerar que no es homogénea la manera como los individuos se la apropian, la convierten en conocimientos y toman acciones, ya sea personal o colectivamente.

Nigenda *et al.* (2009), anota algunas ideas que resultan importantes para entender el fenómeno de las prácticas asociadas con el cuidado de la salud. En primer lugar, los autores consideran que la información se encuentra atomizada y es heterogénea; lo que evidencia una realidad de que las mujeres desconocen el procedimiento correcto, aun cuando tienen información acerca del mismo. Esto se debe, entre otras razones, a que éstas reciben dicha información por medio de folletos, dípticos y trípticos, pláticas, artículos de revistas, o porque saben del diagnóstico de una mujer de la familia o conocida por ellas. Vale la pena mencionar también las diversas barreras que dificultan la realización de la autoexploración (Instituto Nacional de Salud Pública —INSP—, 2010), entre las que se pueden mencionar:

- Económicas: por ejemplo, no contar con recursos para pagar la atención médica, o no contar con un seguro de salud (IMSS, ISSSTE, Seguro Popular).
- Sociales y culturales: tabúes en relación con el cuerpo (por ejemplo, la idea de que es pecado tocarse a sí mismas los senos), pudor (vergüenza ante la idea de ser vistas desnudas por el médico o el personal de salud), miedo a la enfermedad (cáncer es igual a muerte para muchas de ellas), y machismo, entre otros (la pareja puede ser un obstáculo para la búsqueda de atención).

Todos estos obstáculos dilatan o inhiben la realización de acciones por parte de las mujeres para el cuidado de su salud en general, y para la autoexploración en particular. Podríamos agregar algunos otros factores, como la generalizada costumbre de adjudicar a las mujeres el rol de cuidadoras al interior de las familias, lo que les produce angustia al siquiera imaginar que ellas podrían ser las enfermas y quienes requirieran atención de parte de otras personas; también se puede mencionar la resistencia a acudir a los servicios médicos, pues en no pocas ocasiones la calidad de la atención dista mucho de ser amable, y en vez de comprendidas, se sienten juzgadas. Así, la atención suele ser pospuesta por otras prioridades de la vida cotidiana.

Los obstáculos presentados dan pie a la necesidad de datos empíricos sobre los aspectos sociocognitivos que influyen en la conducta individual. Los modelos conductuales en psicología social se basan en el estudio de la intención como antecedente de la conducta (Ajzen, 1991). Sin embargo, su implementación en problemas de salud de nuestra población (Saldívar Garduño, 2009) muestran la importancia que tienen las normas sociales en las conductas de autocuidado.

NORMAS SOCIALES Y CONDUCTAS DE AUTOCUIDADO

Ante el contexto descrito, comprender las razones que llevan a las mujeres a realizarse una autoexploración de senos mensual a partir del momento de la menarca, requiere de un trabajo de sensibilización y educación para el cuidado de la salud que en países como México no son una regla aún, sino

que más bien constituyen la excepción. De manera que, para poder movilizar a un grupo cada vez mayor de mujeres para que se autoexploren los senos, antes buscamos comprender las razones que llevan a practicarse el autoexamen a las que ya lo hacen de manera rutinaria, probar empíricamente un modelo de investigación psicosocial que explore dichos motivos.

El modelo que se propone para explicar el comportamiento de las mujeres en relación con la autoexploración de los senos para la detección temprana de los senos (Saldívar Garduño, 2009), integra un conjunto de factores sociocognitivos, como la percepción de riesgo personal, las actitudes, la autoeficacia, la autorregulación, el automonitoreo y la intención de realizarse la autoexploración; y otros de naturaleza social, tales como las normas sociales. Dicho modelo fue puesto a prueba, mediante la realización de un estudio empírico que permitiera probar la existencia de las relaciones que se plantean en el mismo. La investigación mencionada se realizó en los meses de agosto y septiembre de 2007, con 467 mujeres residentes de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, con edades entre 18 y 65 años; la muestra fue elegida de manera intencional, no representativa, acudiendo a parques, centros comerciales, plazas, centros escolares, etcétera.

Un aspecto que se exploró fue la frecuencia con la que las mujeres que participaron en el estudio se habían autoexplorado los senos. El 82.8 por ciento ($n=381$) aceptó haberse hecho alguna revisión manual de los senos y 17.2 por ciento ($n=79$), no. De las mujeres que dijeron revisarse, 71.2 por ciento ($n=259$) lo hacía en forma habitual, y el resto, no. En lo que respecta al nivel de conocimientos sobre la forma correcta de realizarse la autoexploración, éste fue indagado mediante una pregunta abierta (“¿Cuál es la manera correcta de hacerse la autoexploración de los senos? Por favor, describa los pasos”), que posteriormente fue calificada para contar con un dato numérico, que permitiera ponderar las respuestas en una escala de 0 a 100, obteniéndose un promedio de 40 puntos; dicho de otro modo, en un examen en el que la calificación máxima podía ser 10, nuestras participantes habrían obtenido una calificación promedio de 4, lo que daría en un escenario escolar regular a una reprobación. En síntesis, lo que observamos fue que, de por sí es aún bajo el número de mujeres que se realizan la autoexploración, pero es todavía menor la proporción de aquellas que lo hacen correctamente.

De acuerdo con los resultados, también se encontró que las mujeres que colaboraron en el estudio identificaron correctamente los siguientes factores de riesgo: edad (mayor de 40 años), antecedente del padecimiento por parentesco directo, tener el hábito de fumar, y la ingesta de hormonas por un periodo prolongado; en cambio, aquellos factores relativos a la historia reproductiva (parir después de los 30 años o no haberlo hecho nunca, no haber amamantado), la obesidad y la ingesta cotidiana de alcohol de grano, no fueron identificados como potencialmente peligrosos. Respecto de la creencia sobre el uso del brasier apretado, resulta interesante que las proporciones de quienes dijeron que sí y que NO casi alcanzaron la mitad, confirmando que una cantidad importante de ellas piensan que es riesgoso utilizar esa prenda ajustada.

Al someter el modelo psicosocial para el estudio de la salud (Saldívar Garduño, 2009) a una prueba empírica, previa validación y verificación de la confiabilidad de las escalas, mediante la aplicación de un análisis de regresión lineal y otro de regresión logística, se encontró que, a la intención de realizarse la autoexploración en forma mensual con el fin de detectar tumores en forma temprana, sólo la influyeron, en primer lugar, la norma subjetiva (la presión social percibida de parte de personas significativas: madres, hermanas, amigas, pareja), y las normas sociales descriptivas (las pautas comportamentales informales acatadas por los miembros de un grupo), para explicar, juntas, el 18.7 por ciento de la varianza.

Por otro lado, a la conducta, sólo la predijeron la confianza en la intención (la probabilidad estimada de que ésta ha de realizarse) y la actitud ambivalente de base afectiva, explicando el 12.7 por ciento de la varianza total. Los resultados muestran que lo que realmente compromete a las mujeres para realizar la autoexploración, es la medida en la que consideran que efectivamente han de ejecutar dicha conducta, no qué tanta disposición tienen para hacerlo.

Al analizar el funcionamiento del modelo considerando dos grupos de edad (de 18 a 28 años, y de 29 a 65), y niveles educativos (básico o medio, y superior), las normas tanto subjetivas como sociales, resultaron ser factores importantes para predecir a la intención de realizarse la autoexploración. De manera que, tanto la presión social percibida como las normas no formales, regidas por el comportamiento de las personas que nos rodean, parecen formar parte de nuestras disposiciones para realizar una conducta.

Esto es muy importante pues las normas sociales (y también las normas subjetivas), juegan un papel muy importante en la regulación del comportamiento social. Conceptualmente, la norma subjetiva se define como “la presión social que se percibe ejercen las personas significativas para los individuos para efectuar o no una conducta” (Ajzen, 1989 y 1994); esto es, para las mujeres que participaron en nuestro estudio resultó significativa la presión social percibida de parte de las personas importantes para ellas, que podían ser su pareja, sus familiares, sus amigas. Respecto de las normas sociales, de acuerdo con Almuina (2008), es un hecho que en todos los grupos sociales existen normas y, “para volverse un miembro aceptado del grupo, el individuo ha de conformarse con ellas en mayor o menor medida”.

Por otra parte, si bien la norma subjetiva es un constructo que hace referencia a un factor en apariencia individual, tiene un componente social relevante porque la evaluación que hace una persona en relación con la presión social que ejercen los “otros significativos” para ella, desvela los efectos derivados de la interacción entre tales actores. Por el otro lado, las normas sociales son elementos que, por su naturaleza regulatoria de la convivencia grupal, conllevan necesariamente algún tipo de sanción (moderada o ruda) de los comportamientos, cuando éstos resultan desviados o violatorios (Almuina, 2008); las normas sociales descriptivas son aquellas que reflejan “lo que hace la mayoría de las personas en una situación determinada” (Saldívar Garduño, 2009: 62), y se distinguen de las normas sociales imperativas, porque estas últimas están más orientadas a delimitar los límites de la conducta permisible al ser plasmadas en reglamentos, o leyes que formalizan y hacen explícitas las sanciones derivadas de su incumplimiento (Saldívar Garduño, 2009; Cialdini, Reno y Kallgren, 1990; Reno, Cialdini y Kallgren, 1993).

En el caso de la detección temprana del cáncer de mama, la norma subjetiva que muestra una opinión favorable de las personas significativas en relación con la realización de la autoexploración de los senos, es aquella que afecta la intención o disposición para realizarla; las normas sociales descriptivas, por otra parte, señalarían que lo deseable en los grupos a los que pertenecen las participantes es realizar la autoexploración como un ejercicio rutinario, mismo que idealmente llevarían a cabo un número cada vez mayor de mujeres alrededor de las participantes en el estudio, y este

comportamiento, en la medida que se generaliza, impele a más personas a realizarlo; de acuerdo con la teoría, la sanción social que recibiría una mujer que no se ajuste a ese patrón, tendería a desviarse de la norma, y quedaría en el aislamiento.

Es preciso hacerse las siguientes preguntas: ¿Pueden todos estos elementos traducirse en acciones cada vez más frecuentes y generalizadas? ¿Es posible convertir las conductas, individuales en apariencia, en acciones colectivas encaminadas al cuidado de la salud? ¿Podemos aspirar a educar a una generación de mujeres que en el futuro realicen la autoexploración mamaria como parte de su repertorio de rutinas para la atención de su cuerpo? ¿Cuáles serían los mecanismos que permitirían que los esfuerzos locales para sensibilizar a las mujeres derivaran en un cambio social necesario para reducir los estragos de los tratamientos contra el cáncer?

Una vez que los datos empíricos han mostrado la importancia de las normas sociales sobre la conducta de autoexploración, parece ser que, la influencia del grupo y la acción colectiva son factores que cobran una importante relevancia en este problema. Históricamente los modelos de conducta en salud mostraban al grupo social como un factor más, sin embargo, quizás la fuerte connotación cultural alrededor del tema de la autoexploración, requiere una reorganización normativa cuya fuerza es mayor si se gesta a través del grupo de referencia. Con ello, podemos ver que el cuidado de la salud de las mujeres, depende más de la acción colectiva que de sus intenciones personales.

ACCIÓN COLECTIVA Y SALUD MAMARIA

La acción colectiva es un tema muy en boga en las ciencias sociales, y ha sido estudiado desde diversas disciplinas, lo cual ha permitido estudiar y comprender una serie de comportamientos de grupos con diferentes características, que ha derivado, en una cantidad importante de ocasiones, en cambios sociales significativos. Después de algunos años de estudio, es posible decir que las discusiones iniciales sobre la cuestión estaban enfocadas sobre el asunto de los movimientos sociales, pero poco a poco se ha ido aplicando también a otros fenómenos y manifestaciones del comportamiento humano.

De acuerdo con Thompson y Tapscott (2010 en Pyburn *et al.*, 2010), la acción colectiva puede entenderse como la “acción voluntaria llevada a cabo por grupos de personas que trabajan hacia metas comunes”, aunque también puede ser entendida como un evento (de ocurrencia única), como una institución, o como un proceso. Mancur Olson (1965, en Aguiar y De Francisco, 2007), por otra parte, sugiere que la acción colectiva debe entenderse como “el esfuerzo de un grupo de personas —ya sea un grupo latente o privilegiado— para obtener un bien público”. Además de lo anterior, la acción colectiva puede ser coordinada por una organización formal, por una informal, o puede ser una acción espontánea, como pueden ser las iniciativas institucionales financiadas con fondos públicos, tales como las operadas por la Secretaría de Salud, o por el Instituto Nacional de Salud Pública, por mencionar sólo dos con cobertura nacional, además de los programas administrados desde las secretarías de salud de los estados de la República y las leyes específicas para la atención del cáncer de mama.⁴

Dicha acción puede ser tomada por el grupo en su conjunto o por algunos miembros representativos del mismo (Meizen-Dick *et al.*, 2004 en Pyburn *et al.*, 2010), como en el caso de las mujeres que lideran los principales programas no gubernamentales que trabajan el tema. Junto con lo anterior, la acción colectiva puede ser caracterizada a través de la respuesta a tres preguntas: 1) ¿Qué motiva a los grupos o a las comunidades a emprender una acción colectiva?; 2) ¿De qué manera los movimientos sociales se unen en torno a diferentes formas de acción colectiva? y 3) ¿Quién se moviliza dentro de los movimientos sociales? (Thompson y Tapscott, 2010 en Pyburn *et al.*, 2010).

En ese sentido, se puede destacar la labor de organizaciones de la sociedad civil agrupadas en fundaciones como Cimab (www.cimab.org), el Grupo Pro Salud Mamaria, A. C. (www.prosama.com.mx), la Fundación del cáncer de mama (www.fucam.org.mx), la Fundación Reto (hwww.gruporeto.org), con presencia nacional, sin dejar de tomar en cuenta a los grupos que trabajan en los estados de la República. Estos grupos, que en

⁴El gobierno federal estableció, en el año 2003, el “Programa de Acción para la Prevención y Control del Cáncer de Mama, con base en el marco normativo vigente en materia de salud reproductiva y específicamente en el Proyecto de Norma Oficial Mexicana (Proy-NOM-041-SSA2-2002)” para la prevención, diagnóstico, tratamiento, control y vigilancia epidemiológica del cáncer de mama, publicado el 17 de septiembre en el *Diario Oficial de la Federación* (Maza-Fernández y Vecchi-Martini, 2009).

conjunto suman alrededor de 70 en el país (Knaul *et al.*, 2009), han surgido como resultado de iniciativas de grupos de personas que por razones personales o familiares, en algún momento de su vida han enfrentado al cáncer de mama, y a partir de esa experiencia toman la decisión de abrir espacios de apoyo para otras personas que atraviesan por esa situación.

De acuerdo con Knaul *et al.* (2009), en el tema del cáncer mamario lo que ocurrió, hace alrededor de 30 años, fue que las instituciones no tuvieron la capacidad para satisfacer las demandas de información, diagnóstico y tratamiento, por lo que las mujeres afectadas y sus familias tomaron la iniciativa de crear instituciones que llenaran ese vacío y que brindaran apoyo a otras mujeres en circunstancias similares. La mayoría de esas organizaciones, sin embargo, opera con un enfoque asistencial e informativo, y se enfrenta a dificultades importantes para allegarse recursos que les permitan proveer otro tipo de servicios, como mastografías, ultrasonidos, tratamientos con radioterapia o quimioterapia, o incluso reconstrucción de las glándulas mamarias.

En opinión de Maza-Fernández y Vecchi-Martini (2009), actualmente el concepto de sociedad civil se ha transformado y ha adquirido una cierta autonomía, considerándosele un sinónimo de participación. De manera que hoy, la sociedad civil es protagonista en temas centrales de la vida nacional, como puede ser la salud y la asistencia social, entre otros. Esto puede deberse, según las autoras, entre otras razones, a que la sociedad civil es capaz de detectar de forma objetiva y promover la corresponsabilidad ciudadana, solidaria y subsidiaria, en la solución de los problemas sociales. Además, entre otras muchas funciones, vincula actores, sectores e iniciativas y crea sinergias en beneficio de la comunidad. Un ejemplo de ello son las alianzas que en los últimos años se han venido estableciendo entre organizaciones y con el gobierno, lo que ha facilitado la cooperación y ha reducido en alguna medida la competencia por los escasos recursos.

Pyburn *et al.* (2010), en un análisis de los movimientos de mujeres relacionados con la acción colectiva han examinado análisis en los que se revisan las estrategias que emplean las mujeres, prestando especial atención a los méritos relativos de actuar de manera autónoma o integrarse en otros movimientos o con otras instituciones (por ejemplo, trabajar con el Estado para lograr reformas). Molyneux (1998 en Pyburn *et al.*, 2010) hace hincapié en que la cuestión de fondo es uno de autoridad: ¿de dónde viene

la autoridad para definir las metas de las mujeres, las prioridades y las acciones posteriores? Con base en esto, ella propone tres “tipos ideales” de la acción colectiva, rompiendo la dicotomía de autonomía frente a la integración: la acción independiente (los que eligen su propia forma de organización y establecen sus propias agendas), colectivo asociativo (cuando las organizaciones independientes de mujeres forman alianzas con otros grupos o movimientos), y el dirigido (las mujeres son movilizadas por agentes externos para alcanzar metas establecidas por personas ajenas a las mujeres involucradas). En el caso de los grupos de mujeres dedicadas al tema del cáncer de mama, con seguridad se encuentran en cualquiera de esos supuestos, pero parece ser más productivo su trabajo cuando pertenecen a los tipos acción independiente y colectivo asociativo.

CAPITAL SOCIAL Y SALUD

El propósito de la acción colectiva mencionada arriba, es producir capital social, entendido como la capacidad de los individuos para realizar trabajo conjunto, colaborar y llevar a cabo una acción colectiva, medida como “la sociabilidad de un conjunto humano y aquellos aspectos que permiten que prospere la colaboración y el uso, por parte de los actores individuales, de las oportunidades que surgen de estas relaciones sociales” (s/a, 2010). En la misma lógica, Ostrom y Ahn (2003), proponen que los conceptos de red social, normas compartidas, reglas formales e informales, se agrupan bajo la categoría de capital social, a lo que podemos agregar la confianza mutua. Otros aspectos a considerar son la colaboración social entre los diferentes grupos humanos, y el aprovechamiento individual de las oportunidades surgidas a partir de dicha colaboración. Sin duda esto es particularmente relevante cuando hablamos de colectivos pequeños o mayores, interesados en el tema del cáncer de mama, pues puede hipotetizarse que poco a poco, la acción conjunta ha ido generando un capital social que hoy es visible a los ojos de la sociedad mexicana que ya se encuentra en la posibilidad de identificar a las organizaciones a las cuales se puede acudir en caso de requerir apoyo para la atención de un caso.

El capital social es un concepto clave para comprender a la acción colectiva: el capital social es considerado como una variable trascendental

que se refiere a la estructura de las relaciones sociales, y la acción colectiva como tal debe ser entendida como los flujos asociados a ella (Uphoff, 2000 en Pyburn *et al.*, 2010). Asimismo, el capital social siempre apunta hacia los factores que nos acercan como individuos, y a la forma como este acercamiento se traduce en oportunidades para la acción colectiva y el bienestar de un grupo (s/a, 2010), por ejemplo, en temas de salud, como la autoexploración para la detección temprana de tumores cancerosos. Por estas razones, en opinión de Ostrom y Ahn (2003), el capital social es una perspectiva que beneficia al desarrollo de una teoría conductual de la acción colectiva. De ahí el interés de la psicología social en este tema y la forma como se vincula con las redes sociales y las normas que emanan de éstas, para el establecimiento de una nueva cultura del cuidado de la salud.

No se necesita ser experto en temas de salud pública para caer en la cuenta de que, aún en un momento en el que las organizaciones públicas y civiles interesadas en el tema de la detección oportuna y atención del cáncer de mama alcanzan un número considerable, resultan insuficientes en un contexto en el que dicho padecimiento se encuentra entre las primeras causas de muerte en mujeres en edades productivas. Tampoco se trata de generar cada vez más grupos de ayuda solidaria que terminen disputándose los recursos limitados con los que financian sus programas, sino más bien, recuperar la importancia de las normas sociales, generadas en las redes personales, que nos permitan potenciar el sentido de comunidad (Maya Jariego, 2004), para promover de manera extendida y sostenida, un conocimiento confiable sobre la autoexploración y el cuidado del cuerpo y de la salud, susceptible de ser reproducido entre pares, para facilitar la identificación de tumores en etapas tempranas.

Recordemos que, en el estudio que se reporta en los párrafos anteriores, las normas sociales son un elemento clave para desarrollar al menos la intención de revisarse los senos en forma mensual, así que será inevitable que, en esa lógica “la comunicación y la interacción continuadas, las expectativas de confianza mutua que se generan a partir de aquellas y la capacidad para crear sus propias reglas y establecer el medio de vigilancia y sanción de las reglas, constituyen un factor clave que ayuda a los individuos a resolver sus problemas de acción colectiva” (Ostrom y Ahn, 2003: 165). Se busca, pues, de trazar las formas que podría tomar la participación civil en un tema de salud pública, y aprovechar los recursos de las redes

sociales para el bien público, que en este caso consiste en un menor impacto negativo del cáncer de mama sobre la calidad de vida de las mujeres.

A MANERA DE CONCLUSIÓN:

ACCIÓN COLECTIVA Y CUIDADO DE LA SALUD

Derivado de los resultados y las reflexiones anteriores, se propone la pertinencia de generar normas sociales que deriven en nuevos patrones culturales para el cuidado de la salud a través de acciones específicas, como la realización de la autoexploración mensual de los senos para detectar tempranamente tumores cancerosos. La idea es propiciar el inicio de un proceso colectivo que haga frente al avance sistemático del padecimiento, considerando un contexto de recursos insuficientes, especialmente en lo respectivo a la atención de tumores en etapas avanzadas.

Para la producción de dichas normas sociales, se requiere de iniciar una paulatina pero consistente acción colectiva, entendida como una labor emprendida voluntaria o involuntariamente por un grupo de personas que persiguen un objetivo común, que redunde en una implantación de comportamientos saludables tales como la autoexploración, implantados en forma de hábitos. De acuerdo con Wright, Taylor y Moghaddam (1990), un miembro de un grupo puede involucrarse en una acción colectiva en cualquier momento en el que actúa como alguien que representa a dicho grupo, y su acción está orientada hacia el mejoramiento de las condiciones del grupo en su totalidad. Dicho de otra manera, en un país donde una gran parte de las mujeres se realicen cada mes la autoexploración de los senos y cuidan de su salud, aquella que no lo haga mostrará un comportamiento inadecuado y fuera de la norma, y se sentirá empujada para conformarse con la conducta saludable.

La presión e influencia que ejercen los otros significativos sobre el comportamiento de las mujeres incluye, en una proporción importante de las ocasiones, factores de tipo afectivo, y las normas sociales descriptivas hacen explícita la posibilidad de verse excluidas de un círculo social en el que la mayoría de sus pares realizan cierta práctica, como la autoexploración. Si ese tipo de comportamientos comienzan a contagiarse por la vía de la influencia social, producen un proceso de constitución de un “nosotros”

simbólico afectivo, dada la identificación que ocurre cuando las personas nos sentimos parte de un grupo, y el sentido de trascendencia que forjan los seres humanos en una circunstancia común.

Este tipo de acciones, impulsadas desde la sociedad civil agrupadas o no resultan imperiosas en un contexto en el que las instituciones de salud pública comienzan a verse rebasadas por las necesidades y exigencias de la sociedad. La razón es que, de acuerdo con Muñoz *et al.* (2000: 126), “la salud pública ha sido descuidada como una responsabilidad social e institucional, justamente cuando más atención requiere y cuando más se necesita apoyo de los gobiernos para modernizar la infraestructura necesaria para su ejercicio”. De ahí las innumerables quejas contra las instituciones del servicio público por parte de la población usuaria.

Según lo antes expuesto y considerando que el empoderamiento se encuentra estrechamente relacionado con la participación social, en opinión de Medina (2007) “el ejercicio de la ciudadanía en salud, no puede confundirse con la pasividad de las personas en la recepción de un servicio”. En tal lógica, la participación significa que las personas lleguen a ser agentes de cambio que tomen parte en las decisiones para definir prioridades, planificar soluciones y demandar rendición de cuentas respecto a los servicios de salud (Lamadrid y Cerón, 2004 en Medina, 2007), no meros receptores de la atención.

Vale la pena seguir trabajando en el conocimiento de la forma como se comportan factores como la norma subjetiva y las normas descriptivas, en aras de la introducción en el futuro en nuestros estudios, de conceptos como las redes sociales y el capital social. Las razones para esto son, en primer lugar, que cada vez más, se considera a la aplicación de la noción de capital social, entendido como lo plantean Ostrom y Ahn (2003), como un elemento importante para resolver problemas de la acción colectiva que impactan también la dimensión de las políticas públicas. En ese sentido, las instituciones de salud se encuentran ya explorando posibilidades para impulsar procesos de empoderamiento de la sociedad civil para promover la salud, tanto en lo individual como en lo colectivo, en particular para la detección temprana del cáncer de mama, lo que dimensionaría de una forma distinta el papel de la mencionada sociedad civil en el cambio social.

FUENTES CONSULTADAS

- AGUIAR, F. y De Francisco, A. (2007). Siete tesis sobre racionalidad, identidad y acción colectiva. *Revista Internacional de Sociología*, LXV, 46, 63-86.
- AJZEN, I. (1989). Attitude Structure and Behavior. En Pratkanis, A. R., Breckler, S. J. y Greenwald, A. G. (eds.), *Attitude Structure and Function*. Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum Associates Publishers, cap. 10, 241-274.
- (1991). The Theory of Planned Behavior. *Organizational Behavior and Human Decision Processes*, 50, 179-211.
- ALMUINA, S. (2008). Dinámica de grupos: normas sociales. En el sitio de internet: <http://salvadoralmuina.blogspot.com/2008/04/dinmica-de-grupos-normas-sociales.html>, consultado el 10 de julio de 2010.
- American Cancer Society (2009). Información de referencia sobre el cáncer. En el sitio de internet: http://www.cancer.org/docroot/ESP/content/ESP_4_4X_Prevencion_y_factores_de_riesgo_general.asp?, consultado el 5 de enero de 2009.
- ARROYO, A. (2008). Mujeres mexicanas, lejos de la vacuna contra el cáncer cervicouterino. Dr Arrob@, el blog del doctor Abel Arroyo. En el sitio de internet: <http://e-consulta.com/blogs/salud/?tag=vacuna-contra-el-cancer-cervico-uterino>, publicado el día 11 de junio, consultado el 5 de enero de 2009.
- ÁVILA ROSAS, T. L. y Ávalos Martínez, J. G. (2005). *Factores de riesgo y conocimientos acerca del cáncer de mama*. Libro de resúmenes del XI Congreso de Investigación en Salud Pública. México: Instituto Nacional de Salud Pública, 28.
- BRANDAN, M. E. y Villaseñor Navarro, Y. (2006). Detección del cáncer de mama: estado de la mamografía en México. *Cancerología*, 1, 147-162.
- CIALDINI, R., Reno, R. R. y Kallgren, C. A. (1990). A Focus Theory of Normative Conduct: Recycling the Concept of Norms to Reduce Littering in Public Places. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58, 1015-1026.
- GOSPODAROWICZ, M. K., Cazap, E. y Jadad, A. R. (2009). Cancer in the World—a Call for International Collaboration. *Salud Pública de México*, 51, Suplemento 2, 305-308.
- GRADY, D. (2005). Nueva vacuna frena cáncer cérvico-uterino. Sección Mundo, periódico *El Universal*. En el sitio de internet: http://www2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id_not=37135&tabla=internacional, consultado el 28 de diciembre de 2008.
- Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) (2009). Cáncer de mama. En el sitio de internet: http://www.imss.gob.mx/salud/Cancer/tipos/cancer_de_seno.htm, consultado el 11 de enero de 2009.

- Instituto Nacional de Cancerología (INCan) (2009). Infocancer: Síntomas del cáncer de mama. En el sitio de internet <http://www.infocancer.org.mx/factores-de-riesgo-cancer-de-mama>, consultado el 6 de enero de 2009.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) (2010). *Mujeres y hombres en México 2009*. México: INEGI-Instituto Nacional de las Mujeres.
- Instituto Nacional de Salud Pública (INSP) (2010). Barreras para la detección oportuna del cáncer de mama. Presentación para el curso Detección temprana del cáncer de mama: una tarea de todos. Cuernavaca: INSP.
- KNAUL, F. *et al.* (2009). *México Reporte Rosa 2009-2010: cáncer de mama a conciencia*. México: Fundación Mexicana para la Salud.
- LÓPEZ-CARRILLO, L. *et al.* (1996). Cáncer cervicouterino y mamario en la mujer mexicana. En Langer, A. y Tolbert, K. (eds.), *Mujer: sexualidad y salud reproductiva en México*. México: The Population Council-Edamex, 317-341.
- MARTÍNEZ TLAHUEL, J. L. (2007). Boletín de Práctica Médica Efectiva: Cáncer de mama. México: Instituto Nacional de Salud Pública.
- MAYA JARIEGO, I. (2004). Sentido de comunidad y potenciación comunitaria. *Apuntes de psicología*, 22, 2, 187-211.
- MAZA-FERNÁNDEZ, M. E. y Vecchi-Martini, E. (2009). El cáncer de mama en México: evolución, panorama actual y retos de la sociedad civil. *Revista Salud Pública de México*, Supl. 2, S329-S334.
- MEDINA, V. (2007). El empoderamiento de la mujer y la acción colectiva. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer (online)*, 12, 29, 49-62. En el sitio de internet: http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1316-37012007000200005&lng=es&nrm=iso
- MORALES VÁSQUEZ, F. (2006), Estrategias clínicas y desarrollo de las bases científicas en el empleo de homonoterapia para cáncer de mama. *Cancerología*, 1, 1, 163-175.
- NIGENDA, G. *et al.* (2009). Informe: Proceso social del cáncer de mama en México. Perspectiva de mujeres diagnosticadas, sus parejas y los prestadores de servicios de salud. México: Fundación Mexicana para la Salud, A.C.
- Organización Mundial de la Salud (OMS) (2009). ¿Aumenta o disminuye el número de casos de cáncer en el mundo? En el sitio de internet: <http://www.who.int/features/qa/15/es/index.html>, consultado el 2 de enero de 2009.
- ORTEGA-ALTAMIRANO, D., López-Carrillo, L. y López-Cervantes, M. (2000). Tres estrategias para la enseñanza del autoexamen del seno en mujeres en edad reproductiva. *Salud Pública de México*, 42, 1, 17-25.
- OSTROM, E. y Ahn, T. K. (2003). Una perspectiva del capital social desde las ciencias sociales: capital social y acción colectiva. *Revista Mexicana de Sociología*, 65, 1, 155-233.

- PADILLA, G. y Vallejo, M. (1999). Cáncer de mama. *Práctica Médica Efectiva*. vol. 1, núm. 1. México: Subsecretaría de Prevención y Control de Enfermedades. Instituto Nacional de Salud Pública.
- PANDOLFELLI, L., R. Meinzen-Dick y S. Dohrn (2007) *Gender and Collective Action: A Conceptual Framework for Analysis*. CAPRI Working Paper, núm. 64. Washington, DC: IFPRI.
- PYBURN, R. et al. (2010). *Strengthening Women's Livelihoods through Collective Action-A Literature Review*. Amsterdam: Royal Tropical Institute (KIT). Development Policy & Practice.
- RENO, R. R., Cialdini, R. y Kallgren, C. A. (1993). The Transsituational Influence of Social Norms. *Journal of Personality and Social Psychology*, 64, 104-112.
- RIZO RÍOS, P., Sierra Colindres, M. I., Vázquez Piñón, G., Cano Guadiana, M., Meneses García, A. y Mohar, A. (2007). Registro hospitalario de cáncer: Compendio de cáncer 2000-2004. *Cancerología*, 2, 3, 203-287.
- ROCHA-GUERRERO, L. M., Rodríguez-López, M. G., Ramírez-López, L. E., Fabela-Rodríguez, J. H. y Martínez-Tamez, G. I. (2007). *Impacto de una intervención para cáncer cervicouterino y mamario en área metropolitana de Monterrey, N. L.* Libro de resúmenes del XII Congreso de Investigación en Salud Pública. México: Instituto Nacional de Salud Pública. 99.
- RODRÍGUEZ CUEVAS, S. A. (2005). Cáncer de mama. *Cirugía y cirujanos*, 73, 006, 423-424.
- s/a (2010). Capital social (sociología). En el sitio de internet: http://es.wikipedia.org/wiki/Capital_social_%28sociolog%C3%ADa%29, consultado el 5 de octubre de 2010.
- SALDÍVAR GARDUÑO, A. (2009). *Factores que favorecen la prevención de enfermedades y el cuidado de la salud de las mujeres*. Proyecto doctoral. México: División de Estudios de Posgrado, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Staff Periódico *Reforma* (2009). Afecta a hombres cáncer de mama. En Sección Nacional del periódico *Reforma*, 2.
- Women's Cancer Network (2005). Breast Cancer Information. Gynaecologic Cancer Foundation and Cancer Source for Women and their Families. En el sitio de internet: <http://www.wcn.org/interior.cfm?deseased=2&featureid=3>, consultado el 15 de febrero de 2007.
- WRIGHT, S. C., Taylor, D. M. y Moghaddam, F. M. (1990). Responding to Membership in a Disadvantaged Group: From Acceptance to Collective Protest. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58, 994-1003.
- ZEICHNER GANCZ, I. y Candelaria, M. (2006). Cáncer de mama: un problema de salud. *Cancerología*, 1, 1, 143-145.

Índice

INTRODUCCIÓN	
<i>Homero Rodolfo Saltalamacchia</i>	5
Capítulo 1	
ACCIÓN COLECTIVA Y MOVIMIENTOS SOCIALES: UNA REVISIÓN TEÓRICA	
<i>Clara Inés Charry</i>	17
Introducción.....	17
La sociología clásica	22
La aproximación estructural-funcionalista	27
Producciones más recientes	38
Prácticas que emergen:	
el desafío, la incertidumbre y la solidaridad.....	46
Fuentes consultadas	50
Capítulo 2	
EL SENTIDO DE LA ACCIÓN COLECTIVA: LA CONSTRUCCIÓN DEL NOSOTROS	
<i>Angélica Bautista López</i>	
<i>Gustavo Martínez Tejeda</i>	53
Introducción.....	53
Conclusiones	66
Fuentes consultadas	67
Capítulo 3	
PODER E IDENTIDADES EN MOVIMIENTO:	
RELACIONES DE FUERZAS Y MOVIMIENTOS SOCIALES	
<i>Homero Rodolfo Saltalamacchia</i>	69
Introducción.....	69
El campo como sistema	71

Identidades e interacciones	72
Los movimientos sociales.....	73
Interacciones y poder.....	76
Recursos de poder.....	77
Tipos de relación de poder.....	80
Identidades: permanencia y cambio.....	84
Tipos de relaciones de poder.....	88
Los intelectuales y su función en la constitución identitaria.....	91
Comentario final.....	92
Fuentes consultadas.....	94

Capítulo 4

LA ACCIÓN COLECTIVA COMO COOPERACIÓN

INTRAGRUPAL EVOLUCIONADA

<i>Carlos C. Contreras Ibáñez</i>	97
Una introducción informal a la acción colectiva.....	97
Identidades y cooperación.....	105
Cooperación intergrupal	108
Conclusiones	118
Fuentes consultadas.....	119

Capítulo 5

DETECCIÓN TEMPRANA DEL CÁNCER DE MAMA:

NORMAS SOCIALES, ACCIÓN COLECTIVA Y CUIDADO DE LA SALUD

Alicia Saldívar Garduño

<i>Fredi Everardo Correa Romero</i>	125
Resumen.....	125
El cáncer: un padecimiento en incremento.....	126
El cáncer de mama: una epidemia silenciosa	128
Epidemiología del cáncer de mama en México.....	129
Factores de riesgo	130
¿Se puede prevenir el cáncer de mama?.....	131
Obstáculos para la autoexploración de los senos	133
Normas sociales y conductas de autocuidado.....	136
Acción colectiva y salud mamaria.....	140
Capital social y salud.....	143
A manera de conclusión: acción colectiva y cuidado de la salud.....	145
Fuentes consultadas.....	147